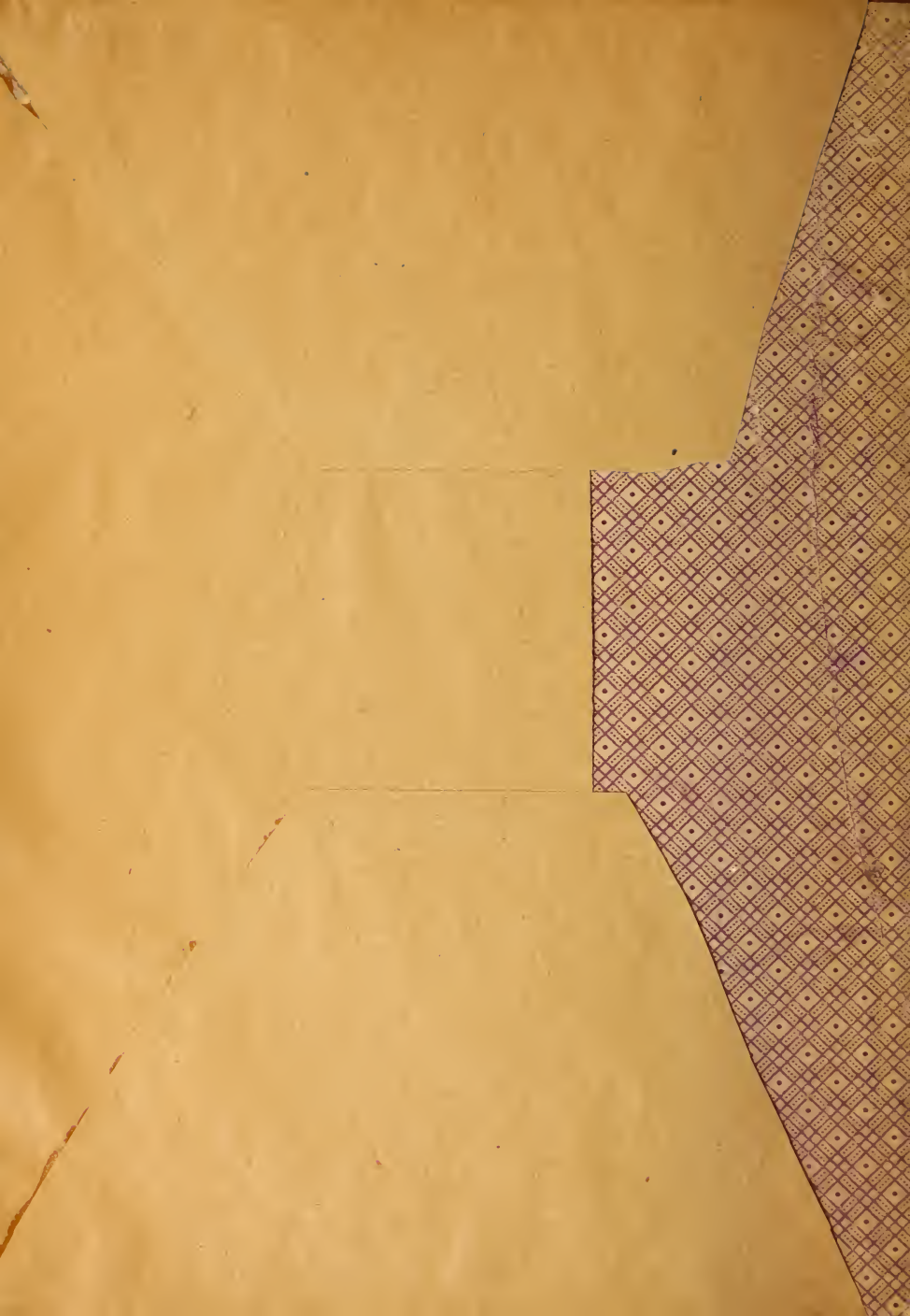
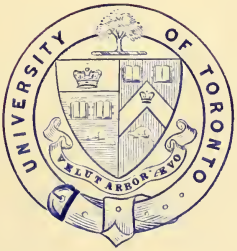
Library of J. H. Cornyn
Mexico City, Mexico.

Los plateados de

Tierra Caliente.





Presented to

The Library

of the

University of Toronto

by

J. H. Cornyn, Esq.

LS
P4592p

LOS PLATEADOS

DE TIERRA CALIENTE.

EPISODIOS DE LA GUERRA DE TRES AÑOS

EN EL ESTADO DE MORELOS.

CUENTO SEMI-HISTORICO

POR

PERROBLILLOS. (*)

(*) El autor usa de este seudónimo como un recuerdo de gratitud y aprecio al Sr. Lic. D. Manuel Dublan, quien cariñosamente le llamaba de esa manera.

339487
2. 7. 37.

MEXICO

TIPOGRAFIA LITERARIA DE FILOMENO MATA
San Andrés y Betlemitas, Esquina.
1891

Presented to the
University of Toronto
by J. H. Cornyn

Date June 7, 1937.

AL ILUSTRE MARTIR

SACRIFICADO EN ECATEPEC.

La imaginación del escritor se divaga y se deslumbra con el brillo y la gloria que representa el Inmortal Caudillo, cuyo nombre sirve de egida al histórico pueblo de Cuautla.

¡Panorama hermoso en que la naturaleza ostenta sus galas: nido de las ideas de libertad: asilo santo del valor de la abnegación y el patriotismo: santuario de recuerdos que levantan el espíritu y engendran un amor sublime, para uno de los hombres que nos diera vida propia y representación en el mundo civilizado.

Admiro á Cuautla al admirar al bravo campeón de nuestra Independencia, al grande y sin igual guerrero á D. JOSE MARIA MORELOS Y PAVON.

Por eso abro la primera página de esta humilde leyenda, dedicando algunas líneas, como expresión sincera de respeto al héroe que simboliza con sus imperecederas hazañas, á uno de los más dignos hijos de mi Patria.

Digitized by the Internet Archive
in 2014

http://archive.org/details/losplateadosdeti00perr

CAPITULO I.

Fray Protasio y Don Martin.

En uno de los fértiles vergeles de esmaltadas praderas que hacen tan bello y pintoresco el "*Plan de las Amilpas*, como á tres kilómetros de la Ciudad de *Cuautla Morelos*, rumbo al Sur, atravesando un hermosísimo río, se encuentra el más rico de los ingenios de azúcar que lleva por nombre "La Candelaría."

Propiedad de los Reverendos Padres Domínicos en la época en que comienza este relato, casi todos los dependientes de la finca eran frailes ó por lo menos, con pretensiones de tales.

Por ese motivo, con el carácter de *guardamelado* —destino ínfimo—llegó al ingenio Fray Narciso de la órden de Predicadores. Le acompañaba un individuo, que se decia su hermano, menor que él en años; pero mayor en hipocresía y maldad. Don Protasio Rubí se llamaba este último. Era un personaje de estatura vulgar, de aspecto ruin y sucio. Por lo regular se le encontraba en la capilla de la hacienda; no por mucho amor á Dios, sino para apoderarse de las pequeñas limosnas que los fieles depositaban en la alcancía.

Entre el Ingenio de *Coahuixtla* y *Tepaltzingo*, casi sobre el camino, en una de las rancherías de la Hacienda de *Tenextepango*, vivia Don Martin Sedeño, el ganadero más rico de aquel rumbo.

Jantetelco, pueblo de exhuberante naturaleza, al Norte de Jonacatepec, fué su cuna. Pertenecia á esa indómita raza, que no mezcló su sangre con la de los conquistadores; no obstante los trescientos años de dominación. Trabajador, honrado. campechano, con la franqueza tan natural en el hombre de campo, y sobre todo, innata en los que viven en el floresciente *Estado de Morelos*: no había quien le igualara en *colear*, en el *lazo* y demás travesuras de nuestros rancheros, así tambien muy pocos eran como él, para recibir á sus huéspedes con tanta atención y de tan buena voluntad.

Don Martin, aunque se había nutrido, por decirlo así, con las ideas de libertad inculcadas por el señor Cura Matamoros á sus progenitores, y que llegaron hasta él, vivas, latentes, referidas por sus parientes próximos, con el entusiasmo propio de los que fueron principales actores en Jantetelco,—donde se izó tambien la bandera de Independencia,—tenía siempre algo, de la educación frailesca de aquellos desgraciados tiempos.

Los Reverendos Domínicos, como todo fiel cristiano, gustaban de solazarse, aprovechando la menor ocasión que se les presentaba, ó ellos buscaban. Por lo mismo cada año el 2 de Febrero, la hacienda de La Candelaria se vestia de gala. Se celebra la fiesta de *La Patrona*, y en el año á que nos referimos, prometia ser magnífica, porque la *zafra*,—ó sea molienda de caña,—se presentaba muy buena.

Los padrecitos se prepararon, procurando dar á la

fiesta todo el lucimiento posible en la función de Iglesia; pero más aún en las *cacerolas* y los *hornos*.

Las invitaciones se prodigaron, prefiriendo á los buenos *católicos*, de quienes se esperaba, *con puntualidad*, un crecido diezmo para el sostén del culto; es decir, de sus paternidades.

Siendo D. Martin uno de esos buenos católicos, fué tambien de los que primero recibieron invitación.

Fray Narciso en muy poco tiempo había sido agraciado con mejor empleo, pues de *guardamelado* había llegado á *purgador* (así le llaman en los ingenios de azúcar á los tenedores de libros) por cuya razón el 2 de Febrero le dieron colocación en la mesa en lugar distinguido, junto á D. Martin Sedeño.

El afable trato, su esmero en servir á su compañero de mesa y sobre todo su carácter sacerdotal, le granjearon las simpatías de Sedeño: tanto que al concluir la comida, podia decirse que eran ya dos buenos amigos.

Fray Narciso, agotó cuantas palabras de cariño tenía en su repertorio, á fin de conseguir la amistad de D. Martin, pues veia un buen filón que explotar en provecho de la santa hermandad y en el suyo, que era lo que más le importaba.

Hubiérale seguido la pista, hasta captarse por entero su confianza; pero su destino no le dejaba mucho tiempo de que disponer y además porque unos dias después de la fiesta de que hicimos mención, recibió D. Martin carta de su hermana, que vivia en Matamoros Izúcar, solicitando su presencia, por encontrarse bastante enferma, y emprendió su marcha acompañado de Dª Juana su esposa, señora de grandes virtudes y digna de quien la había elegido por compañera.

Doña Teresa, hermana de Sedeño, residente en Matamoros, era viuda de un ingeniero mecánico, quien algunos años ántes había llegado al ingenio de Santa Clara, á ejercer su profesión. En los paseos que hacia á Jantetelco, que está bastante cerca de Santa Clara, conoció á la expresada señora, prendóse de sus cualidades físicas y morales, y la solicitó para esposa, accediendo gustosos los padres de la pretensa, conocida tambien la honradez del pretendiente.

Por algún tiempo vivieron los esposos en Santa Clara, separándose de este punto dicho ingeniero con su esposa, para ir á prestar sus servicios al ingenio de Colon, de donde fué solicitado. Allí le sorprendió la muerte, dejando sin amparo á Doña Teresa su esposa y à su pequeña y única hija Sara, á quienes amaba con delirio.

El propietario de Colón, español caritativo, concedió á la viuda una pensión, viviendo así con alguna comodidad, por lo que nunca se resolvió á abandonar Matamoros, donde se encontraban los restos de su esposo. No quería separarse de éste, ni aun después de muerto, pues no podia consolarse de su desgracia.

Las penas,—mas bien que la edad ó el clima,—produjeron en Doña Teresa una enfermedad que se hizo grave en el mes de Marzo, cuya enfermedad la obligó á solicitar la presencia de su hermano, que ocurrió presuroso á su llamado.

Fray Narciso era uno de esos hombres, que aunque de oscuro nacimiento, tenía un talento natural, que se desarrollaba dia á dia, con el trato de los demás frailes. Al ocupar el puesto de purgador—si se quiere de alguna importancia en la hacienda —no descuidó hacer obsequios agradables al Provincial de la órden: éste, que era de carácter observador por temperamen-

to y necesidad, muy pronto comprendió lo que valía su cofrade y se propuso aprovechar sus cualidades y talento *sui generis* en beneficio de su convento. Tantas y tan buenas mañas se dió F. Narciso, que fuê designado por el Provincial, para hacer las predicaciones en Matamoros Izúcar durante la Cuaresma de ese año.

Un dia, despues de la llegada del fraile á la ciudad, acompañado siempre de su hermano Protasio—que según aseguraban malas lenguas no existía entre ellos más parentezco que el que existe entre el lobo y el coyote—al decir *dominus vobiscum* durante la misa, vió entre los concurrentes á D. Martin Sedeño.

Desde ese momento le vino la idea de hacerle una visita, con el loable propósito de aligerarle los bolsillos.

En una población corta, no se hace muy difícil averiguar el paradero de la persona que se solicita, de manera que despues de la misa y desayuno, salió Fray Narciso en solicitud de su grande y buen amigo.

La posición social de D. Martin, denunció al fraile, cuál era el alojamiento de Sedeño. Por la educación civil y religiosa de este, le fué muy fácil á aquel, ser recibido en el acto que se anunció. D. Martin, al ver á Fray Narciso, le prodigó todas las atenciones que debía á su antiguo conocido. Despues de una conversación sin interés alguno, se despidió el fraile y Sedeño se ofreció á sus órdenes. Fray Narciso *únicamente* por el bien del alma de su amigo, pidió el precio de unas cuantas misas y la dirección espiritual de la familia en la Cuaresma que estaba corriendo.

Don Martin accedió gustoso á cuanto se le pidió, reiterándole sus protestas de adhesión y respeto.

Para hacer más edificantes las oraciones y llevaderas las penitencias impuestas por el nuevo confesor, con

el pretexto tambien de que el Sr. Sedeño tuviese á su lado una persona de confianza que le ayudara en sus labores de escritorio, le *incrustó*, por decirlo así, á su hermano Protasio, como persona de confianza, sumiso, honrado é inteligente.

La enfermedad de Doña Teresa seguía avanzando; de manera que casi al concluir la Cuaresma, falleció, dejando á su hija querida bajo la protección y amparo de su hermano, para que fuese considerada como hija, en la familia. ¡Bien supo, que con nadie, podia quedar mejor que en la casa de D. Martin y bajo el cuidado y dirección de la virtuosa Doña Juana.....

.....

Pasados los nueve dias dispuso el Sr. Sedeño, regresar á Jantetelco con su familia.

Se hizo así, acompañados de Sara y del secretario ó tenedor de libros D. Protasio Rubí, quedando en Matamoros el Reverendo Fray Narciso.

D. Martin tenía un hijo varón que recibía en México una educación esmerada, y Enrique, que así se llamaba el jóven, bastante aprovechado, en el año á que nos referimos, concluyó el tercero de sus estudios escolares.

Como de costumbre en las vacaciones de ese año, vino al rancho á estar en compañía de sus padres dos meses, visitando de paso por Jantetelco á una tia, hermana de su padre que vivia en aquella población.

No prolongó muchos dias la visita á su tia Doña Gertrudis, porque tenia deseos de conocer á su prima, con tanta más razón, por cuanto que sus padres le habian escrito encomiándole su belleza y buena índole. "*Aunque niña, decian, es tan preciosa que cae en gracia su seriedad: tan hacendosa, que casi nada se tiene que ordenar, pues procura tenerlo todo listo y*

arreglado, y si por desgracia alguno de la familia ó de la ranchería se enferma, va presurosa á la cabecera de la cama del paciente, para asistirlo y cuidarlo."

La llegada de Enrique al rancho, fué un acontecimiento bastante agradable para todos, y el estudiante quedó muy complacido cuando conoció la discreción y cordura de Sara. Ella á su vez trató á su primo, con todas las atenciones de cariño y ternura, propias en una jóven de su edad y educación.

Era aún bastante niña; pero no obstante, se notaban ya en ella, los rasgos característicos de la muger hermosa.

Con seguridad podia decirse que en todo el rumbo, nadie tenia ojos más expresivos como los de Sara. Al reir, se le formaban dos hoyuelos en las mejillas, que le hacian mucha gracia: las manos eran mórbidas, finísimas y pequeñas. Todas estas cualidades las realzaba su palabra fácil y simpática; así como su discreción y cordura, con lo cual sabía captarse la admiración y cariño de todos los que la trataban.

CAPITULO II.

AMORES DE ANGEL.

Fray Narciso, con la protección de su Provincial, llegó á Cuautla nombrado Vicario del Cura párroco de aquella localidad, por cuyo motivo, estando cerca de la residencia de Don Martin, menudeó sus visitas, adquiriendo así mayor confianza. Sus trabajos se dirigían muy especialmente á inclinar el ánimo de Dª Juana á fin de que Sara se hiciese monja. Pero sea que la niña no tuviese vocación ó sea porque sus padres le tenian un cariño inmenso para permitir que estuviese tan léjos; es el hecho que Fray Narciso quedó derrotado. No podian ni Sedeño, ni su esposa pasarse sin ella, su presencia les era ya tan necesaria, que habiendo sido preciso, hacia pocos dias, trasladarse á Jantetelco, para que la niña cambiase de aires, por unas intermitentes que le atacaron, que prefirieron abandonar el rancho, antes que consentir que Sara marchase sola.

Enrique durante las vacaciones, seguia visitando cada año á su familia.

Avanzando el tiempo se desarrollaba intelectual y físicamente. Ya se retorcia el bigote, fumaba puro é

imponia su voluntad en rueda de estudiantes, La jóven se desarrollaba tambien á gran prisa y..... la historia de siempre; el trato contínuo, la edad de Enrique y la hermosura de Sara, encendieron el fuego, apoderándose del corazón del jóven colegial. Era seguro que al cariño de hermano primero, debía forzosamente sustituir el mas ardiente amor. Ella por su parte, sensible por naturaleza, tomó gran cariño á *su hermanito*—como le llamaba.—Era el afecto de niña, tierno, apacible y desinteresado, pero ni ella misma sabía por qué lloraba, siempre que Enrique tenia que separarse para volver al colegio.

El jóven despues, no sólo venia al rancho á pasar las vacaciones cada año; sino que aprovechaba tambien los dias de la semana mayor, que se cerraban las cátedras, dejando el fausto y atractivos de la Metrópoli. Preferia pasar esos dias al lado de sus padres, para estar mas cerca de su primita à quien no apartaba un solo momento de su pensamiento.

En una de sus visitas á la familia, entre algunos objetos que llevó de regalo, dió a Sara un periódico en el que se leian unas quintillas compuestas para ella. Aunque la jóven leyó repetidas veces la composición, no podia comprender, cuanto era lo que en aquellos versos se le queria decir. Los guardó sin embargo muy bien en su ropero, para seguirlos leyendo más y más.

Para que *la hijita*, como le llamaban Sedeño y su esposa, no se fastidiara tanto en el rancho, la llevaban con frecuencia á Jantetelco. Una de tantas tardes, en esta población, fué de visita á la casa de una amiga de poca mas edad y que vivia á corta distancia de ella. Estando ambas jóvenes en la ventana, pasó Enrique montado en un magnífico caballo. Como su

tren era de lujo y sabía manejar bien al fogoso corcel, como su porte era distinguido y gracioso, se veia perfectamente.

El estudiante se acercó á saludar á las jóvenes. Una de ellas, la de casa, Carolina, que así se llamaba, despues de un momento de conversación dijo ¿Me esperas Enrique? nada me dilato. ¿Me harás ese favor?

—Sí, Carito, contestó Enrique, te esperaré todo el tiempo que gustes.

Carolina bajó violentamente de la ventana, se dirigió al corredor de la casa, y de las macetas que allí había, eligió las mas esquisitas flores, haciendo un ramillete que ató con un listoncito azul, volvió y ofreciéndolo dice: "Toma, Enrique; pero consérvalas, siquiera porque son mias." Sara se puso encendida, ni ella misma supo por qué, bajó los ojos, se llevó el pañuelo á los labios para ocultar su turbación, y un poco recuperada, casi al instante, alzó la vista y dirigió á Enrique una mirada de infinita ternura pareciendo decirle con ella: "*no tomes lo que te ofrecen, compadéceme, tengo celos;*" pero el jóven tan enamorada como galante, no podia cometer una falta tan grave rehusando un presente amistoso y de cariño; sin embargo, era preciso salvar la situación dejando bien puesto el honor del pabellon estudiantil.

—Gracias, Carito, dijo aceptando el ramo, pero me perdonarás que lo regale á mi querida prima. Mira, Sarita, agregó dirigiéndose á la jóven, este caballo es muy brioso é inquieto, temo que en uno de esos arranques se deshojen las flores; por lo mismo te suplico que tú lo conserves. Ya que Carolina es tan bondadosa y me lo obsequia tan de buena voluntad, creo no tendrá á mal que te lo dé: ¿verdad, Carolina?

—Sí, Enrique, dijo ésta, haces muy bien y te agradezco que así cuides mi regalo.

La salida de Enrique, digna de un buen estudiante, hizo ver el cielo á Sara: un destello de satisfacción brilló en sus hermosos ojos y apénas si pudo articular una palabra de agradecimiento. Carolina quedó tambien contenta porque interpretó favorablemente la decision de Enrique. Creyó que al llegar éste á su casa reclamaría el ramillete para conservarlo.

Al separarse Enrique de la ventana, fué el objeto de la conversación de las jóvenes, provocada por Carolina. ¡"Qué elegante es tu primo, dijo ésta,— Si "vieras que cada día me desespero más porque se nos "ha privado de la facultad de expresar nuestros sen-"timientos." ¡Ah! sería muy felíz si pudiera decirle que lo quiero mucho."

—Pues bien, díceselo; replicó Sara, ya ves que yo á presencia de todos se lo digo, y no tengo pena por ello, antes bien me complazco.

—Sarita, no seas niña, dijo Carolina, el cariño que tengo á Enrique, es muy distinto del que tú le profesas, ¿me entiendes?

—Cómo! esplícate: ¿crees que lo quiero ménos que tú? vamos, contéstame.

—Entendámonos Sara, oye bien lo que voy á decirte. Fuiste al matrimonio de Pedro? Presenciaste el acto del casamiento el Domingo anterior? ¿notaste la alegría y la satisfacción que revelaba en su semblante nuestra amiga María? pues así es como yo quiero á Enrique, para que sea mi esposo, para vivir con él siempre, para no separarme nunca de él, para estar á su lado. Si está enfermo cuidarlo con esmero, curarlo: que nadie más que yo lo atienda y mime: para estar contenta, si él lo está: en fin para que yo,

sea el único objeto de su cariño, y á mí vez vea en él, á mi padre, á mi alma, á todo mi ser: que no se ponga otra ropa que la que yo le haga; y no cóma, sino lo que yo le prepare: chiquiarlo tanto, como si fuese el menor de mis hermanitos.

Sara quedó un momento pensativa al concluir de hablar Carolina, pero luégo dijo en alta voz con energía. "Eso nunca jamás."

—Qué dices niña, exclamó aquella.

—Nada Caro, contestó ésta, tonterías, estaba pensando..... no sé en qué, pues apénas pude entender lo que me decías.

Casi nada se habló despues, diciendo Sara: "Caro ya es tarde, me voy ántes que anochezca, no quiero molestar á mi padre con hacerlo venir por mí." Esta fué su despedida, ni siquiera usó de la frase de etiqueta, de rigor y sacramental entre jóvenes. "*¿Cuándo me vas á ver?*" La hubiera proferido á no haber tenido la franca revelación de Carolina. Imposible era para ella consentir que, ésta tomando por pretexto una visita, se complaciera con la presencia de Enrique. Así fué que apénas pronunció una que otra palabra más y salió de la casa de Carolina, contrariada, triste, con cierto malestar inexplicable. En el camino para su casa iba diciendo: *es decir que si Enrique ama á otra y se casa can ella, no lo volveré á ver, ya no irémos a paseo como de costumbre..... ¡Ahora sí comprendo porqué dice Carolina que las mujeres somos desgraciadas!* Si yo pudiera le diría: *oye Enrique vamos á casarnos?* él no me habia de desairar porque me quiere mucho..... —¡bueno! ¿y porqué no se lo he de decir? ¡Ah! ¡qué tonta soy! Ahora sí..... ya sé.. ¡qué gusto!.....

Y más de prisa que como venía, se dirigió á su ca-

sa y al llegar apenas saludó á Doña Juana, fué á su recámara, abrió el ropero y sacó de él un papel impreso, bien doblado: encendió una luz pues ya comenzaba á obscurecer, desdobló el papel y leyó. Una viva satisfaccion se retrató en su semblante. Eran los versos que le regaló Enrique. Entónces comenzó á comprender; por eso á cada quintilla que daba lectura decía: *que bonito!* Y su corazon latia de un modo violento y extraño. La lectura de los versos fué interrumpida por la voz de una criada que anunció, que la cena estaba servida.

Sara no sabia que hacer, porque con la seguridad de que Enrique estaría en el comedor, temía mucho, ignorando porqué, encontrarse frente á frente con él.

Por fin se resolvió, guardó sus versos, dejando apagada la luz, é hizo un esfuerzo para dirigirse al comedor; pero al entrar y oír la voz de Enrique, que le preguntó, á qué hora se había separado de Carolina, no pudo resistir la emocion y tuvo que apoyarse en el respaldo de la silla. No supo que respuesta dar; pero sus padres notaron su turbación y que estaba pálida por lo que le preguntó Dª Juana con ansiedad ¿qué tienes niña? ¿estás enferma? ¿qué te pasa hija mía? Enrique notó entónces que algo pasaba á Sara y de un salto se puso á su lado para preguntarle ¿qué tienes hermanita? ¿te has puesto mala? habla ¿estás enferma? ó te han dado algun pesar.

La infeliz niña no pudía contestar, porque si en realidad se notaba algo en ella, no era posible que dijese el motivo; pero reponiéndose violentamente contestó, "no es nada; sino que soy bastante nerviosa, ya lo saben Ustedes. Ahora que encendí luz en mi recámara al ir á buscar la vela, cerca del candelero estaba un raton, el ruido del cerillo asustó al animal y

brincó sobre mí. Se apagó el cerillo y como de pronto no sabía qué animal ó qué objeto me había saltado, me impresioné bastante y aún no me pasa el susto. Ya ustedes ven, la cosa es muy sencilla y por falta de valor; les hé dado un mal rato.»

—Nó, Sarita, dijo Enrique, á cualquiera le hubiera sucedido lo que á tí. Una impresion así repentina, hace vacilar aun al más despreocupado. Siento el percance; pero ya pasó, cálmate, toma unos tragos de agua, pues creo que con eso recobrarás la tranquilidad. Vamos siéntate. Iré ahora con papá y registraremos bien para evitarte otro susto.

Doña Juana propuso que si deseaba se cambiara á su recámara; pero ella rehusó, manifestando un valor heróico que dió que reír á todos. ¡Bien sabía que sólo era un cuento la existencia de tal raton! Por la primera vez en su vida, mintió; pero no le fué posible otra cosa, ni encontró de pronto, otra explicación satisfactoria que dar.

Concluida la cena, cada cual se retiró á su habitacion: los esposos á rezar sus devociones, Enrique á leer algo y Sara á pensar sobre el último acontecimiento. Ya en su habitación, cerró cuidadosamente la puerta y dándole la espalda, por si algun indiscreto pegara el ojo por la cerradura, como si fuera á cometer una mala acción, buscó el periódico consabido y volvió á leer y releer los versos, encontrándolos cada vez más bonitos, hasta que casi ya aprendidos de memoria, se decidió á meterse en la cama. Por algun tiempo estuvo con los ojos abiertos pensando en mucho y en nada; pero todo se concretaba á lo siguiente: ¿qué haré si Enrique se casa con otra?

Por fin apagó la luz, cerró los ojos, quiso dormir y no pudo.

Le fué imposible conciliar el sueño y ya muy avanzada la noche pudo dormir un poco; pero pensando siempre lo mismo.

El niño alado estaba haciendo de las suyas. Sus envenenadas flechas, tenían por blanco el inocente corazón de Sara y esta recibía, sin darse cuenta, la herida mortal que tanta sangre cuesta á la humanidad.....

Todas las mañanas ántes del desayuno, tenían por costumbre Sara y Enrique, leer algo, sentados á la sombra de un gran fresno que había en el patio de la casa. Sara fué la primera que llegó al lugar del estudio: poco tiempo despues apareció Enrique y lo que jamás le había sucedido á la jóven, apénas pudo contestar al saludo de su primo

—Con que sí Sarita, preguntó este despues de los saludos de costumbre, no volvió anoche el grosero raton?

—Sara sonriendo, contestó, ya no por fortuna hermano mío.

—Me alegro, dljo Enrique, vamos á otra cosa. Ayer tarde cuando pasé otra vez por la casa de Carolina ya no estabas y lo sentí, porque pensaba darte unas flores muy hermosas que recojí en el campo.

—Y no encontrándome se las diste á Carolina: ¿no es cierto? replicó Sara con precipitacion y sarcástica entonación de voz.

—No querida hermana, contestó Enrique, no encontrándote, las traje, las coloqué en un vaso que está en mi cuarto, esperando verte hoy para obsequiártelas. En prueba de ello las vas á ver, ¿las quieres ya?

Sí, Enrique; pero aguarda un poco, ántes quiero que me expliques lo que dice aquí: esto diciendo, sacó de entre las hojas del libro que traía, un periódico

que no era otro que aquel en que estaban los versos de Enrique.

—Bien, Sara, ¿qué quieres que te explique?

—Nada primo una cosa muy sencilla, contestó Sara, ¿por qué dices en estos versos que si nuestra separacion fuera sin esperanzas de vernos, morirías de pesar?

—Eso dije, adorada niña, porque así lo siente mi corazón. Si por desgracia me condenaran á no verte, no sé qué haría; viviría desesperado y ¡quién sabe! si podría resistir tanta desgracia!

—Es decir que si me casara..... No acabó Sara la frase, porque Enrique tomándole suavemente la mano le dijo en tono cariñoso y á la vez con dulce reconvención. ¡Tú casarte ángel inocente! ¡Tú llevar otro nombre unido al tuyo! ¡verte al lado de álguien que tal vez no te haga feliz! ¿Acaso prima querida, tu corazón pertenece ya á persona alguna? dímelo con franqueza: abre tu alma á tu hermano, que nadie será tu mejor consejero. Haré cuanto de mí dependa para que no seas desgraciada.

—¡Pero si yo no amo á nadie más que á tí y á mis padres que son los tuyos! contestó la jóven con afligida y triste voz. ¡Si á todos los hombres de aquí no los quiero como á tí! Si cualquiera de ellos me es indiferente! ..... ¿Por ventura has visto que tenga predilección por alguno del pueblo? ¡que malo eres Enrique en suponer que amo á otro!

—Conque es cierto que à nadie amas sino á mí? Será verdad tanta ventura al asegurarme que no serás esposa de otro?

—Sí Enrique, contestó Sara, te aseguro que sólo á tí te quiero mucho. Y si deseas que sea tu esposa, yo tambien lo quiero, para cuidarte hacerte tu ropa y

que nunca te separes de mí; porque dice Carolina que si te casas con otra, te irás á vivir á su lado y entónces ya no te veré con frecuencia, ni platicarémos, ni te bordaré tus pañuelos y eso para mí, será una de sesperación.

Enrique oía extasiado y con religioso arrobamiento cada una de las palabras de Sara. Sus candorosas é inocentes frases le encantaban y cuando la jóven dejó de hablar, despues que lo envolvió en una de esas miradas tan llenas de fuego y de inocencia á la vez, dijo Enrique,—Bien, Sara encantadora, pero repítemelo; ¿me amas? ¿me quieres? de nadie es, ni será tu corazon más qne mío?

—Sí, hombre de Dios! ¿Cuántas veces quieres que te lo diga? pero tú tambien dime ¿no querrás á Carolina? ¿ya no le recibirás flores? ¿ya no permitirás que te llame Enriquito?

—No adorada niña, contestó Enrique, sólo tú ocuparás mi corazón: toda mi alma será tuya.....

.....

Las siete daban en el reloj de la casa. Era la hora en que la familia tomaba el desayuno.

—Las siete, dijo la jóven, vamos Enrique, ya nos llamarán.

— Por última vez, insistió éste, dime ángel mío me amas?

—Sí niño, contestó Sara con zalamería, te amo mucho, muchísimo— Así comenzaron aquellos castos amores, jugando ó serios ¡quien sabe cómo!

El alma vírgen, la virtud y sencillez de Sara no podían medir el gran paso que daba en la senda de la vida. Los celos el egoismo de tener siempre á su lado á Enrique y la ternura y cariño que abrigaba su

corazón para cuidar siempre de él, daban forma al naciente amor en ambos jóvenes.

Pero así es el amor, por algo empieza.

Sara se separó de Enrique y fué á su cuarto á arreglarse, para ir al desayuno, contenta, satisfecha diciendo para si. ¡¡ahora á trabajar, á concluir los pañuelos de papá y luego unas corbatas muy graciosas para Enrique..... Ahora sí, ya Carolina que se quede con su antojo. Yo seré la esposa de Enrique; pero bien ¿y cuándo nos casarémos? ¡qué boba! y cómo no se lo pregunté? Bueno, ¿y si se le pregunto?..... nó, ahora nó, mejor mañana..... pero Carolina me dijo, que así como cuando Pedro y María se casaron. se fueron á vivir solos, debo hacerlo el dia que me case. Entonces Enrique y yó, viviremos en otra parte; pero..... entonces también..... ¿Cómo se quedan papá y mamá solitos? ¡Ah! eso si que nó, mil veces nó y nó.....¡que feo es casarse! pero..... Iba á seguir con otras reflexiones, peros y castillos en el aire todos por el estilo que hubieran sido interminables á la zazon que Doña Juana llamó: Sarita, hija, el desayuno se enfría.»

Se arregló Sara como pudo violentamente y fué al comedor, dando saltitos y cantando, cosa que hasta esta vez hacía

Doña Juana al verla tan contenta y que su semblante revelaba alegría, despues de abrazarla para darle *los buenos dias* al momento en que se acercaba á dar su beso en la frente á Don Martin, le preguntò la Señora ¿porqué te veo tan contenta? ¿atrapaste acaso al ratón y le diste su merecido castigo por el susto que te dió?

Sara que no se acordaba en aquel momento del bicho que solo había existido en su imaginación, arqueó

sus grandes y pobladas cejas é iba á preguntar ¿qué ratón? pero de pronto recordó la escena de la noche anterior y ruborizándose notablemente por su primera mentira. mas aún por tener que inventar otro cuento en el presente caso, para explicar su manifiesta alegría, contestó "no mamá el pobre animal se conformó con la pena que me hizo sufrir y no volvió más.

—Entonces ¿has descubierto algun tesoro, pues tan contenta te veo? preguntó Don Martin.

—Abrazándolo y dándole un beso en la frente contestó: "papacito, yo creía que sólo las mujeres somos curiosas; pero ya veo que tambien lo es mi viejecito. Y tú Enrique ¿no quieres saber algo?

Este temeroso que el candor de Sara descubriese el verdadero motivo de su alegría apenas pudo decir "Como quieras."

Sara más colorada que una amapola, con bastante dificultad, por tener que inventar otra mentirilla mas, dijo: "ya Vd. sabe mamá cuanto me mortifica no tener una marca á propósito para los pañuelos de papá, las que veo, ó son muy sencillas ó para jóvenes, con adornos que no cuadran á personas de respecto como papacito; por eso ahora que encontré una"..... sa arrepintió de la frase que iba á decir temerosa que le pidieran la marca para verla y la compuso ántes, diciendo" que tengo una, aquí" y se tocó la frente, "por eso estoy contenta y satisfecha.

—Bien hija, repuso la Señora, ya veremos esa octava maravilla.

—Mamá, replicó la jóven no tendrá mas novedad ni será más maravilla que ser del agrado de mi papá.

—Y yo te doy las gracias de antemano, dijo Don Martin, sobre todo por haberme dicho *viejo* de una manera tangraciosa.

La jóven estaba en ascuas, no ataba, ni desataba, aflijida en su interior por no saber cómo salir del paso para cumplir con lo ofrecido, así es que sólo pudo decir: "papacito no sea Vd. susceptible, he dicho que es Vd. persona de respeto; pero de eso no se deduce que sea, ó le haya querido decir *viejo*.

Niña inocente y sensible creyó haber ofendido á Don Martin, así es que presentaba ya síntomas de querer llorar. Notándolo Doña Juana, la atrajo á sí y le hizo una caricia diciéndole "no seas niña, hijita, no quieras ahora cambiar tu contento con lágrimas. Ya lo ves Martin, agregó dirigiéndose á su marido en gracioso reproche, con tus chanzas pesadas haces sufrir á esta criatura. Vamos viejo mío, pídele perdón.

—Muchachita. ¿que es eso, le dijo Don Martin con voz cariñosa, ahogada por la emoción y pena. Tomándola con una mano, la estrechó contra su corazón, y le pasó suavemente la otra por la cabeza. "Perdóname mi hijita consentida, ven, en prueba de paz toma," y le dió un pedazo de pan que mojó en el chocolate "se acabó ya, siéntate. Mira que cara está poniendo Enrique"

En efecto el jóven colegial estaba lívido pendiente de los menores incidentes de lo que ocurría.

Sara se limpió los ojos con el delantal, vió á todos y como niño consentido, se puso á reir y suspirar á la vez.

Restablecida la calma, tambien Enrique reía, bromeando con Sara, porque quería llorar.

Cada quien en su puesto y pasada esta pequeña peripecia, siguió el desayuno, y despues se retiraron todos á sus labores cuotidianas. Contentos, excepto Sara, que se fué preocupada por tener que inventar la famosa marca, cuyo diseño ni lo había imaginado siquiera.

CAPITULO III.

Un viaje inesperado.

Al dia siguiente á la hora en que Sara se ocupaba en dibujar la marca especial para los pañuelos de Don Martin, trabajaba Enrique en el despacho con su padre, revisando cuentas y escribiendo cartas.

Cerca de las nueve de la mañana llegó un mozo del rancho, trayendo una carta de Don Protasio. Este individuo le comunicaba á Don Martin que al dia siguiente arribaria á aquella finca el Obispo X que iba de paso para Cuautla Morelos.

Una exclamación de alegría proferida por Don Martin, hizo que Enrique le preguntase. "Qué dice á Vd. de bueno Don Protasio que tanto placer le causa?

—Desengáñate por tu vista, contestó el Sr. Sedeño, entregándole la carta á su hijo. Despues que éste leyó, interrogó á Don Martin "y ahora ¿qué piensa Vd. hacer papà?

—¡Y tu me lo preguntas! Parece que no me conoces Enrique! ¿qué hacer? Mandar que ensillen en el acto los caballos y ponernos en camino para el rancho.

Aún es hora de llegar con oportunidad para disponer todo á fin de recibir dignamente á tan ilustre huésped; de manera que te vas á dar las órdenes convenientes para la marcha. Yo voy en seguida á dar parte á Juana.

—¿Y también mando ensillar los caballos para Sara y mamá?

—No hijo, contestó Don Martin, no es posible llevarlas, se molestarían bastante, por tener que ir nosotros á prisa.

—Pero ¿adelantándome yo, insistió Enrique, podría Vd. llevarlas despacio.

—No, Enrique, ya sabes que no hay mucho local de que disponer en la finca y si su Señoría llega tarde y pasa allá la noche, inutilizariamos una parte, para alojar á tu mamá con Sara. Así es que siempre irémos solos.

Don Martin era previsor, con su natural talento, abarcó la situación, pues comprendió que caminando el obispo con un gran séquito, no era conveniente llevar á su esposa é hija. Pero Enrique no queria dejar á Sara ni un momento, por esto se afanaba tanto, para convencer á su padre que llevase á la familia; mas el último razonamiento, puso fin á la conversación y solo pudo contestar: "está bien, es verdad," voy pues á disponer la marcha."

Don Martin se dirigió á la habitacion de Doña Juana, para comunicarle la noticia que habia recibido.

La Señora, aplaudió con todo su corazon lo que su esposo habia resuelto, porque sabia que acostumbrado á recibir con verdadero placer á sus huéspedes, su satisfaccion ahora sería completa, por tratarse de una dignidad eclesiástica.

Sara que se encontraba allí, recibió un golpe mortal. ¡Tener que separarse de Enrique! sin embargo disimuló su turbacion y preguntó á Don Martin: ¿Y cuando estarán de vuelta? O piensa Vd. ir primero para que despues vallamos nosotras.

—No hija, contestó el Señor Sedeño, pronto esta-

remos de vuelta. Ustedes no irán al rancho; sino cuando Enrique, tenga que marcharse al colegio."

Esta respuesta complació á Sara, porque la separacion de su primo no era dilatada, con cuya resolucion tuvo que conformarse, por ser necesaria.

—Papá, entró diciendo Enrique, todo está listo. Cuando Vd. guste. Y dirigiéndose á Doña Juana y á Sara, agregó: "ya papá habrá dicho á Vds. que partimos luego para el rancho; pero tambien sabrán que muy pronto regresaremos. ¿no es así?

—Si hijo mio, contestó Doña Juana, espero en Dios verlos muy pronto aquí; pero qué ¿no toman ustedes algo de alimento antes de ponerse en camino?

—No Juana, contestó Don Martin, se nos hace tarde; llegaremos á buena hora al rancho: es seguro que nos espera Don Protasio y debe estar preparado.

—Muy bien Martin, ¿no deseas sin embargo, llevar alguna cosilla, siquiera para entretener el hambre en el camino miéntras llegan?

—Todavia eso, pase, contestó el Sr. Sedeño. Voy entretanto á cerrar el escritorio, traer mis armas y decir al mozo que marche á dar aviso de que vamos.

Sara, durante este último diálogo fué á disponer lo que Doña Juana indicó á su esposo.

En una blanca servilleta, colocó pan del que se vende en aquella poblacion—donde no se usa aceite de ajonjolí en los amacijos, con bastante beneplácito del público—queso elaborado en el rancho de Sedeño, cecina que la hay en Jonacatepec, segun los inteligentes, superior á la de Yecapixtla, huevos cocidos y otras cosas propias para el viaje.

Sedeño se despidió de su esposa é hija que lo esperaban en el corredor.

Enrique, que se encontraba en segundo término, se despidió de su mamá abrazándola. Hasta pasado mañana, agregó. ¡Cuanto no hubiera querido decirle á la jóven! ¡Cuanto ella tambien, hubiérale dicho á no estar presentes sus padres.....!

Una hora despues pasaba Enrique y su padre por Jonacatepec, y otras dos más tarde llegaban al rancho donde los esperaba ya Don Protasio para que tomaran alimento.

Al concluir la comida, el primer cuidado de Don Martin, fué examinarlo todo para ver si al dia siguiente encontraba su Señoría, digna hospitalidad en su casa. Afortunadamente D. Protasio se había anticidado al pensamiento de su principal y nada faltaba para dejarlo contento.

A las once y minutos del dia siguiente, una numerosa comitiva, compuesta en su mayor parte de sacristanes y curas, llegaban al rancho de Sedeño, viniendo en primer término el mofletudo diocesano.

Los principales vecinos de las rancherias, salieron al encuentro de su Ilustrìsima, acompañándolos Don Martin, Enrique y Don Protasio.

Los huéspedes fueron obsequiados con explendidéz y por tan digna recepción, no dieron la más pequeña muestra de gratitud, tal vez porque esa gente cree que las arcas de todos, les pertenece por derecho divino y que por obligacion debe atendérsele.

Entre los de la comitiva, del obispo venía el canónigo N. que había sido catedrático de Enrique y por ese motivo, conociendo las virtudes del jóven, lo apreciaba como merecía.

Estaba, es verdad, algo sentido con su discípulo, porque no quiso dedicarse á la carrera eclesiástica, no

obstante los esfueazos que hizo; pero siempre le había conservado predilección y cariño.

Por lo mismo la alegría de Enrique y su padre, fué grande al encontrarse con el canónigo, prodigándole toda clase de atenciones. Este á su vez, hizo patente su cariño al jóven, encomiando, con justicia, su talento y aplicación. Queriéndole dar una prueba de su afecto, suplicó al Sr. Sedeño permitiese á Enrique, lo acompañara á Cuernavaca, población que el jóven no conocía.

No fué muy del agrado de Enrique la solicitud, porque dilataba su regreso al lado de Sara; pero como el Sr. Sedeño aceptó con gusto la invitación, manifestando que se le hacía una inmerecida honra, con que su hijo acompañase al maestro y á su Señoría Ilustrísima, tuvo que resignarse y aceptar por su parte; pero lo hizo más bien para no contrariar á su padre.

En la misma tarde dispuso el Obispo continuar su marcha para Cuautla donde, según se le comunicó, era esperado. Enrique formó parte de la comitiva y al despedirse de Don Martin, le dió varios encargos para su mamá, diciéndole que pronto regresaría: que no tuviese pena y otras frases por el estilo, con la muy sana intención de que Sara se apercibiese de sus palabras:

Escribió una sencilla pero cariñosa carta para su prima, encomendándola á un mozo con la recomendación de que le fuese entregada en secreto.

Nada tenía la carta que pudiese ruborizar al jóven colegial, ni mucho ménos á Sara: muy bien la hubiera dado á su padre para que fuese el portador; pero el amor es así, por inocente que sea, necesita del secreto, de lo difícil, buscando siempre el imposible para hacerse más agradable.

CAPITULO IV.

CUERNAVACA.

Dejemos un momento la pluma.

Con permiso de nuestro amigo D. Eugenio J. Cañas, reproduzcamos íntegro lo que escribió el año de 1887 con motivo de la visita que hizo á la gruta de Cacahuamilpa el Sr. Gral. D. Porfirio Diaz.

Honra este libro lo mucho y bueno que contiene la narración y por ser en provecho del lector, lo tomamos con, ó sin la voluntad del Sr. Cañas.

Nos autoriza la amistad y reconocida benevolencia del autor.

DE MEXICO —A— CACAHUAMILPA.

En Febrero de 1874 el Sr. Presidente Lerdo de Tejada, hizo una excursión á la célebre gruta de Cacahuamilpa; alguno de sus compañeros de viaje tuvo

la curiosidad de preguntar qué pueblos eran los que veía desde la ventanilla del carruaje; tomó nota de sus nombres, y comunicados á un estimable escritor, aparecía consignado en un libro de geografía para 1875, que las principales poblaciones de Morelos eran Huitzilac, Tlaltenango, Atlacholoaya y otras de una importancia muy secundaria.

Por si alguno de los discretos viajeros que hoy se dirigen á la misma gruta deseare saber cuáles son los puntos principales que toca su itinerario sin necesidad de preguntarlo ni padecer las mismas equivocaciones, vamos á tener la honra de acompañarlo desde las puertas de la capital hasta la entrada de la caverna.

Nada verdaderamente digno de llamar la atención en las cuatro leguas que del Valle de México mide el camino, á no ser ese vetusto edificio, á unos centenares de metros á la derecha, á cuyo lado se levanta modesto monumento, y á cuyo derredor se agrupan pobres casas; es el antiguo *Huitzilopochco*, hoy San Mateo Churubusco, nombre que para todos los mexicanos condensa las ideas de patriotismo, heroismo y honor. Este, como los demás pueblecillos y haciendas que hasta la hermosa de Coapa bordan los flancos de la vía pertenecen á la Municipalidad de Coyoacan, prefectura de Tlalpam del Distrito Federal; la primera posta se halla en Tepepan, lugar de 925 habitantes, perteneciente á la prefectura y municipalidad de Xochimilco, del mismo Distrito Federal.

A unos tres kilómetros de distancia comienza el ascenso á las montañas que forman la cordillera del Ajusco, esta primera cuesta, bastante penosa, se llama de San Mateo Xalpa, al acabar de encumbrarla se encuentra el pueblo que le da su nombre, y que

significa *lugar arenoso*, nombre bastante justificado, tiene 581 habitantes, y pertenece á la misma jurisdicción que Tepepan. Sobre la derecha de la calle principal, que es la que recorren los carruajes de tránsito, se vé una casa de aspecto agradable, muy superior en construcción á todas las demás del pueblo: es la escuela que mandó levantar á sus expensas la infortunada Carlota Amalia.

Sigue otra pendiente cuyo acceso es más penosa aún que el de la anterior; al terminarla se encuentra el pueblo de San Miguel Topilejo, 1,031 habitantes, de la prefectura y municipalidad de Tlalpam. Unas tres leguas mas de subida y se llega al Guarda, segunda posta y medianía del camino entre México y Cuernavaca. Entre Topilejo y el Guarda se tiene uno de los puntos de vista más hermosos sobre el Valle de México.

A la derecha, dando la vista al Valle, se elevan el Popocatepetl y el Ixtaccihualt; á la izquierda en primer término el Ajusco, más allá los montes de las Cruces, perdiéndose su prolongación entre la bruma hácia el nordeste; al frente las serranías de Pachuca y el Real del Monte; circuido de esas cordilleras en el fondo, el valle con sus tersos lagos, sus ciudades, sus pueblos y haciendas; en el centro del valle la sierra de Guadalupe.

La Cruz del Marqués.—Estamos en los límites del Distrito Federal y el Estado de Morelos: sois nuestros huéspedes; esa tosca cruz de piedra marca la línea divisoria: pero no es la circunstancia que hace notable ese sitio. Sobre la carretera de México á Acapulco es este el punto culminante; las aguas pluviales que caen sobre este sitio, miéntras las que se deslizan al norte van á perderse en las corrientes que de-

saguan en el Atlántico, las que resbalan hácia al Sur, van á engrosar al Amacusac, aumentan el volúmen del Mescala y entran al Pacífico en el río de las Balsas.

Esa cruz, si hemos de creer á la tradición, señalaba tambien el límite de los dominios del Marqués del Valle, el fiero conquistador. Segun Alejandro de Humboldt, en el tiempo en que viajó por la Nueva España, este era el punto más alto del globo terrestre sobre el nivel del mar, donde rodaban carruajes. Desde aquí hasta Cacahuamilpa, salvo algunas ligeras subidas de las cuales la principal es la de Santa Teresa al término del viaje, todo es descenso. Al acabar de recorrer ese hermoso bosque con cuya salvaje belleza solo rivalizan en las cercanías de la capital, el de las Cruces y el de Riofrio, hallamos ese grupo de chozas llamado Zacapexco, y desde él descubrimos como en extenso panorama, todo el Estado de Morelos y parte de los de México á la derecha, Guerrero al frente y Puebla á la izquierda. Las abruptas montañas que al poniente elevan al cielo sus enhiestas cimas, ocultan entre sus repliegues un bellísimo valle, célebre por estar allí el Santuario de Chalma, el ingenio de Jalmolonga, segundo del país en antigüedad, y la villa de Malinalco del distrito de Tenancingo, Estado de México. Bajo las bóvedas del Santuario nace el bello rio que vais á pasar en Puente de Ixtla.

Al suroeste se levanta gigantesco el cerro de Tasco; casi á su pié está el famoso mineral que dió á Borda una fortuna de cuarenta millones de pesos; pertenece á Guerrero.

Al sur cierra el horizonte la cordillera de Cerrofrío; detras está el fértil valle de Iguala.

Al oriente, en primer lugar el Popocatepelt y el Ixtacihuatl, desgarran la celeste bóveda con sus altivas frentes, ceñidas de nívea diadema: ellos dominan por completo este expléndido paisaje.

Al sureste sobre el fondo violáceo de esas montañas que dividen los distritos de Jonacatepec (Morelos) y Matamoros (Puebla), veis levantarse dos rígidos peñones; el uno inaccesible, es una curiosidad geológica; se llama el peñon de Santa Clara, por estar cerca del ingenio de este nombre; el otro es el de Jantetelco; á su pié está el pueblo del mismo nombre, del cual era cura el héroe Matamoros; allí se ciñó la espada abandonando el hisopo.

Aquí, casi á vuestros piés un poco á la derecha, vuelve á levantarse esa cadena de rocas ciclópeas que viniendo de Chalma parece que solo se ha abatido para abriros paso; va á terminar, siempre altiva, en Tlayacápam con el cerro del Sombrerito, otra curiosidad geológica. Por todas partes inaccesible, remeda gigantesco conjunto de elevados torreones de antiguas fortalezas; los veis á cuatro leguas, si estuvierais al pié observariais que no les faltan ni almenas, ni cornisas, ni troneras. En el fondo de esa inconmensurable grieta que forma al bifurcarse, hay un reducido pero fértil valle inclinado donde se reclina Tepoxtlan; iguala los más bellos paisajes suizos, en los hijos de ese pueblo se retrata la naturaleza de su suelo: altivos independientes, idólatras de sus derechos: ese nido de águilas ha sido muchas veces el refugio de los campeones de la Libertad.

Ved por fin allá abajo, al frente, aquella agrupación de casas, de árboles que parecen divididos por ancha cinta: es Cuernavaca atravesada en toda su longitud por la carretera de Acapulco. Aquí, allá, más allá,

por todas partes observad entre las rugosidades de esa inmensa alfombra, cómo los pueblos se agrupan, se dispersan; mirad cómo en el centro de esos anchos campos que con su verdor esmaltan el cuadro, se levantan altas chimeneas de las cuales se escapan densas columnas de humo: son los grandes «Ingenios» que pueblan el Estado. Pensad ántes de abandonar este excelso observatorio, cuanta riqueza de todo género encierra ese girón de la Patria que se llama Estado de Morelos, y á qué lugar tan distinguido le llaman sus productos, su situación geográfica y la paz, el trabajo y la civilización.

En marcha! Llegamos á Huitzilac; nada notable sino su excelente situación, su expléndido horizonte; ah! y su intenso frío, sí, su altura le coloca entre los pueblos glaciales. Pero en una hora recorreremos las cuatro leguas que mide la pendiente rápida de aquí á Cuernavaca y habremos pasado en tan corto tiempo y por tan escaso trayecto á la zona tórrida; aquí los productos de nuestras tierras frias: el maguey, la cebada, como típicos, allá el plátano, el mango, el naranjo, el café, la caña de azúcar: pasamos por todas las temperaturas medias posibles; cada kilómetro recorrido marca una diferencia sensible en el termómetro.

Los puntos notables entre Huitzilac y Cuernavaca, son: primero, el pueblo de Santa María, algunas de cuyas casas se agrupan á uno y otro lado del camino: á la derecha, una legua adelante, la fábrica de aguardiente, Buenavista propiedad del Sr. Ramon Portillo; ya se ven plátanos en la huerta de esa finca; tambien hay frutales de tierra fría; aquí los productos se confunden.

Una legua más abajo está el risueño pueblo de

Tlaltenango. A la derecha el santuario de una imágen milagrosa, de la devoción especial de los habitantes de Cuernavaca. En frente un derruido portal entre antiguos paredones. Los paredones pertenecieron al primer "Ingenio" que explotó en el país la caña de azúcar; fué despues trasladado al barrio de Amatitlan, al Oriente de Cuernavaca; sufrió una última traslación y hoy es el de Atlacomulco, una legua al sureste de Cuernavaca; perteneció desde su primera fundación al conquistador Cortés; y hoy á sus sucesores los duques de Terranova y Monteleone, sus productos están dedicados al sostenimiento del Hospital de Jesus en México. En el portal, segun la leyenda, hubo una hospedería, dos jóvenes dejaron en cierta ocasión á guardar en ella una caja cerrada; pasó tiempo y no volvieron por ella; pero de la caja se escapaban suavísisimos aromas; algunas tranquilas noches se percibian, partiendo de ella, dulcísimas armonías, aureolas indescriptibles de divina luz solian circundar la misteriosa caja; en un tiempo tan lleno de creencias maravillosas, estos rumores bastaron á decidir la apertura de la caja en medio de solemnidades, hízose y hallóse dentro la escultura que hoy se venera en el Santuario que se le erigió.

***

La primera jornada ha terminado con el arribo á Cuernavaca. Esta ciudad, capital del Estado, y cabecera del distrito y municipalidad de su nombre, está situada entre barrancos profundos y sobre lomas inclinados al S. E., á los 18° 55' 2" latitud norte 0° 6' 19" longitud occidental del meridiano de México, dista 75½ kilómetros de aquella ciudad, y está eleva-

da sobre el nivel del mar 1,505 metros. Su nombre antiguo fué *Cuahunahuac*: significa *junto al monte:* en los tiempos anteriores á la conquista la parte principal de la población estaba radicada en lo que hoy es uno de los barrios, el pintoresco pueblo de Acapantzingo, sitio que eligió Maximiliano de Hapsburgo para construir una casa de campo que no llegó á terminar, actualmente está allí la Escuela regional de agricultura (1). *Cuahunahuac* fué un señorío independiente. Despues de la muerte de *Chimalpopoca*, quinto rey de México, á manos del tirano *Maxtla*, este rey de Atzcapotzalco sitió la ciudad de México para destronar á *Ixcohuatl*, sucesor de Chimalpapoca auxiliado el monarca mexicano por *Netzahualcoyotl*, el célebre rey texcocano, Maxtla fué derrotado y muerto, y como consecueucia de estos sucesos, el señorío de Cuahunahuac quedó agregado á la corona de México por el año de 1430.

Cuando la conquista, los habitantes de esta comarca, muy poblada entónces, huyeron despavoridos á las selvas, la conducta prudente de Cortés, y la influencia del cacique Axayatli, hicieron volver á la mayor parte. Perteneció primero á la jurisdicción de Tasco, habiendo adquirido nueva importancia, declarada villa, tuvo de nuevo jurisdicción, propia anexa á la intendencia de México. Despues de la independencia formó parte del Estado de México y fué cabecera del distrito de su nombre, cuyo territorio era el mismo que hoy forma Morelos. Cuando la guerra de Intervención, dividido el Estado de México en tres distritos militares y administrativos, fue la capital del tercero, reincorporado este en 1867 al Estado de Mé-

(1) No existe ya en Acapantzingo, la escuela regional.

xico, fué de nuevo cabecera del que hoy es distrito de Cuernavaca, y erigido el Estado de Morelos, fué declarada capital de él, en 15 de Junío de 1874 los poderes, debido á causas políticas, trasladaron su residencia á Cuautla, pero en 6 de Enero de 1876 volvieron á Cuernavaca. Hoy se estima su población en doce mil habitantes próximamente, inclusos los barrios, la municipalidad tiene diez y siete mil.

Tiene unas novecientas casas, seis plazas y plazuelas, cerca de ochenta calles y callejones, ocho fuentes públicas, cinco templos católicos y dos protestantes.

Los barrios de San Anton, San Pablo, Acapantzingo y Gualupita que rodean la ciudad, son bellísimos, en el primero hay una cascada de unos cien piés de altura, conocida con el nombre de *Salto de San Anton* que acaba de ser descrito en un folleto por la elegante pluma de Jorge Hammeken y Mexía, recomendamos á nuestros lectores tan florida descripción. En Acapatzingo existe, como hemos dicho, una casa de campo hecha construir por el desgraciado Archiduque de Austria, por sus recuerdos históricos, por su situación encantadora y por estar allí la Escuela regional de agricultura, merece visitarse.

En Gualupita están los manantiales de agua que surten la parte oriental de la ciudad, el pueblo les llama poéticamente los *ojos de Gualupita*, y es fama que los que apagan la sed en los cristalinos arroyos que orotan en aquel rincon perdido del Eden, toman tanto cariño á Cuernavaca que ó no le abandonan ó siempre suspiran á su recuerdo. Aquel sitio romancesco, con sus rosales, sus floripondios, sus elegantes y flexibles ótates, sus corpulentos ahuehuetes, sus tupidos platanares, toda su exhuberante flora, y la multitud

de límpidos arroyuelos que lo cruzan en sonora cadencia, era el favorito de la hija del rey de los Belgas, donde con frecuencia iba a entregarse á la caza de mariposas.

La iglesia parroquial merece mencionarse por ser una de las primeras de importancia fundadas en el país. En 1529, el 2 de Enero, diez frailes de la órden de San Francisco llegaron á Cuernavaca á fundar el convento, la torre del templo no se concluyó sin embargo hasta el año de 1718, existe en ella un reloj que se dice fué regalado por Felipe II. El palacio de Cortés es otro edificio notable, pero solamente por su nombre histórico, fundado por el conquistador, no se terminó sino hasta el 8 de Julio de 1767. En el están actualmente el Congreso y el Tribunal Superior del Estado, sus oficinas y las de la municipalidad. Desde la torre de la parroquia, y la azotea del palacio de Cortés, se descubren paisajes hermosísimos. Es igualmente digno de mención el Jardin que hizo construir Borda y que conserva su nombre, aunque muy deteriorado, es todavia muy bello.

El clima de la población aunque variable no es extremado, pues la temperatura más alta, al abrigo, que hemos podido observar en ocho años, en la época de los más fuertes calores, es de 30 centígrados, y la más baja, á la intemperie en los inviernos más fríos, como el último, ha sido de 10 centígrados.

Y ya que de la capital de Morelos hablamos. digámos algo de todo el Estado. Su territorio antes de la conquista perteneció á varios señoríos independientes, de los cuales los principales fueron además del de *Cuahunahuac*, *Yuhatepec*, *Totolapan*, *Xiuhtepec*, *Tepoztlan* y *Yecapichtla*, hoy Cuernavaca, Yautepec, Totolapam, Tepoxtlan, Jiutepec y Yecapixtla, cabece-

ras el primero hoy de distrito, los demás de municipalidad de su nombre. Sometido por los mexicanos á su dominio, el territorio despues de la conquista española perteneció á la intendencia de México; á la independencia fué distrito Cuernavaca del Estado de México, á la guerra de la intervención tercer distrito militar, y por último, Estado soberano por decreto del Congreso de la Union, del 17 de Abril de 1869. Tiene 4.500 kilómetros cuadrados de superficie. Está dividido actualmente en cinco distritos políticos, Cuernavaca, Morelos, Tetecala, Yautepec y Jonacatepec, subdivididos en veintisiete municipalidades. (1) El último censo oficial en 1872, dá 150,000 habitantes próximamente, pero como el de 1869, fué alterado por motivos de política, ninguno es exacto, las personas que asignan una poblacion entre 110 y 120 mil habitantes se aproximan á la verdad. El valor de la propiedad raíz no es conocido, actualmente trabaja el gobierno en conocerlo, pero puede estimarse aproximadamente en doce millones de pesos. Los presupuestos para gastos municipales, del Estado y de la Federación, montan anualmente á cuatrocientos mil pesos. La industria azucarera es la principal fuente de riqueza, á ella están dedicadas unas treinta haciendas que elaboran anualmente cerca de un millón y quinientos mil arrobas de azúcar y màs de dos millones de miel.

La parte norte del Estado es fría ó templada, la central y meridional caliente, se tienen en él, á pesar de su corta extensión, todos los productos de las tierras frías, templadas y calientes. Contiene su territo-

(1) Hoy son seis los Distritos políticos y judiciales agregando á los mencionados el de Jojutla.

rio 5 ciudades, 10 villas, 118 pueblos, 48 haciendas y 53 ranchos. Varios ríos, de los cuales son los más importantes el Amacusac, Chalma, Yautepec y Morelos lo fertilizan.

Tres gobernadores constitucionales ha tenido Morelos desde su erección: de 15 de Agosto de 1869 á 23 de Noviembre de 1876, el Sr. Gral. Francisco Leyva, de 5 de Mayo de 1877 á 31 de Septiembre de 1880 el Sr. Gral. Cárlos Pacheco, y desde 1.° de Octubre de 1880 á la fecha el Sr. Carlos Quaglia (1).

***

El barrio de Chipitlan es el que nos despide de Cuernavaca en la segunda jornada, á dos leguas hallamos la hacienda de Temisco, propiedad del Sr. Pio Bermejillo ese río que desde el puente que está á tres kilómetros antes de la hacienda corre á la izquierda del camino es el *Apatlaco*, nacido entre las umbrías é impenetrables selvas que circundan el pintoresco llano de Tepeite, al suroeste de Huitzilac, despues de Temisco encontramos à Acatlipa, en el camino, entre la hacienda y el pueblo podemos ver, à ocho ó diez kilómetros à la derecha, el célebre cerro de Xochicalco, en sus flancos, sobre su cima, están las famosas ruinas del *Castillo de flores*. Desde que contemplando las enormes piedras, llevadas allí del fondo de la barranca de Tetlama, hemos pensado en los esfuerzos que necesitaria nuestra mecánica moderna para elevar aquellas moles, creemos en los cíclopes. Entre

(1) Además de los Sres. Leyva, Pacheco y Quaglia hay que agregar el nombre del Sr. Gral. Jesus H. Preciado que en la actualidad es gobernador Constitucional.

las entalladuras de ellas han crecido verdaderos árboles. Si, como decía el Sr. Orozco y Berra, esas ruinas son toltecas, la historia del aguila mexicana, devorando sobre el nopal à la serpiente, hecho fijado por Sigüenza y Góngora el 18 de Julio de 1327, se convierte en dudoso, supuesto que entre los innumerables relieves labrados sobre las piedras de Xochicalco, está una àguila semejante à la emblemática de Tenochtitlan.

Despues de Acatlipa, la hacienda del Puente propiedad del Sr. Ramon Portillo y Gómez, à un kilómetre, Xochitepec, cabecera de la municipalidad del mismo nombre, distrito de Cuernavaca. Existen en esta villa unas fuentes sulfurosas que brotaron en 1875, despues de haber consternado á sus habitantes con los ruidos subterràneos que precedieron à su aparición. A la salida de Xochitepec està el río de su nombre. Como todos los del Estado, en esta época, el caudal de sus aguas es pobre, en la estación de lluvias suele ser terrible. Adelante se llama río de Tetelpa, riega los campos de las haciendas de San Nicolas y Zacatepec, se une en Jojutla con el Higueron y ambos con el Amacusac.

A poco màs de una legua de Xochitepec està otro río y otro pueblo. El pueblo es Alpuyeca y el río lleva su nombre, ha nacido en las vertientes orientales de los montes de Ocuila, corriendo entre profundas barrancas, ha llegado aquí por las de Tetlama y Colotepec.

De Alpuyeca à Puente de Ixtla. el camino nada tiene de notable, bien fastidiosas son esas cuatro leguas en que ni las accidentaciones del terreno dan variedad al paisaje, apénas se distinguen sobre la izquierda la hacienda de Chiconcuac y los pueblos de

Tetecalita y Atlacholoaya, al llegar al punto llamado Tierra blanca se vé la hacienda de San José Vistahermosa al mismo lado, bien merece su nombre, pues desde las azoteas de la finca, la vista se recrea con el panorama que se descubre, allí està la poética laguna de Tequesquitengo, descrita en uno de los números del *Correo;* à la izquierda se distingue el pueblecillo de Ahuehuecingo, que ya pertenece al distrito de Tetecala. como todo lo que falta que recorrer.

En Puente de Ixtla pasamos el río que hasta ese punto se ha llamado *Chalma* y al que ya viene unido el *Tembembe*, al cual los ixtleños llaman *Río chiquito,* El Chalma, como dijimos, nace bajo las bóvedas que forman el pavimento de ese suntuoso santuario tan lleno de leyendas, y cuya erección pretenden algunos que ha costado cerca de un millon de pesos. El río Chalma, cuando cruza en Ixtla, ya ha regado los campos de las haciendas de Jalmolonga, Cocoyotla, Actopan, Santa Cruz y San Gabriel, ha llevado la vida à las poblaciones de Coatlan del Río, Tetecala, San Míguel Cuautla y Coachichinola, ha fertilizado estensas, riquísimas y poéticas vegas, sembradas de arroz, de caña de azúcar, de inmensos platanares, de palmas de coco, de sandiales, y de todas las plantas que producen los ardientes climas tropicales. El Tembembe que se le ha unido, ha recorrido el fondo de la grandiosa barranca de Toto, besó los piés del histórico Xochicalco, regó los campos de Miacatlan de Mazatepec, de Acatzingo y Ahuehuecingo; hoy llevan la abundancia y la vida, suelen traer en sus terribles avenidas la ruina y la muerte.

San Gabriel, la alegre, la risueña hacienda es el término de la segunda etapa. Fué fundada por el rico hacendado D. Gabriel de Yermo, es creencia ge-

neral entre los habitantes de aquellos lugares, que en la guerra de independencia, cuando los insurgentes atacaron la hacienda, habiendo faltado proyectiles con que cargar los cañones, se cargaron con pesos de plata. San Gabriel es hoy propiedad del Sr. Ignacio Amor y Escandon, allí encontrareis la franca, cordial y fina hospitalidad del ilustrado Sr. Wilfrido Amor, hàbil ingeniero, hijo del dueño de la finca, y la del administrador Sr. Alejandro Oliveros, *tio Alejo*, como le llamamos cariñosamente, cuantos tenemos la fortuna de conocerle y tratarle, ambos solo dejaràn de hacer en obsequio vuestro lo humanamente imposible.

*
* *

La jornada tercera nada presenta de interesante, acaso porque todo lo reserva para el grande espectáculo: las grutas, tal vez vayais à pasar por Amacusac, el último pueblo, rumbo á Guerrero, de Morelos, ojalá! así tendreis ocasión de conocer ese río, nacido bajo la gruta de Cacahuamilpa, el más importante del Estado por el caudal de sus aguas, y que como enamorado del simpático pueblo, le ciñe en estrecho abrazo. Una estensa llanura de más de cuatro leguas, cuajada de *cuautecomates* que forman inmenso bosque os lleva hasta la barranca de Santa Teresa; parte de esa llanura de los *Guarines*, la otra, la próxima á Cacahuamilpa, estancia de *Michapa*. En esta barranca de Santa Teresa, cuyas aguas vais á cruzar, termina el territorio de Morelos y comienza el de Guerrero: unos pocos kilómetros, agua arriba de la barranca, se confunden los territorios de los Estados de México, Guerrero y Morelos.

Despues de la penosa cuesta que sigue á la barranca de Santa Teresa, hallamos exactamente sobre el desfiladero que forman los cerros, las primeras casas del pueblo de Cacahuamilpa, estiéndense despues dispersas por los taludes de las montañas que cierran aquel estrecho horizonte; es un pueblo pobre, escaso de población y de industria, que debe á los horrores de la guerra civil el miserable estado en que se halla. Cerca de dos kilómetros de camino por la falda del cerro y estamos frente á la entrada de la gruta. Nada extraordinario; nada del aspecto imponente que nos figurábamos tendría el exterior de la famosa caverna. Salvemos la pequeña hondonada que nos separa y en cuyo fondo corre arroyuelo jugueton; lleguemos al arco de entrada; arrojemos una mirada al interior, y ante tanta magestad exclamemos como Fernando Sort en el mismo sitio y aunque fuésemos ateos: ¡Creo en Dios!

EN CACAHUAMILPA.

La gruta cuya ancha y elevada bóveda os cubre, no es ni la única, ni acaso la primera de las maravillas geológicas de estos sitios; ese pavimento herido con tanta firmeza por nuestras plantas, es la bóveda de otra gruta tan anchurosa, tan alta, acaso más que esta que vemos. Su suelo es el lecho de un río que despues de haber regado el hermoso valle de Tenancingo, de haber acariciado á la risueña ciudad, de haberse asimilado lo mismo las dulces aguas que se derraman de los azules lagos que llenan el apagado cráter del gigantesco Nevado de Toluca, que las salo-

bres que brotan en las cálidas fuentes de Ixtapan de la sal, se hunden en las entrañas de la tierra, cerca del *Mogote*, un árbol digno de figurar al lado del famoso del Tule en Oaxaca por su increible corpulencia. Ese río es el que veis correr desde la entrada á la gruta, allá, en el fondo del abismo; desde aquí se llama el río de Amacusac, pero no va solo, precisamente al lado del grandioso arco que para salir á gozar de nuevo de la luz del sol, se ha abierto el río de San Gerónimo despues de un curso subterráneo de unas cuatro leguas; envidioso sin duda de las maravillas que al empuje de sus aguas creara su rival, vino practicando enormes perforaciones y á competir con él en el mismo teatro de sus glorias, Diríase que no es sino cuando los obstáculos del camino les obligó á unir sus esfuerzos para vencerlos, despues de abandonar sus lóbregas cavernas, cuando esos ríos siguen su curso en cariñoso abrazo olvidando rivalidades. Efectivamente, ahora sus aguas son relativamente escasas, tranquilas, trasparentes; pero cuando las tempestades tropicales descargan su furia ya en las estensas planicies de Pilcaya y San Gerónimo, ya en los altos y espesos montes que rodean á Tasco, Tetipac y Chontalcoatlan, el río San Gerónimo sale rugiendo embravecido, y formando olas y remolinos vertiginosos; sus aguas entónces cargadas de limo que le dan un tinte oscuro le hacen parecer más terrible, ó bien cuando las lluvias torrenciales estrellan su ímpetu en los inmensos contrafuertes australes de la cordillera del Nevado de Toluca el rìo Tenancingo hincha desmesuradamente su caudal, arrastra los ferruginosos sedimentos de las barrancas de Tecualoya, Zumpahuacan y otras, y vomita colérico bramadores torrentes de rojizas aguas. Al encontrarse repentina-

mente uno frente á otro, rivales, poderosos, irritados, chocan con estruendo atronador, repercutido por las altísimas rocas verticales que ciñen el lecho comun, y desaparecen en la revuelta, corriendo á la márgen izquierda las rojizas aguas del Tenancingo y estrellándose contra el valladar de la derecha las sombrías de San Gerónimo.

Frente á la entrada de la gruta veis precipitarse en cascada de plata el risueño arroyo que acabais de pasar.

Notad el poder de incrustación de las aguas de ese arroyo sobre las piedras que le sirven de lecho y en los pequeños cantos que rueda, esa es la clave de la formación de las inmensas y bellas cristalizaciones que vais á admirar en el interior de las grutas.

¿Para qué ensayar describir lo indescriptible, sobre todo cuando vais á verlo? Sirviéndoos de voluntarios y afectuosos guías en la gran gruta, nos limitaremos á señalaros lo mas notable entre lo maravilloso y á indicaros los nombres con que se distinguen las principales secciones de la gruta y algunos de sus monumentos. Pero antes, ¿no deseais os diga como fué descubierta? Indudablemente fué muy conocida de los antiguos pobladores del pais; podeís ver en el pequeño cerro que está al frente de la entrada los restos del *teocalli* que allí existió; igualmente lo prueban los objetos extraidos de la excavacion practicada en el pavimento del primer salon por el Sr. Mariano Bárcena. Además, siempre ha sido conocida y frecuentada por los habitantes del pueblo que le da su nombre; habia sido simplemente olvidada por la generalidad, cuando por los años de 1840 ó poco despues, el Sr. D. Manuel Saenz de la Peña, dueño de la hacienda de Actopan y muy estimado de los ha-

bitantes de Cacahuamilpa, buscó entre ellos un refugio contra sus perseguidores políticos; le dieron por asilo la gruta, él la comenzó á explorar con verdadero entusiasmo, corrió la noticia de su existencia, las caravanas de visitantes se sucedieron con frecuencia, se ponderó su belleza, se exageraron sus dimensiones y la brillantéz, color y trasparencia de sus concresiones; se hizo célebre.

Internémonos por fin en ese dédalo sombrio, entre cuyas negruras se levantan, se confunden, blanquean á trechos, visibles á la luz solar que débilmente penetra en el primer salon, la multitud de monumentos de todas formas, unos distintos, los más cercanos; otros vagos, indeterminados, fantásticos.

Este primer salon se llama del *Chivo*; debe su nombre á aquella estalagmita, de cerca de un metro de altura, la primera á la izquierda entrando, que remeda harto imperfectamente la forma de aquel rumiante; hoy está mutilado; ántes que los entusiastas turistas llevaran como recuerdo de su excursión fragmentos de él, merecía mejor su nombre. La altura media de veinticinco á treinta metros que tiene la bóveda es la misma que conserva hasta el cuarto salon con algunas alternativas; su ancho varía entre cincuenta y cien metros hasta el mismo cuarto salon,

Perdida en la oscuridad, á la izquierda, y casi al comenzar á subír la falda de esa especie de montaña que divide el primer salon del segundo, la cual está formada de gradas cóncavas que en la estación de lluvias están desbordando agua purísima, hay una grandiosa estalagmita que generalmente pasa desapercibida por los visitantes; alumbradla, pero mucho, porque es muy alta y necesita verse en conjunto; es un monumento expléndido.

La enorme roca, á cuyo lado desfilais unos á la derecha, otros á la izquierda, divide el primer salon del de los *confites*, que es el segundo, llamado así por estar cubierto el pavimento de concreciones esféricas, libres y de un decímetro de diámetro próximamente la mayor parte: recojed algunas, son de las mas bellas y ménos estorbosas muestras de este lugar. Llámase el tercer salón, de *la aurora;* viénele el nombre de que al regresar del interior de la caverna, si se apagan las luces adviértese hácia la boca de ella la luz solar; pero tan desvanecida, tan ténue, como lo pueden ser los primeros y más débiles rayos crepusculares, como lo es la luz zodiacal en su mínima intensidad. Entre los salones primero y tercero hay una cristalización monstruosa, al derredor de la cual han caminado varios viajeros inexpertos rodeándola varias veces, cuando creían seguir el rumbo general de la salida. El cuarto salon es el del *trono;* le dan su nombre las níveas estalactita y estalagmita que remedan, la primera, y si se alumbran convenientemente, hermoso dosel cuajado de brillantes, y la segunda el asiento que aquel cubre, igualmente brillante.

Desde aquí la gruta se agranda en altura y latitud, en medio del sinnúmero de concreciones enormes, medianas y diminutas que desde el primer salon venimos dejando, pendientes de la bóveda, erigidas sobre el suelo, replegadas en anchos y delicados cortinajes contra las paredes, distintas, confusas, separadas, aglomeradas, blancas, amarillentas, grises, negras, con triste opacidad las unas, con brillo refulgente las otras, casi todas de formas indefinibles, encontramos en el quinto salon las imcomparablemente bellas llamadas del *panteon*, y de las cuales aquel deriva su denominación. Procurad ver la bóveda, parece

un cielo sombrío cruzado por celajes vaporosos. Las blancas estalagmitas de este sitio han servido de tribuna á Prieto, y á otros mexicanos, honra de la patria.

Hasta aquí el camino ha sido algo difícil, pero no tan penoso como el que sigue, es el *pedregal.* La aglomeración de pedruscos que lo forman, y cuyas aristas os hieren los piés y las manos cuando os apoyais en ellos, se han desprendido de la bóveda, es un hundimiento de la parte inferior de ésta. Pasamos el pedregal y entramos pisando mejor pavimento al séptimo salon, del *agua bendita.* Bendita sería, aunque no la hubiera bendecido como la bendijo el Sr. Arzobispo de México, pues en las diáfanas linfas que esa fuente guarda, apaga el cansado viajero la sed y calma la fatiga que le abruman. Desde aquí el ancho de la gruta es enorme: no se ha medido, pero creemos que entre este punto y *los órganos* pueden llegar á trescientos metros, la altura entre cincuenta y más de cien. Al terminar este salon existe en una piedra, una inscripción que hace saber que hasta allí llegó en 1865 Carlota Amalia de Bélgica. No distante existe otra del desgraciado Comonfort. El salon *del muerto* próximo á éste, lleva tan tétrico nombre por haberse encontrado en él, el cadáver de un visitador de la gruta que extraviado ó falto de luz pereció allí, junto al cadáver del hombre se halló el de su perro. *El Palmar* se llama el noveno salon, uno de los más penosos de recorrer por la desigualdad de su piso, ocasionada por los hundimientos de parte de la bóveda, las altas rectas y elegantes columnas que semejando troncos de palmera se ven allí; le hacen designar con ese nombre.

El espectáculo grandioso, la admiración en su úl-

timo punto, el entusiasmo desbordándose involuntario en el corazón más indiferente está reservado para el último salon llamado de *los órganos*. Nada debemos decir, vais allí; solo añadirémos que en la bifurcación que hácia la izquierda entrando, existe en ese sitio, hay maravillas que pocos de los visitadores han visto, que hácia ese lado es donde arrojando cohetes de ciento diez metros de alcance, no los hemos visto tocar la bóveda, y que en las altísimas galerias que corren, suben, se inclinan y cruzan entre las crestas de esas inconmensurables rocas que no sabemos si con la luz eléctrica llegareis á percibir, hay todo un mundo de monumentos extraños, de edificios abigarrados con todos los órdenes de arquitectura en fantástica confusion, de vegetación pétrea, de animales mitológicos, de figuras apocalípticas, todo eso vé la ménos exaltada imaginación, á quien ni los verdaderos peligros que se necesita arrostrar para llegar allí, bastan á sustraer de la influencia de lo maravilloso, cuyo dominio es completo.

No podia un lugar como la gruta, dejar de ser objeto de aserciones infundadas. dícese que se llega á un sitio donde al fondo de un abismo se ve correr un río, dícese que es tan estensa que nadie puede explorarla, que tiene salidas que solo conocen algunos naturales del pueblo, nada de eso es cierto. Hemos explorado la gruta en todos sentidos en compañía de los Sres. Grales. Lalanne y Angel Martínez, provistos de elementos y voluntad para llevar la exploración hasta lo humanamente posible; hemos ido más allá de donde jamás han querido aventurarse los guías; y á la altura de la bóveda, por todas las galerías y pasos donde puede aventurarse un hombre, la hemos hallado obstruida, en el sentido de su longitud, por

cristalizaciones que nada ni nadie conmoverà. Despues de las obstrucciones de los *órganos* la gruta debe continuar, hasta el punto en que bifurcándose, el río de Tenancingo que la abrió se precipita en un lecho ínferior, cavado con posterioridad, pues ese suelo que hoy pisamos y sin diferencia sensible de nivel, salvo las hechas por las concreciones y los derrumbes, fué en tiempo inmemorial, prehistórico, el suelo del río de Tenancingo. La longitud es de cinco mil metros aproximadamente de la entrada á los órganos. Deben existir grietas ó estrechas comunicaciones por donde se verifica la renovación del aire, conocidas solamente de los murciélagos que habitan en *los órganos*, y á los que no hemos visto entrar por la gran boca de la gruta.

Ni es esta la única gruta del sitio, ni las grutas son los únicos espectáculos grandiosos del lugar; *el abra* de Corralejo, â dos leguas, donde hundido el suelo se vé correr el San Gerónimo en su lecho subterráneo á una profundidad espantosa; la entrada de este río cerca de Chontalcoatlan, bajo un arco que mide de sesenta á ochenta metros de altura, abierto en un acantilado que corta la montaña, de doble ó triple elevacion; *las bocas*, sitio donde salen los ríos, *el hoyanco*, gigante depresión circular que no es sino caverna, cuya bóveda se hundió; montañas enteras que, gravitando con peso irresistible, se abatieron hasta desaparecer su cima en las convidades que ocultaban; todo es admirable, digno de estudio, y prueba que en un radio de seis á ocho leguas, aquel terreno ha sido socavado, perforado en varias direcciones por los ríos, de cuyos trabajos son muestras la gruta que acabamos de ver y la llamada Carlos Pacheco, recientemente descubierta. Esta gruta erà conocida por los

del pueblo, pero hasta los primeros dias de Octubre de 1879 fué revelada su existencia al Sr. Pacheco. Sus cristalizaciones son superiores en belleza à las de la gran gruta, pero no en magestad; tiene varios salones; su entrada es estrecha y difícil; bájase una rampa y estiéndese á la izquierda una estensa galería de poco más de doscientos metros de largo, es la de los *pebeteros*, á la derecha ábrese ámplio cortinaje de verdosas estalactitas y se penetra al primer salon que es el de *la dama blanca*, se suceden el *del monje*, el del *tabellon*, el de la *virgen de la silla*, que es el más ámplio de esta gruta, y el último, el de *los volcanes*, nombres todos derivados de estaláctitas ó estalagmitas que afectan las formas de los objetos que significan.

Sentimos que la estrechez de nuestro modesto semanario y la festinación con que se redacta un artículo de *última hora* que se escribe é imprime á la vez no nos permitan obsequiar á nuestros dignos huéspedes con uno escrito con ménos incorrección y más detalles interesantes sobre el objeto de su visita, que se nos quedan en el tintero; sírvanos de excusa su ilustrada bondad, nuestra insuficiencia y el deseo de manifestarles la afectuosa acojida que les hace Morelos.

Cuernavaca, Marzo 18 de 1881.

CAPITULO V.

CONTINUACIÓN.

Despues de pasar *las tetillas*, camino de Yautepec y ya para descender al *texcal* se descubre la pintoresca Ciudad de Cuernavaca.

Tejalpa, ó Texalpa, es el primer pueblo que se encuentra al paso, no sin que ántes el viajero—sobre todo si es pedestre—remoje sus secos labios con la cristalina y purísima agua de un manantial que nace cerca del camino.

Parece que la sabia naturaleza compadecida del caminante, ha querido presentarle en momento oportuno un agradable refrigerio, más sabroso que el mejor brevaje inventado por el hombre *(Lease Peter-Gay)*.

Despues de Texalpa siguen los pueblecillos de Chapultepec, Cantarranas y Amatitlan; lo ménos pesado de la jornada, quizá porque estando tan cerca de la Capital del Estado, se procura tener siempre compuesto el camino. Sea lo que fuere, se pasa sin sentir ese trayecto, porque la vista se recrea con las huertas

que se suceden sin interrupción hasta la entrada de la Ciudad.

Aquí y allá los guayavos, chirimoyos, naranjales y platanares: tulipanes, lirios, madreselvas, jazmines y flores mil: en una palabra cuanto de rico y floreciente encierra la Zona tropical, regado por diversos manantiales y arroyuelos que dan animación y vida á los simpáticos pueblecillos de que hemos hecho mención.

Por fin despues de tropezones y cabeceadas de las cabalgaduras, se llega á la predilecta residencia de los aventureros Cortés y Maximiliano de Hapsburgo, para buscar una mala posada en el entónces meson de San Pedro, convertido hoy en fábrica de Cerveza, despues que se le bautizó enfáticamente con el sobrenombre de Hotel.

En Cuernavaca se prolongó la permanencia del Obispo y Enrique, contento al principio gozando del magnífico clima, extasiado al contemplar el panorama encantador que se descubre desde cualquiera parte y por donde se quiera estender la vista, pero muy especialmente desde las glorietas del jardin de Borda, tuvo que fastidiarse, aunque no lo daba á conocer.

Por lo regular se le veía en el balcon de la casa del Sr. Pérez Palacios, en la cual se alojó el canónigo. Desde ese balcon se vé la cordillera de montañas que forman la Serranía de Jonacatepec y donde se encuentran los grandes peñascos ó canteras á cuya falda casi está la población de Jantetelco. En los ratos que permanecía solo en el balcon dirigiendo la vista hácia aquel rumbo decía para sí, "allí vive Sara..... "allí está el alma mía..... "¿qué hará en este momento? ¿pensará en mí?..... Ingrata! ¿y porqué no me escribe?..... ¡pobrecita! ¿y cómo y

con quien me ha de escribir? ¡no dejo de ser exigente.....! pero tambien si ella quisiera mandaría un mozo, ¡bueno! más ¿cómo mandar ese mozo?..... En uno de estos momentos se escuchó la voz de un individuo que dijo "Señor Sedeño" Enrique se volvió violentamente para ver quien era el importuno que interrumpía sus pensamientos. "Señor—repitió la persona, que era una de tantas que acompañaban al Obispo—ahí está un mozo que llega de la casa de Vd. y á quien conduje hasta aquí, de parte de su Ilustrísima.

—Gracias amigo—contestó Enrique—que pase el mozo. Pero esto nada más lo dijo, porque casi atropellando al enviado, salió violentamente de la pieza, dirigiéndose al corredor, donde encontró á uno de los sirvientes de su casa que lo esperaba. ¡Macario!—exclamó el jóven—¿Cómo te va hijo? ¿Cuando saliste de Jantetelco? ¿qué dice papá? ¿cómo está mi madre? ¿viste á Sara? ¿donde dejaste tu caballo? ¿traes cartas?

El pobre criado quedó aturdido con tanta pregunta, de manera que en vez de ocuparse de contestar, sacó de un morral—*bolsa de ixtle donde generalmente guarda la gente del campo, lo que necesita en el camino*—un pañuelo en que venían las cartas que se dirigian al jóven.

—Esto me lo dió el amo—dijo—entregando el paquete y luego sacó otro bulto pequeño y agregó: "esto me lo diò la niña, encargándome que no lo perdiera, ni lo diese más que á su mercé.....

—Gracias Macario, contestó Enrique, recibiendo las cartas, "vé á descansar hijo, toma"—y sacó del bolsillo unas monedas que ofreció al mozo,—"toma para lo que necesites"

Macario dando un paso atrás—dijo, en tono res-

petuoso»—no niño ya el amo me dió lo suficiente para el viaje: tambien la niña Sara me daba dinero, pero no quise recibirlo, tomando solamente un bultito con pan y otras cosillas para el camino, por más señas que hasta me sobró chocolate. De modo y manera que con su permiso me retiro, voy á dar de comer á mi bestia y vengo luego, para que me despache.»

—«Macario! me incomodo contigo» y le daba con insistencia las monedas.

—«No mi amo, perdóneme su mercé, no puedo tomar eso» y daba palmadas á su sombrero con la mano izquierda, teniéndolo con la derecha.

—No seas caprichudo Macario, recíbelo; no para tí, sino para que compres un sombrerito y unos zapatitos á tu hijo que aquí los hay muy graciosos.

—Pues ya que mi amo quiere que mi hijo estrene alguna cosa *chula*—(bonita) le ruego que sea á gusto de *su mercé:* pero yo dinero, no lo puedo recibir.

Así son la mayor parte de los mozos en los ingenios de azúcar, honrados y trabajadores. Se les confian fuertes sumas, que recogen de las poblaciones en cambio de libranzas para conducirlas á las haciendas, y es muy común que si por desgracia se les asalta para quitarles *la raya*—como le llaman—defienden como suyo propio aquel dinero perdiendo la vida en la defensa.

Vive todavía un mozo de Coahuixtla, que atravesado ya por dos balazos; se batió con bizarría y denuedo, conteniendo así á los ladrones entre tanto sus compañeros salvaban el dinero.

La Hacienda de Tenextepango fué asaltada una ocasion por más de trescientos bandidos y diez mozos únicos que la cuidaban, la defendieron, muriendo todos, ántes que permitir que la robasen miéntras vivian....

Ante la resistencia de Macario, quedó Enrique un momento pensativo y luego dijo, "arreglado, hijo más en cambio voy á pedirte un favor, ¿me quieres regalar una tablilla del chocolate que te dió Sara y del cual te sobraron algunas? porque el de aquí no se puede tomar, no es sabroso como el de allá. No era que el chocolate de Cuernavaca fuera malo, sino que deseaba tener todo lo que de Sara viniese.

—¿Pues como nó, niño?—contestó el mozo—voy á traer todo el que queda.

Macario se despidió y el jóven se internó violentamente dirigiéndose al balcon y se ocupó ántes que de las demás de la carta de Sara.

En el sobre solo se veía escrito: A. E. que nuestro estudiante tradujo "A Enrique," ¿porqué Sara puso así la dirección? ¿quién le enseñó ese modo de escribir? Nadie, eso no se aprende, es innato en los enamorados y sobre todo en la mujer á quien tanto cuadra el misterio.

Abrió Enrique la carta y leyó "*Enrique de mi alma:*

Varias cartas he roto dirigidas á tí, porque ninguna me ha parecido buena. He querido que sepas de mí, pero no he tenido con quien mandarte mi carta hasta hoy que va un mozo. No puedes figurarte cuanto he sentido que no hayas regresado con papá, y ese canónigo que te llevó, me choca mucho, pero como dice mamá que estarás contento porque estás paseando he quedado tranquila.

Carolina está molesta conmigo, quien sabe por qué. Al salir de misa el Domingo anterior fuimos una calle juntas, me dijo que tenía un novio muy guapo, con quien se iba á casar, como eso no me importaba, no le hice aprecio, pero como agregó que ya sábías que estaba

en esa y que le han asegurado que allá hay muchachas muy bonitas, bien vestidas, que cantan muy bien y que seguido hay bailes, me fastidié y casi sin decirle Adios, me despedí de ella.

¿A cuantos bailes has concurrido? Quisiera saber, para bailar contigo. ¿Te acuerdas de mí? Yo no quiero que visites á ninguna muchacha, ni ménos que bailes, ¿me entiendes?

Dice papá que probablemente no volverás, sino hasta las vacaciones pues de esa Ciudad marcharás para México. Si es así, escríbeme seguido. Cada dia me desespero más, porque ese bendito canónigo te encontró en el rancho ¿por qué no te hiciste enfermo para no ir con él? Si te pregunta por mí, dile que no lo quiero.

Adios Enriquito de mi corazón: no te olvides nunca de mí, que siempre te conserva en su corazón.

S.

Extasiado quedó Enrique con la carta en la mano. En aquel instante en nada pensaba: mil ideas se le agrupaban á la imaginación.

¡Ingrato! olvidaba que su padre, el padre que tanto lo quería, tambien le había escrito. La carta de este, que tenía en la mano izquierda, se le cayó sin sentir y solo eso lo hizo despertar de su marasmo.

Don Martin le decía en su carta que su separación y ausencia eran sentidas: que el Señor Canónigo le había escrito, recordándole que las vacaciones tocaban á su término y que las matrículas tenían que abrirse pronto. Por tal motivo le encargaba que partiera para México á fin de llegar á tiempo y continuase sus estudios.

Otras varias cartas para diversas personas de Cuernavaca, contenía el paquete que se le había entregado.

Sin pérdida de tiempo contestó el jóven la carta de

su padre, anunciándole, que segun sus deseos, marcharìa tres días despues para la Capital. Fué una carta notablemente lacónica, porque lo que más le importaba era ocuparse de la de Sara.

Bastante tenía escrito ya, y le parecía todavía poco para decir á la jóven en varias frases y de maneras distintas, cuanto la amaba.

Macario ya estaba de vuelta esperando en el corredor, que se le diese la respuesta.

Nuestra gente del campo es infatigable: por más que camine leguas y más leguas, no dan la menor señal de cansancio. Sus caballos que parecen de badana, no se fatigan á la par que sus amos. Nada de notable tiene, que despues de haber caminado un ranchero sus veinticinco ó màs leguas, se les hace regresar, tomando solamente una ó dos horas de descanso y ¡cuidado! que nuestros caminos no estan ni siquiera adoquinados,—que entónces sería peor;—pero con todo y eso, ginete y badanario toman la vereda trotando éste y dando el viajero constantemente con los talones en las costillas al bucéfalo, regresan al lugar de su destino, más tranquilos que si viniesen del paseo de la Reforma.

Enrique deseaba despachar luego, pero por más que hacía, los pliegos se sucedian sin interrupción. Iba á concluir el cuarto en los momentos que se presentó un enviado de Su Señoría, diciéndole que su Ilustrísima lo esperaba para asistir á un convite que en su honor se daba en el jardin de Borda.

Como pudo, concluyó de escribir maldiciendo á cuantos convidados y sacristanes hay en el mundo, porque uno de estos le interrumpió su agradable ocupación. Cerró su carta arregló su traje lo mejor que

pudo y salió encontrando á Macario que lo esperaba ya.

—Ven—le dijo—vamos à la esquina, al cajon de ropa para despacharte.

—Vamos Señor amo, aquí está esto: y le presentó la servilleta con el resto del chocolate.

—Dame à acá—dijo Enrique—arrebatando casi lo que se le daba, y se fué á guardarla en una de sus petacas de viaje.

Momentos despues en el cajon de ropa, entregaba Enrique al mozo, las cartas y un bulto con géneros para la familia de este y le encargó por dos ó tres veces, que con el mayor cuidado conservase la que iba dirigida á Sara entregándosela muy en secreto.

Está bien niño—contestó Macario—pierda *su mercé* cuidado, todo se hará como lo desea.

Adios, mi amo—agregó—sin atreverse á estrechar la mano de Enrique; más este bien educado y sobre todo liberal de corazon, con la izquierda llevó á la cabeza de Macario el sombrero que este tenía en la mano y con la derecha estrechó la del mozo. Adios Macario: abrazos á tu mujer y á tu hijo.....

El Mârtes próximo, Enrique salió por la diligencia para México en compañía de su maestro el canónigo.

Al llegar á la Capital; sus compañeros de colegio, conociendo su ingenio y chispa, le suplicaron les refiriese algo de sus impresiones de viaje.

Todos los estudiantes formaron corrillo y Enrique les contó lo siguiente:

"En Cuernavaca el Cura párroco, para dar una prueba de su dedicación y esmero por el adelanto de la juventud quiso que se examinara al mejor de sus discípulos.

"Ante un numeroso concurso —como que nada mé-

"nos, iba á presidir el Obispo—se presentó el alumno "que por su figura y modales, parecía más bien, *Zo-* "*rra* á quien llevan á enjaular. Despues de un dis- "curso en latin que nadie entendió por lo mal con- "certado y peor pronunciado, comenzaron las pregun- "tas calcadas en el Lárraga y que el Sinodando con- "testaba disparatadamente. Por fin el Obispo cerró le "exàmen. Dìgame Vd. niño—le dijo, (no obstante "que el tal niño parecía gato montés ¿podría Vd. "celebrar el Santo Sacramento del bautismo con caldo?

"El estudiante con cierto énfasis, como dando á "conocer que sabia à la perfección al Padre Xaquier, "contestó: distingo, si el caldo es como el que el Señor "Cura mi padrino da à los enfermos del hospital, *si se* "*puede*; pero si es como el que ha dado á Su Señoría "Ilustrísima *nego*; es decir, no se puede."

Con una risa general se celebró la relación de Enrique, pues comprendieron que solo al caldo, del Obispo se le servía carne y el que se destinaba á los enfermos, era pura agua caliente.

A las doce del dia, apareció pegado un papel en la puerta del comedor del colegio en que se leía lo siguiente:

"*Aquí se sirve caldo para bautizar.*"

CAPITULO VI.

SOSPECHAS.

D. Martin y su familia se encontraban en Jantetelco con objeto de pasar la semana mayor.

El jóven á su vez hizo lo posible para estar en aquella población con su familia y así lo habia escrito, para que le mandaran mozos y caballos.

Sara, desde muy temprano del dia en que debiera llegar su primo, estaba arreglada. Vestida y bien peinada, con sencillez; pero con gracia.

Poca devoción tenía aquella mañana, y más bien por costumbre, cumplió con el cuotidiano deber de ir á misa. Temía, que miéntras estaba en la Iglesia, llegara Enrique; por lo mismo apénas concluyó la ceremonia; regresó á su casa con bastante inquietud y precipitación. Ayudaba á Doña Juana en las faenas domésticas, para que Enrique lo encontrase todo listo y limpio; pero se daba frecuentes escapadas para ir á la ventana é indagar con la vista, si ya venía.

Pensaba Sara, y con justicia, que Enrique apresuraría su marcha pues los deseos de verse, debieran ser recíprocos.

—Niña—decía Doña Juana—¿no ves que Enrique sale hoy de Yecapixtla y que así, es imposible que llegue aquí sino hasta las dos de la tarde por lo ménos? ¿á qué pues estarlo esperando tan temprano?

Sara solamente ponía una cara muy triste y hacía un gesto de contrariedad pero no se daba por vencida.

No podía equivocarse.

Infatigable Enrique, como jóven y enamorado, creado y educado en el campo, ningun caso hacía de las distancias, asi es que apénas llegó á Yecapixtla tomó un ligero alimento y descanso, emprendiendo su marcha à la una de la mañana, de manera que ya á las diez entraba al pueblo por la calle principal, camino de México.

—Mamá, mamá—exclamó Sara con infinita alegrìa—ya viene *Liquito*, venga Vd. pronto, ¿Ya Vd. vé? ¿Tenía yo razon de esperarlo tan temprano?

Apénas tuvo tiempo la Señora de acercarse á la ventana; pues ya el jóven llegaba á la puerta de la casa.

Doña Juana y Sara se dirigieron á recibir al estudiante.

Este abrazó á las dos al mismo tiempo, dando un beso en la frente á su mamá. ¿Y papá? preguntó Enrique.

—Tu padre fué—dijo Doña Juana—á buscar..... yo no se qué..... Poco faltó para que la Señora descubriese el secreto, pues Don Martin habia ido á dar órden para que trajesen un caballo que tenìa preparado como obsequio á su hijo y deseaba que al llegar lo encontrara en la casa para darle una agradable sorpress. "Este hombre para nada sirve—continuó diciendo la Señora—debia estar aquí esperándote.

—No culpe Vd. à papá—dijo Enrique—acostumbrado á que yo llegue más tarde, no tenía motivo de esperarme tan temprano.

—Pero entretanto hijo, ven descansa un poco, que te quiten las chaparreras.

Penetraron todos a la sala.

Enrique y Sara no dejaban un instante de dirigirse tiernas miradas.

Doña Juana—aunque virtuosa y sencilla—mujer al fin, y maliciosa como lo son casi todas, no le pasaron desapercibidas las miradas de ámbos jóvenes y mucho le dieron que pensar, ciertas manifestaciones que notó en sus semblantes. Sobrecogióse de temor, más al mismo tiempo desechó los pensamientos que le asaltaban.

—¿Quieres descansar un rato Enrique? preguntó Doña Juana.

—No mamacita, gracias, no estoy cansado y aunque lo estuviera ¿qué diría mi padre si no saliese yo á su encuentro?

—Macario—agregó en alta voz, llamando al mozo —trae mi petaca de viaje.

—Aquí está niño, dijo el sirviente: pues la traía ya para entregarla. La recibió Enrique, buscó la llave y dirigiéndose á su mamá y á Sara les dijo: "traigo á Ustedes unas chacharitas que van á ver."

Sacó de la petaca primero, dos devocionarios "El alma en el templo" lo mejor que en esa materia hay escrito. "Este para mamá y este otro para Sara."

Las Señoras recibieron el regalo. Luego desenvolviendo unos marcos pequeños—agregó: este para mamá y éste para la niña" dando á cada una un marco.

Entre tanto la Señora buscaba los anteojos para

examinar lo que se le dió, ya Sara habia visto, y con expresión de infinita alegría dijo ¡Ay qué mono! ¡qué lindo! ¡qué bonito! que guapo estàs Enríque! ¿verdad mamá?

—Sí hija mía efectivamente está muy bien!

Eran retratos de Enrique lo que tenían los marcos. Sara contemplaba el suyo, lo volteaba de uno para otro lado, hacía comparaciones con la vista entre el original y el retrato. En su mirada se notó que estaba muy satisfecha, envolviendo en ella á Enrique, que no pudiendo resistirla, tuvo que bajar los ojos.

—Aquí está otra cosilla—agregó el jóven—y sacó otros pequeños bultos y las mismas palabras «Esto para mamá y esto para tí.»

Eran dos miniaturas de su retrato colocados en unos medallones para llevarlos prendidos en el pecho.

El muy ladino quería que Sara llevase consigo siempre su retrato y por eso procuró traer dos, pues aunque mucho le agradaba que su mamà portase uno, le importaba y no poco que su primita quedase complacida.

Al recibir esta el medallon, no pudo ya contener su contento.

Se acercó con él á la ventana para verlo mejor y poder contemplarlo á todo su sabor.

En este momento pasaba Don Martin para llegar á la casa.

—Aquí viene papá—dijo Sara—lo cual apénas escuchado por Enrique, se avalanzó al corredor donde encontró á su padre.

—Hijo mío—exclamó este abriendo los brazos—¡qué pronto llegaste! No te esperaba tan tempranol

—Papa!—dijo solamente el jóven, estrechando tam bien á su padre.

Hubieran permanecido así mucho tiempo á no ser por Sara que poniendo el retrato á la vista de Don Martin le preguntó: "¿Conoce Vd. papá à este guapo muchacho? ¡Mire Vd. qué chuzco! ¿y este otro chiquitin? tambien mamá tiene dos.

Las personas de cierta edad no distinguen bien los objetos si se les aproximan mucho à los ojos: por este motivo Sedeño replicó; "pero chiquilla ¿cómo quieres que sepa lo que es eso si me lo pones en las narices para que yo vea? Espera un poco." Sacó con violencia sus espejuelos y despues de pasar la vista por el retrato dijo "en efecto ¡qué guapo es este jóven! qué porte tan distinguido el de este mocito! Pero esto lo decia con cariño, con ternura porque había conocido á su Enrique, al hijo querido de su corazón. Se hacía el sueco apareciendo ignorar que conocia al original pero Sara no comprendió la celada y atribuyó á poco conocimiento de su papá lo que era satisfacción para él tener á la vista una copia fiel del jóven colegial.

—Papá—interrogó Sara en tono de cariñosa reconvención—¡qué por ventura no hay aquí otro tan simpático de donde se ha sacado este retrato? Mire Vd. bien.

—Pues sí hija, este retrato está muy bueno" y daba vueltas al marco para estudiar mejor los efectos de luz.

—Pero por fin, dígame Vd. papá ¿de quién es este retrato?

—De quién? de quien? pues Señor, ¡se parece.....! ¡Se parece....! Ah! sí..... de.....

Sara pendiente de las palabras de Don Martin; pero perdida ya la paciencia, le dijo con ese tono de ira de los niños cuando se impacientan, dando con el pié un golpecito en el suelo, "de Enrique Señor, de En-

rique: ¿pues qué acaso mi hermano no es así, ó más guapo que como está eso?

—Ajajá, sí, deveras niña, de Enrique. ¿Pues mire Vd. qué caso! yo no creía que éste jóven fuera tan bien parecido! Mas todo esto lo decia por chiste, con placer inefable con verdadero gozo, pero Sara no lo creyó así y haciendo un gracioso mohin, interrumpió diciendo¡ ah que papá éste! Vamos para adentro que el pobre de Enrique está cansado y lo hemos tenido en pié. Se internaron todos, sorprendiendo á Doña Juana que en la sala contemplaba con todo el cariño de una buena madre, el retrato de su hijo.

—Mamacita—dijo Sara al entrar—¿Creerá Vd. que papá no conoció de quien era el retrato? Suponía que era otro, dando por razon que era muy guapo para ser de Enrique. ¡Como si mi hermano no fuese buen mozo como el que más! Como si hubiera otro más bien parecido que él en todo el mundo! ¡Bien se conoce que no quiere mucho á Enrique! Yo le iba à prestar este retrato grande para que lo tuviera en su despacho, quedándome con el chico; pero ahora lo castigo, nada le doy.

Se expresaba Sara con tal vehemencia, con tal energía defendiendo á Enrique, que Doña Juana clavó una mirada intensa en su hija, y Don Martin se estremeció, no sabiendo en aquel momento si de pena ó placer; sino solamente porque sabía que es imposible á la edad de Sara y Enrique, dejar de tener corazón.

Alguna que otra broma entre todos siguió, hasta que una criada avisó que la mesa estaba servida.

Enrique necesitaba dealg un refrigerio, por lo que no se hizo mucho del rogar y aceptó luego la invitación de pasar al comedor.

CAPITULO VII.

UN BUEN CURA.

La semana mayor en Jantetelco se celebraba todavía con todo el fausto y lujo clerical de aquellos tiempos, así es que Enrique se divirtió bastante acompañando á su mamá y á Sara y siempre tambien descubriendo, sin querer, el estado de su alma.

De todo tomaba nota Doña Juana, haciendo un buen acopio de presunciones, para formar plena prueba como dijera un letrado.

En ese año el cumpleaños de Sara coincidió con el Domingo, víspera de la marcha del colegial: por ese motivo Don Martin dispuso un convite de despedida para su hijo y celebrar al mismo tiempo el cumpleaños de la niña, dando un almuerzo en una de las mejores huertas que tan bellas las hay en Jantetelco

Doña Juana no desperdiciaba ocasión para conocer á fondo el corazón de ambos jóvenes.

Al dia siguiente de la llegada de Enrique sorprendió la Señora á su hijo y á Sara que sin decirse una palabra sin hacer manifestación alguna ostensible, se

encontraban ambos con la vista fija el uno en la otra y sin tomar bocado.

Soñaban dispiertos en un mundo de ilusiones, como solo los enamorados saben hacerlo.

—Come, niña—dijo Doña Juana á Sara—Esta se puso encarnada, por cuya razon la Señora confirmó sus sospechas.

Nada contestó Sara y siguió comiendo. Su silencio, fué una presunción más.

Concluida la comida, la Señora suplicó á la jóven se arreglara para que la acompañase á la Iglesia á rezar, á fin de que el viaje de Enrique fuese feliz.

Por mucho que tuviera Sara que platicar con su primo, fué bastante que se le indicara que se trataba de rezar por el viaje feliz de Enrique, para que en el acto manifestara su contento y conformidad.

A pocos momentos ambas Señoras caminaban para la Iglesia.

La esposa de Sedeño es verdad que en esta vez, como en todas ocasiones, siempre pedía á Dios apartase de su hijo todo mal; pero ahora su principal objeto era consultar con su confesor sobre lo que había sospechado: pedirle consejo de lo que debía hacer y la conducta que tenía que seguir.

Por un momento tuvo la idea de ponerlo en conocimiento de su esposo: nada más natural—decía en su interior—pero ¿si lo que he observado no son más que ficciones sin fundamento alguno? ¡Cuan grave no será mi responsabilidad con hacer recaer sospechas, sobre mis queridos hijos—como les llamaba—agenas enteramente de su voluntad. Más, ¡si nada comunico á mi esposo! ¡cuanto no será mi culpa con ocultar lo que debiera decir!

Por esto deseaba comunicar todo á su confesor, pa-

ra que como hombre de recto juicio y reconocido talento, la guiara en ese trance tan difícil, y ella pudiese dar una solución satisfactoria.

El Sr. Cura de Jantetelco de grande experiencia saber y virtud que á la sazón se encontraba en el confesionario cuando llegaron Sara y Doña Juana á la Iglesia, fué consultado por ésta, quien le refirió cuanto había notado y visto.

Este buen sacerdote ejemplo de caridad y excepción honrosísima, oyó con calma la consulta, hizo varias preguntas, inquirió cuanto encerraba el corazón de la Señora á ese respecto y sabiendo cuantas y cuan grandes eran las virtudes de Sara, pues tambien era su hija de confesión, resolvió, que siendo un amor lícito, no había inconveniente en unir con la bendición del cielo á dos almas nacidas la una para la otra. "Cuida solo, hija mía —le dice á la Señora—de la cas-"tidad en esos amores; por lo demás, jóvenes son y si "tu esposo aprueba esa unión, secunda lo que él re-"suelva, sin contradecir, sin poner trabas á lo que "Dios tiene decretado. Procura con prudencia y ti-"no poner á tu esposo en el camino para que medite "y resuelva; pero sin orillarlo ni desviarlo. Para esto "la Providencia Divina ha concedido á la mujer, el "instinto especial de insinuarse sin obligar. Insinua-"te pues en el corazón de tu esposo, para que vea "cuanto deba ver y que él ponga el remedio; pero sin "que tu insinuación equivalga á un mandato ó conse-"jo, porque á la juventud enamorada, no le gusta ni "el espionaje, ni ménos que se le ataque ó pongan "obstáculos, porque si es lo primero les hace odiosa "la persona que lo ejecuta y si lo segundo, los deses-"pera y se suelen cometer aberraciones empujándo-

"los al abismo. Así hija mía que Dios te ilumine, "pues creo bastante mis indicaciones.

"Búscame siempre como ahora, que con la ayuda "del Espíritu Santo, cuya intercesión pediré, tal vez "me inspire consejos sanos y buenos que deberé dar-"te para que no se turbe la tranquilidad de tu hogar "y seas feliz.

"En el nombre del Padre del Hijo y del Espíritu "Santo."

La Señora se santiguó al ser bendecida, besó la mano que le tendió el cura y se levantó del confesionario para arrodillarse ante una imagen de la Vírgen á elqun rezó pidiéndole su divina luz para que pudiera avisar la angustiosa situación en que se encontraba.

CAPITULO VIII.

DIA ONOMÁSTICO EN PROVINCIA.

Amaneció el Domingo, último dia de la permanencia de Enrique en Jantetelco y cumpleaños de Sara, Como de costumbre en esos casos durante la noche, se adorno el interior de la casa de Sedeño con arcos de flores colocados en las puertas de las habitaciones; ramas de árboles, tallos de plátanos y carrizos en los corredores. Se mandó traer una buena música y como la mejor que era, se componia de violin, flauta. bandolon y vihuela. Mas no por ser la mejor lo hacia bien, pues cada filarmónico jalaba por su lado.

A las cuatro de la mañana la mala y disonante música, tocaba diana á la puerta de la recámara de Sara, cohetes y cámaras completaban la felicitación que se hacía: mejor dicho, á esa hora y con tales músicos, másbien parecía una cencerrada con que se obligaba á que Sara despertase.

Siempre me ha parecido de muy mal gusto, é impertinente sobre todo, celebrar el cumpleaños de una persona haciendo que se despierte á las cuatro de la mañana. Se le hace levantar á esa hora para recibir

á los que vienen á felicitarla; sin embargo no hay más que resignarse seguir la corriente, só pena de caer en público desagrado,

Sara hizo lo que todos en iguales circunstancias; obsequiar y agradecer á quienes se tomaron la molestia de levantarse tan temprano.

En aquella época se obsequiaba á la concurrencia con rebanadas de pan, queso, catalan, vino jeréz y mixtelas de anis, rosa y canela.

El mezcal era para la gente pobre, que madrugadora por costumbre, concurre á la novedad, y al husmo de hacer *gratis* la mañana, sin importarle lo que se celebra, ni á quien tiene que agradecer aquel trago de mezcal tan de madrugada.

Los músicos como los niños, siempre con su natural disposición de tomar todo lo que se les dá á cualquiera hora, engulleron una buena cantidad de comestibles y *campechana*—como entónces se llamaba á la mezcla de catalan y jerez—Los demás concurrentes, solo probaron el licor al momento del bríndis que se pronunció por la felicidad de la jóven.

No faltó quien brindara, deseándole, que Dios concediese á Sara *mil años de vida*; es decir, la vida del Cuervo, que en verdad si Dios accediera á semejante antojo. no sería mal *tecoloie* quien tantos años tuviera que soportar en este pícaro mundo.

Enrique obsequió á su prima con un cintillo en que constaba la fecha del regalo, y con un prendedor con el nombre de Sara. Prendedor que le costó despues no pocos desvelos y aflicciones, porque quería usar éste, asi como el medallon que contenía el retrato de Enrique.

Los dos prendedores no podían usarse á la vez por

lo qué, le era imposible á Sara resolverse á cual de los dos daba la preferencia.

No se acostumbraba entónces colocar los regalos en la mesa del centro de la sala para que los concurrentes los admirasen poniendo en tela de juicio y criticando la tacañería ó largueza del obsequiante. Pero aunque tal hubiera sido la moda, Sara no hubiera hecho más de lo que hizo: guardar muy cuidadosamente el regalo que de México trajo Enrique y que en secreto lo había tenido reservado hasta ese día.

La concurrencia se retiró despues del desayuno—porque tambien es costumbre dar desayunos á los amigos—quedando todos convidados á tomar la sopa, con gran contento de aquellos que para recibir un convite, dan felicitaciones, aunque jamás hayan conocido á la persona felicitada.

Don Martin comisionó á Enrique y á Don Protasio, para que hicieran las invitaciones correspondientes.

Sara suplicó á su primo que aceptase una listita de aquellas amigas por quienes se interesaba y que tomase empeño en comprometer á sus padres, á fin de que no faltaran.

Enrique quedó conforme y esperó la lista.

A poco rato vino la jóven trayendo un papel en que constaba el nombre de sus amiguitas.

Enrique leyó la lista y como notara que Carolina no estaba incluida, preguntó á Sara, ¿has omitido á Carolina por olvido ó á propósito?

—Muy adrede primo mío, á no ser que tengas interés; pues en tal caso, puedes invitarla, no me opongo para que estés contento.

El jóven que comprendía lo que pasaba en el alma de su prima contestó, "hermanita si extrañé que Ca-

rolina no estuviese en la lista, no fué por otra cosa; sino porque como sabes, la familia de esa jóven lleva muy buena amistad con la nuestra y al excluirla del convite equivale á un rompimiento que siendo sin motivo, será doloroso para nuestros padres.

¡Con que no hay motivo!—replicó Sara con precipitación—.... pero en fin, tu sabes más que yó, haz como quieras.

—No Sarita—contestó Enrique—se hará lo que tú mandes, se cumplirá lo que has determinado, y que sobre mí pese lo que venga, no me faltará una respuesta y una excusa satisfactorias para salvar mi falta. Adios, hermana mía.

—Pero por último,—insistió Sara—¿irá ó nó Carolina?

—No, niña, ¡no faltaba más que tú que eres el Santo de la fiesta estuvieses contrariada durante la comida.

—Gracias Enrique, hasta luego ¿vienes pronto no es así?

—Si Sara, no dilato, vuelvo pronto.

CAPITULO IX.

UN DIA DE CAMPO.

A las doce del día la familia Sedeño esperaba en la huerta á los convidados.

Paulatinamente fueron llegando, no sin que tuvieramos que admirar los *magníficos* trajes oliendo á cidra y linaloé, exhumados exprofeso para este festival.

A la una se dió la voz de "*A la mesa.*"

Amenizaba la fiesta, nó, miento, aburria á los convidados, la magnifica música de que hemos hecho mención.

Abrió su escaso repertorio con el Himno Nacional. ¡Oh calamidad! más bien que entusiasmar convidaba aquella pieza á llorar;—pero nó las flaquezas del próximo,—sino la desgracia del autor de que su composición hubiese caído en tan *inteligentes* manos.

Si un extranjero hubiese oído ese himno, no conociéndolo de antemano, al saber que aquel disparate filarmónico era nuestro canto patriótico de seguro que reiría del mal gusto Mexicano, porque lo que estaba oyendo era una parodia de la música de nuestros antípodas los chinos.

Pero tiene que tocarse el Himno Nacional en los convites y así se hace venga ó nó al caso. Recuerdo que en una función de circo en Huichilac, al momento en que debiera presentarse el Oso canelo, el payaso mandó tocar *el himno* y pocos momentos despues al hacer una pirueta el animal, gritaba desaforadamente la multitud "*Viva México*" sin que jamás me haya podido explicar el porqué del himno y la razon del "*Viva México*" porque el Oso, dió un salto. Pero eso..... que nos importa? nuestros músicos hacían lo que todos—*Uso indicado*—y no hubo más que tolerar el *himno* tan en mala hora tocado por nuestros líricos campesinos.

A la mitad de la comida las frecuentes libaciones y el entusiasmo hicieron brindar á un Señor Rojano muy conocido en el mundo literario de por allá. Se tocaron las copas y los vasos para reclamar el silencio.

Nuestro vate estirándose la chaqueta, brindó así:

Entré á un jardin y corté
Una hermosa amapolita
Y todos digan que viva
La simpática Sarita.

Se aplaudió calurosamente, no sabemos si de buena ó mala fé ó por ironía: más me aventuro á creer que fué lo último, porque siempre pronunciaba el mismo brindis, siendo invariables los tres primeros, piés: solo la terminacion del último cambiaba segun que se aplicara á Juanita ó Rafaelita. El diminutivo era forzoso para que coincidiera el consonante con *amapolita* ya sea que se tratara de Remedios ó Agapita pues decía Remediosita, Agapitita.

Se instó despues al Secretario del Ayuntamiento para que *dijese algo.* Comenzaba ya su brindis di-

ciendo: *¿de qué palabras pudiera valerme pára expresar mi gratitud.....?* cuando fué interrumpido por varios nó, no, en verso, en verso, esa interrupcion tampoco sé, si fué porque su perorata ya era muy conocida, pues la aplicaba en todas ocasiones y solemnidades ya se tratara de un bautismo, casamiento ó defunción, ó tal vez porque en verso lo hacía bien; pero creo sin temor de equivocarme á juzgar por lo que dijo, que fué porque siendo en verso era corto su brindis,teniendo así la concurrencia ménos tiempo de fastidio.

"Por Enrique" indicó uno de tantos. Despues de mil fatigas y sonrisa de triunfo alzó su copa y brindó:

Las consonantes en ique
Son difíciles de hallar
Por eso voy á brindar
Por el jovencito Enrique,

Una diana tocada por la orquesta y aplausos, llenaron de satisfacción al poeta.

Cierta Señora que tenía un hijo llamado tambien Enrique, se dirigía á dar las gracias al Secretario porque había brindado por su hijo. Alguien le replicó que no se trataba de su hijo; pero ella insistió en su idea. dando por razon que el poeta habia dicho *jovencito Enrique* lo cual indicaba que á su niño se refería el brindis y no al Enrique, el de la casa, porque ya no era jovencito.

Más dianas y bravos pusieron fin á la cuestion que no quedó resuelta satisfactoriamente.

Las dianas con los bravos usuales tambien despues de un brindis bueno ó malo, me hacen el efecto que deben sentir los concurrentes á las corridas de toros

al oir las dianas y aplausos, viendo á undes graciado caballo arrastrar los intestinos por el redondel.

El Señor Cura llevó al convite—tal vez porque en su casa ese dia no se dispuso comida—á un Señor Cordero que casualmente pasaba para Atlixco.

Siguen los brindis—dijo el maestro de escuela—*Aquí el Señor Licenciado*—señalando al aludido—*tendrá la grandísima y exhuberante amabilidad de electrizarnos con su fluida y forense voz. Escucharémos gustosos ¿eh? cuanto en loor de esta agradable y escogida reunion improvise. Aplaudirémos ¿eh? frenéticamente al gran orador y eminente jurisconsulto.*

Bravo, si que hable, que diga algo.

El Sr. Cordero, comensal desconocido, al oír que se le obligaba á brindar sintió como que se le aplicaba al cerebro una ducha de alta presión.

El Sr. Cura lo sacó del compromiso, pues manifestó à los cancurrentes que el Señor Cordero venía un poco enfermo de bronquitis y que eso le impedia, con sentimiento, tomar la palabra; pero que delegaba su misión en el Señor Z., quien á no dudar aceptaría el encargo.

Fué del agrado de todos el cambio, pues el designado por el Señor Cura, era conocido como satírico y chispeante, á su modo por su puesto de aquellas gentes.

Había estudiado algunos años en el seminario, por lo que todo lo reducia á silogismos y frases de colegio clerical.

Se levantó copa en mano, en señal de que no eludia la comisión.

Señores—dijo—*el Señor borrego,*..... Cordero,—interrumpieron algunos rectificando el nombre—levantó la mano izquierda, haciendo una señal como

quien dice, esperen Ustedes. *Me esplicaré Señores, he dicho borrego porque Ustedes saben que en el campo al carnero cuando es chico se le llama Cordero y cuando es grande borrego; es así que el Señor ya es grande, luego no puede ser Cordero; sino borrego y como los dos son animales lo mismo uno que otro, brindo por el Señor, y toda la concurrencia.*

Aplausos, dianas y risas.

Con este disparatado, grosero y ridículo brindis concluyó la comida.

Durante ella, no apartó Sedeño la vista de Sara y Enrique. Reclutas en materia de amor, dejaban muchos flancos descubiertos.

Doña Juana confirmó tambien lo que había sospechado y ya podía hablar con seguridad.

Levantados de la mesa, se discutió por un momento de la manera cómo se pasaría la tarde. En cualquiera otra, reunión se hubiera resuelto por bailar; pero en esta, no siendo su fuerte de la jóven el baile,—con gran sentimiento suyo que tanto deseaba bailar con Enrique—se convino en dar un paseo á caballo, visitando la Hacienda de Santa Clara, que debía comenzar su molienda de caña á las tres de la tarde

Una hora se dió de término á los concurrentes para que estuviesen listos frente á la casa de Don Martin.

La proposición fué aceptada por unanimidad.

Cada comensal—segun sus afecciones ó compromisos—tomó del brazo á una Señora con el fin de acompañar al anfitrion hasta su casa, dejarlo allí, é ir despues á disponer la marcha.

Doña Juana se apoderó del brazo de su esposo, haciendo otro tanto Sara con Enrique, temerosa de que alguna jóven se lo apropiara.

Sedeño y su esposa dejaron desfilar á todos los concurrentes y ya á solas, en último término, con voz temblorosa por la emoción y apénas preceptible—dijo Doña Juana —Martin, mucho tengo que decirte.

—Y yo tambien, dijo éste.

—Entónces habrás notado.....

—Y bastante Juana, bastante.

—En tal caso ¿que hacer, esposo mío?

—Juana, la resolución es difícil.

—Callaron ambos esposos por un momento, los dos tenían miedo de seguir hablando: ninguno quería provocar explicaciones. La Señora, sin embargo, cerró los ojos, afrontó el peligro y refirió á su esposo la consulta hecha al Señor Cura y lo que éste resolvió.

—Pues siendo así, hija mía apresurémos los hechos. No hay remedio; es preciso cortar de raíz el mal y eso cuanto ántes, porque despues costará más trabajo.

Siguió el silencio hasta llegar á la casa. Don Martin reflexionaba sobre la gravedad del asunto por ser Sara y Enrique primos hermanos.

La concurrencia se despidió en la puerta de la casa de Sedeño. Enrique despues de separarse de la comitiva entró violentamente á ordenar que ensillaran los caballos.

Al momento en que el Señor Cura se retiraba ya, le dijo Don Martin, "Señor Cura ¿me perdonará que lo moleste, suplicándole que pase un momento, porque tengo que hacerle una consulta? Supongo que no será Vd. de los que van al paseo; pero si tiene Vd. esa disposición lo dejarémos para otro dia.

—Señor Sedeño—contestó el Cura—efectivamente tengo dispuesto no ir á Santa Clara, así es que estoy

á su disposición. No sé si aquí el Señor Cordero....

—No, compadre —dijo éste—estoy un poco cansado; de manera que si Ustedes me lo permiten voy a curato.

—Pero Señor Cordero, si aquí en casa hay donde Vd. descanse, replicó Don Martin.

—Gracias, caballero; pero deseo dar algunas órdenes á mis mozos.

—Como Vd. guste; pero siento no serle útil en algo.

Se despidió Cordero, penetrando D. Martin y el Cura al interior de la casa dirigiéndose al despacho.

Alguna dificultad tuvo el primero para comenzar la conversación; pero se resolvió y con naturalidad y sencillez, refirió al párroco lo que habia visto y observado entre Sara y Enrique, y los escrúpulos que tenía por el parentesco tan próximo entre ambos jóvenes. El Cura con mucho talento y prudentes razonamientos, calmó la ansiedad y mortificación de Don Martin, concluyendo por dejar enteramente satisfecho el ánimo de éste; de manera que pocos momentos despues, salió el Cura para su casa, y Sedeño muy contento y complacido, lo acompañaba hasta el zahuan.

CAPITULO X.

UN PASEO Á SANTA CLARA—EXPLICACIONES.

Tuvo razon la concurrencia de aceptar tan gustosa la idea de dar un paseo á Santa Clara.

Una finca de caña cuando *echa á moler*—como se dice—es digna de visitarse.

Las diversas operaciones que se practican para elaborar el azúcar, son muy divertidas é interesantes y los trabajos que se emprenden son tan penosos, que llaman la atención que por centavo y medio, ó sea *tlaco*, se compre un gran trozo bastante para endulzar el café de una familia.

Desde que se prepara el terreno, hasta que se corta la caña, se tiene que trabajar mucho en el campo soportando el sol abrasador de aquella Zona. Los continuos riegos que deben darse en determinado tiempo y durante ciertas horas: la diversidad de arados que se emplean, segun la calidad de la tierra ó el estado de la caña que vá creciendo. Los distintos aparatos que son necesarios, como el tacho al vacío,

las defecadoras, calderas de vapor y las varias combinaciones que demandan sumo cuidado y atención. Tantos dependientes que se emplean. Administrador, segundo de campo, purgador, maestro de purga, basculero, mayordomo cinco ó seis guardamelados, capo ral. trapichero, carretoneros..... ¡la mar! costando todo un platal, parece que jamás estaría á nuestro alcance el azúcar para tomar nuestro cafecito resignándonos á tomarlo endulzado con miel de enjambre, ó mejor sin dulce.

Todos los ingenios de azúcar en aquella época, comenzaban su molienda de la semana los Domingos en la tarde.

En la actualidad, inútil hubiera sido el paseo á Santa Clara, porque los Señores García Icazbalceta Hermanos propietarios de este y otros ingenios, no han querido que el dia consagrado al descanso y la oración, se dedique al trabajo. Es muy notable la diferencia de como hoy se encuentran aquellas haciendas á lo que ántes eran. Costosísimos y modernos aparatos se han introducido; todos para economizar trabajo, haciendo así soportable á aquellos infelices, la maldición que pesa sobre el hombre.....

.....

Enrique en traje de montar, vino al despacho á dar parte que los caballos estaban dispuestos. El Sr. Sedeño, así como su esposa, se excusaron mediante un pretexto cualquiera: solo Doña Gertrudis su tia convino en acompañar a los jóvenes.

Don Martin deseando cuanto ántes quitarse el gran peso que tenía, y sabiendo que la comitiva no saldría tan pronto,—porque las Señoras dilatan más en arreglarse que lo que dilata un juicio civil, teniendo por contrincantes á dos tinterillos—quiso aprovechar el

tiempo y con palabras cariñosas habló á su hijo, «Enrique—le dice—tengo que comunicarte alguna cosa, ¿me dispensas una palabra?

—¿Que ordena Vd. querido padre? contestó el jóven.

—Siéntate un momento, hijo, aun tenemos tiempo.

Enrique tomó asiento y su padre le dirigió una de esas miradas que únicamente los padres saben tener para sus hijos y más para este que era jóven, el único varon, y tan guapo, como dijera Sara.

Acercó cuanto pudo su asiento y con voz apénas perceptible continuó diciendo: «Un negocio de bastante gravedad, me hace suplicarte que hablemos dos palabras.» Enrique se sorprendió con este preámbulo, mas esperó á que su padre continuase y así entender mejor. D. Martin siguió diciendo: hoy cumple Sara diez y siete años, niña creada y educada en este pueblo, es sencilla inocente y buena—Enrique se puso encendido—hemos notado, porque ni tú ni ella han podido ocultarlo, sus mutuas inclinaciones. Comprendemos el cariño de ella para tí y el que tú á ella le profesas. Amando nosotros á ambos sin tener predilección por el uno ni por la otra, nuestra única ambición es, que tengan un porvenir próspero y feliz, siendo esa nuestra mayor ventura. No podrás ocultarnos que por tu parte, más que un afecto de hermano otro más tierno, tan sincero como aquel; pero de otra naturaleza, dulce y apacible; es el que le has consagrado. No queremos, hijo mío, contrariar tus sentimientos; más tambien es nuestro deseo que sepas, que antes que todo, debes formarte un porvenir, para que puedas con orgullo dar tu nombre á la mujer que has elegido para esposa. Es verdad que tienes dinero, porque lo mío es tuyo y tus padres

te darân con gusto, todo cuanto tienen, porque es el fruto de un honrado trabajo; pero quiero que tengas presente tambien, que las personas sensatas estiman bastante y respetan, como debe ser, al hombre de profesión y ciencia. El capital del más rico banquero está expuesto á las visicitudes y caprichos de la veleidosa fortuna: un accidente imprevisto, puede hacer te pobre, miéntras que un título honroso, te hará sentar junto al potentado y aunque estés pobre, jamás, nunca te despreciarán porque eres útil á la sociedad. Ya que se ofrece, te haré una súplica por vía de paréntesis: ama y defiende siempre al Gobierno que procura la ilustración del pueblo, porque así al formar buenos Ciudadanos, da honra á nuestra patria, y la pone á la altura que merece. Háblame con franqueza, como si lo hicieras con el mejor de tus amigos con esa lealtad con que siempre te has dirigido á tus padres.»

Enrique emocionado, contestó: «padre mío, no sé si mi alma podrá contener la gratitud que debo á mis padres queridos, más ántes de abrir á Ustedes mi corazon, debo pedirles perdones mil por no haber consultado, ántes que á mis inclinaciones, á la experiencia de Ustedes, que son mis mejores amigos—casi con dificultad siguió diciendo—¿para qué negarlo? amo á Sara, es verdad; pero mi afecto para ella es instintivo, ha nacido no sé cómo y ha crecido sin saberlo pero queriéndolo mi corazón: si he obrado mal, pido á Ustedes rendidamente me perdonen: si mi amor se opone á la razon, ó á la moral y por consiguiente á la voluntad de mis padres, sabré sacrificarlo. No volveré á este pueblo, sino despues de algunos años para que Sarita con mi ausencia, olvide sus afecciones, ¿qué opina Vd. mamá?

—Tus palabras Enrique—dijo Doña Juana—me hacen llorar, ya lo estás mirando; pero no de pena; sino de satisfacción, porque tengo un hijo obediente y bueno ¡digno hijo de tal padre! Yo suplico á mi esposo querido que te perdone como lo hago yo. La falta de no habernos consultado préviamente, es propia de la edad. Respecto á lo demàs, tu padre, hijo mío, y no yó, es quien debe resolver. Por lo mismo á su voluntad debemos sujetar la nuestra.

—Juana—dijo Don Martin enjugándose con disimulo una lágrima traidora que denunciaba el estado de su alma—como tú, perdono á Enrique y deseo tanto como él que Sara sea su esposa! Bien merece serlo! Creeme, Juana, en esta resolución hay tambien mucho de egoismo, pues casándose Sara y Enrique, los tendremos siempre junto á nosotros. ¿Qué haríamos si la niña se casara por un lado y Enrique por allà? Luego dirigiéndose á este último agregó: el Señor Cura me ha dicho que pagando al Obispo, no sé cuanto, se consigue una dispensa, y así podràs casarte con tu prima. Si para que Ustedes sean felices, tengo que sacrificar hasta mi reloj, sea en buena hora; jóven y fuerte soy aún para trabajar de nuevo, no haya pena: regalaremos algunos pesillos si eso nos dá la ventura.

—Padre—dijo el jóven tomando la mano á su padre—¿Cómo pagar tanto, tanto cuanto Ustedes hacen por mí? Me haré digno de ese cariño, no hay que dudarlo. A mi vez les ofrezco ser tan grande con mis estudios, que tendrán el noble orgullo de decir. "Ese es mi hijo" y cuando Ustedes sepan que he conquistado un laurel por mis afanes ó un voto de gratitud por el bien que haga á la humanidad, ese voto y ese laurel, los habré conquistado para y por

mis padres; y si alguna vez se inscribe mi nombre junto al de aquellos que mitigan las penas de los necesitados, borraré el mío para colocar en el libro de mi historia, el nombre venerado de mis padres queridos.

Don Martin y su esposa escuchaban con religioso arrobamiento las sentidas y entusiastas frases del jóven.

Al concluir este de hablar, se dejó oir una voz — "Enrique."

El Señor Sedeño, se estremeció, y solo pudo decir emocionado como estaba. "Te llaman hijo" "Sara te espera." Oye que te habla." Anda niño que se desespera esa criatura."

—Enriqueee, repitió la voz.

CAPITULO XI.

UN FRAILE COMO HAY MUCHOS.—LECCIÓN PROVECHOSA

—¿Vienes Enrique?.....

Era una voz argentina, armoniosa, como suponemos deben hablar los ángeles.

Un *laus Deo*, gangoso, nasal y chocante, pareció ser el eco de aquella voz angelical.

La salutación latina, salía de una calabaza con cerquillo de cerdas, no cabellos, colocada sobre un tonel con capotin de merino blanco que contestaba al nombre de Fray Narciso.

El *laus Deo* en la boca de aquel sér, era un insulto sangriento á la Divinidad.

Impresionado Enrique con la conversación y con la voz de Sara que lo llamaba, salió del despacho violentamente dando con el codo á quien llegaba, y que despedía un olor desagradable de incienso y rapé.

Los padres de Enrique en iguales circunstancias que éste, apénas se apercibieron del *canto llano* de quien pretendía ser recibido.

—Ave María Purísima!—volvió á decir el visitante.

—Sin pecado, contestaron simultaneamente Doña Juana y su esposo. Adelante.

Entró, mejor dicho; se dejó escurrir el gruñon importuno.

—¡Fray Narciso!—esclamó el Señor Sedeño entre admirado y gozoso—pase su Reverencia. ¿Qué tan bueno por aquí y se levantó de su asiento, así como Doña Juana, dirigiéndose á besar la mano al fraile.

—Santos y muy buenos dias, Señores,—dijo éste, inflando los carrillos y soplando en señal de fatiga—celebré mi última misa en Tlayacac y encontrándome tan cerca de Ustedes quise tener la honra de hacerles una visita.

—Muy bien hecho—interrumpió Don Martin—agradecemos á Usted tal distinción.

—Mas no me agradezcan mucho la visita, porque en realidad, mi principal objeto lo van á saber. Mi hermano Protasio que tanto cariño ha tomado á la familia, me remitió un periódico, consultándome lo que debiera hacer. Leí el papelucho—que debe estar prohibido leer, ménos á los sacerdotes—y me resolví á venir, para que con las facultades que tengo como ministro de Dios, levante yo la prohibición, una vez que se trata de salvar una alma, apartándola del pecado. Por tanto, si es que Nuestra Madre la Santa Iglesia ha excomulgado—como debe ser—á los que leen esta clase de impresos, yo ministro de Jesucristo—aquí tomó un tono solèmne y magistral—suspendo los efectos de esa excomuniòn, para dar vista al que carece de ella, como dice la sagrada escritura. Vea Usted—agregó concluyendo así, aquella especie de exhorcismo, sermón ó rezo, escuchado con gran

admiración y sorpresa por Sedeño y su esposa—y presentó un papel impreso que traía en la bolsa de pecho.

—¿Pero qué significa esto, padre? preguntó Don Martin con más sorpresa aún.

—El *Siglo XIX*, contestó el fraile, con cierta repugnancia y desprecio.

Aquel no podía comprender de qué se trataba: la algarabía de palabras, dichas en tono nasal y de responsorio, por Fray Narciso, no daba clara luz á su natural inteligencia. Tomó el periódico, sacó sus anteojos y con curiosidad é interés lo primero que procuró leer fué la gacetilla creyendo encontrar en ella algún párrafo alusivo á su persona ó alguna noticia de importancia que le concerniera de algún modo; pero el domínico, arrebatándole el impreso le dijo:

—No Señor, no es ahí, lea aquí estos perversos—y señaló, dando un golpe con los dedos donde debiera leer Don Martin.

Este leyó para sí.

"*Poesía leida por el alumno Don Enrique Sedeño en la solemne distribución de premios el 20 de Enero de 18.....en el Teatro Principal.*"

Un gozo inefable, un placer infinito sintió Don Martin y casi agradeció á Fray Narciso que le hubiese proporcionado la ocasión de conocer las dotes literarias de su hijo. Siguió leyendo en alta voz.

"Al nacer de los siglos el presente
El diez y nueve le llamó el Creador:
Y al bautizarlo, le arrojó en la frente
De grata ciencia la sublime flor." (1)

(1) La composición que aquí se cita es obra del poeta oaxaqueño Bernardino Carbajal.

—Adelante va lo bueno—dijo el fraile—siga usted, lo demás son flores oratorias como le llaman. Todo puede arder en un candil; pero más esto, mire Usted, lea, y arrebatando con bastante grosería el periódico, enseñó donde debiera leerse.

—Aguarde Usted reverendo padre, llegaremos allá, no corre prisa, nadie nos molesta, afortunadamente estoy desocupado.

En este momento pidió permiso Doña Juana para retirarse.

Don Martín siguió leyendo:

"Levanta juventud la frente altiva
Y mira al porvenir en lontananza:
Entusiasta salúdalo y festiva
Que es porvenir de paz y de bonanza.
Allí del bien está la fuente viva
El término está allí de tu esperanza
Míralo y marcha con audaz orgullo,
Porque ese porvenir es solo tuyo."

—Bién! muy bién! agregó el Señor Sedeño.

El frayle estaba contrariado, molesto.

—No ahí, Señor mío—dijo—lea Usted aquí, y señaló la parte que debiera leerse.

—Pero Señor cura, por Dios, si esto está muy bonito.

—Será muy bonito y todo; pero despues lo leerá, por ahora lo que importa es aquí. Haber qué le parecen tales disparates, para que me dé su opinión acerca de tanta barbaridad.

—Sea por Dios—dijo el Señor Sedeño con bastante calma y enfado—véamos esa víbora que tanto muerde, reverendo padre. Y se resignó á leer donde le indicaba el fraile.

"Que no se imponga el yugo de la creencia
A la razón que es fuente de verdad.
Libertad absoluta de conciencia,
Para adorar á Dios con libertad."

—Perfectamente bien! interrumpiose á sí mismo Don Martin. Sacó un cigarrillo para él, ofreciendo otro á Fray Narciso, quien rehusó con cierto desprecio. Compuso aquel su tabaco, lo encendió y siguió leyendo.

Las liturgias y ritos en su esencia
Delirios son del hombre y necedad.
Proclama juventud con arrogancia
En los cultos y dogmas *tolerancia.*

—¡Bravo! muy bueno está esto Señor, Cura.

Este fuera de sí, furioso, porque cuando creía que el padre de Enrique debiera indignarse con la lectura de los versos, lo estaba viendo con calma saborear su cigarro y aplaudiendo, como él decía, las herejías é iniquidades de su hijo.

Dispuesto ya Don Martin á continuar la lectura, se le encaró el religioso diciéndole; "pero Señor Don Martin, Usted el católico ferviente, tiene calma para continuar leyendo esas blasfemias que en mala hora surgió el infierno en la inteligencia de su hijo y escribió el diablo por la mano de éste! ¿No vé Usted en esos conceptos un camino de iniquidad, un paso para el infierno?

El Señor Sedeño abrió los ojos, indicando así, que no entendía, por qué el frayle estaba tan colérico; por lo mismo replicó. No veo en esto nada malo, padre cura. Decidme por favor si me engaño.

—Pero Don Martin, por Dios Santo. ¿No habéis leído bien? Esas ideas son propias de un ateo.

—¿Cómo? ¿por qué? Esplíquese Usted, Señor mío.

—Me explicaré, Don Martin, ya que el amor de padre tanto lo seduce y ciega. ¿No vé Usted en esos versos que su hijo quiere una libertad absoluta, para adorar á Dios con libertad? y que la conciencia sea libre tambien?

—Y eso qué reverendo padre? ¿Recuerda Usted lo que le contesté cuando me quería inclinar á que estableciera un oratorio en mi casa mediante una limosna ó contribución de quinientos ó mil pesos? Refrescaré su memoria. Manifesté á Usted qne no lo hacía, primero: porque aunque tenía algun dinero destinado á una obra pía, ya había formado mi plan que consistía en establecer un hospital ó dos escuelas en este pueblo que bastante necesita de esas mejoras: segundo, porque no creía que el oratorio fuese de necesidad absoluta, supuesto que existen templos en cuyos edificios únicamente, según creo, deben celebrarse las augustas ceremonias de nuestra religión, evitando así, que se cometan irreverencias como bien puede suceder en las casas particulares. Entónces Usted me replicó diciendo: "A Dios se le debe adorar en todas partes y de todas maneras, lo mismo en el templo que en la casa, en Rusia que en Africa: sin restriccion se debe adorar á la divinidad." ¿Y que es eso, sino lo que mi hijo dice en sus versos? Libertad para adorar á Dios; es decir, lo que Usted me aconsejó. Y cuando me invitaba su reverencia para que lo admitiera como mi confesor y que rehusé porque tenía como padre espiritual un sacerdote que sin agravio de nadie, me parecía bastante digno y virtuoso, ¿se acuerda Usted lo que me contestó? Voy á repetirle sus palabras. "La conciencia es libre con

tal que se sujete á ley de Dios." ¿Cómo, pues, ahora quiere Usted sojuzgar la conciencia y tiene á mal que Enrique piense así? Recuerda Usted, por último, que en una féria de Tepaltzingo me incomodé, porque varios indígenas disfrazados ridículamente bailaban dentro del templo; dormían otros allá mismo y una vieja comisionada por el Señor Cura, regateaba el precio de unos rosarios, medallas y medidas, como en público mercado? ¿tiene Usted presente lo que me dijo? "Es preciso ser tolerante, Señor Don Martin. Esos indígenas con sus saltos y disfraces creen agradar así más á Dios: respetemos sus creencias." ¿Por qué ahora se incomoda Usted que diga Enrique "en los cultos y dogmas tolerancia."

—Por qué? ¿cómo, Señor Sedeño? gritó indignado el fraile. Se metió las manos en los bolsillos y comenzó á pasearse por la pieza.

.....

En este momento entró Enrique en el despacho, contento, satisfecho, radiante de alegría, por haber pasado la tarde en compañía de Sara y de sus buenos amigos.

El administrador de Santa Clara, había suplicado al jóven entregase una libranza á su padre y por ese motivo le buscó; pero al verlo lívido, molesto y con un periódico en la mano, creyó que el impreso traería la noticia de algún pronunciamiento tan frecuentes en aquellos tiempos que causaban tanto mal á los pacíficos propietarios y que ese sería el motivo del malestar de Don Martin por lo cual preguntó con ansiedad: ¿Qué pasa padre mio? ¿qué tiene Usted Señor?

A esa pregunta, Fray Narciso se volvió á él colérico y en voz alta, descompuesta por la emoción, con-

testó: "Hay Enrique que eres un hereje excomulgado digno de la Inquisición y á propósito para un auto de fé: ¿quien eres tú, para oponerte á las resoluciones de los concilios y de los Santos Padres? Llevas muy malos pasos jóven descarriado!.....

Toda la altivéz de la indómita sangre azteca que le venía por parte del padre y de la hidalguía Ibérica por la de la madre—pues esta era hija de español—se reveló en él. Enardecióse su alma con tanta injuria y reproche que se le dirigía, tantos más injustos los cargos, por cuanto que ántes no se le daba á conocer la razón y el por qué de los dicterios. De encarnado que estaba se puso pálido: no podía contener su cólera, ante semejantes insultos; sin embargo se contuvo y esperó á que el Frayle continuase. Este siguió diciendo: "Si sigues con esas diabólicas ideas desarrolladas en ese mamarracho, que tu padre por desgracia ha leido parte—aquí levantó mas la voz como si estuviese en el púlpito—tu padre te maldecirá como te maldigo *yo*—y usando de la mímica frayluna al levantar la voz, levantó el dedo índice, lo hizo temblar para levantarlo con energía y fuerza al pronunciar le *yo* último.

Enrique estaba desesperado. en su fatigosa respiración, se conocía que estaba á punto de estallar; no obstante con aparente calma y reposo dijo: "con perdon de mi padre pregunto á Vd. Señor, ¿con permiso de quien se atreve Usted á tutearme como si fuese yo su vil esclavo ó el último de sus sacristanes? ¿Con qué derecho se entromete Vd. en mis asuntos? A no ser que me equivoque, creo que mi padre hasta hoy no me ha nombrado un tutor que cuide de mis acciones."

Como el Domínico cerró los puños, dió con el pié

un golpe en el suelo, abrió los ojos con colérico ademan mirando airadamente á Enrique, éste perdió la paciencia y levantando tambien el dedo índice, se dirigió á Fray Narciso y continuo así: Entienda Vd. que á nadie, á ninguno permito que me insulte, ni ménos en mi casa y á presencia de quien me dió el ser. Solo él alza la voz delante de mí, despues de él, ni el Pápa se atrevería á hacerlo, mucho ménos un miserable reptil como es Vd. No soy yo quien lleva malos pasos; sino Usted. los llevaría para la calle, á no estar aquí el único hombre á quien temo y respeto.

Por lo demás, si Usted insiste insultándome, me veré en el caso, no de maldecirlo como Vd. dice hará conmigo, sino de darle de puntapiés, porque pegarle con mi mano, sería mucha honra para Usted.

—Enrique!—exclamó Don Martin en tono paternal; pero contrariado, molesto.

—Padre mío!—dijo Enrique cayendo de hinojos ante su padre abrazándole las rodillas—Perdon!; pero culpe Vd. á su sangre que es la mía y á nuestra raza, que nos ha dado ejemplos mil, de que no se le insulta impunemente, y á nuestros antecesores que nos han enseñado el camino de la vergüenza y del honor.

El fraile se propuso hablar; pero apénas dijo:

—Don Martin jamás, cuando..... Enrique incorporándose y mirándolo de arriba abajo, le marcó el alto diciéndole solamente, pero con energía ¡Silencio!!

El Reverendo nada tenía de valiente, ni digno; así es que alzó los ojos al cielo, los bajó, cruzóse de brazos y se fué á arrodillar delante de un crucifijo que habia en el despacho. Enrique besó la mano á su padre en señal de sumisión y respeto «volveré padre

mío, cuando ese hombre no esté aquí" y salió sin ver siquiera á Fray Narciso.

No era posible que Enrique tratara de otro modo á su Reverencia: amigo de los liberales colaborador en varios periódicos donde tanto se lucieron los eminentes literatos Zarco, Zamacona, Ramirez y otros patriotas que por desgracia no existen yá, era preciso que se expresara con dureza bien merecida. Era necesario hacer que comprendiera á aquel intruso regañon, que habían concluido los tiempos de Domingo de Guzman y Torquemada.

Luego que el jóven se separó del despacho, se levantó el fraile y se dirigió á Don Martin, diciéndole "Señor; me dá compasión ese niño cegado por los ardores de la edad. Sería muy conveniente dedicarlo á la carrera sacerdotal" Aquí espetó al paciente Sedeño un discurso tan pesado, sin sentido y en canto llano ponderando las ventajas de la vida monástica y no sé cuántas cosas más, que *el auditorio* quedó dormido—Lo mismo que pasa en todos los sermones—El predicador dirigió la vista *al amado oyente suyo* y lo encontró con la cabeza inclinada: y murmuró para sí "dejemos reflexionar á este buen hombre, mis consejos lo han puesto taciturno; mañana será otro día." y salió del despacho para incorporarse con su hermano Protasio que lo esperaba fuera.

CAPITULO XII.

HERIDAS DEL ALMA.

En la noche Enrique no quiso concurrir al comedor por no encontrarse con Fray Narciso. Pretestó tener que arreglar su equipaje y se encerró en su habitación.

Sara, estaba inconsolable.

Doña Juana, llorosa.

Don Martin, pensativo.

Sólo el domínico y Don Protasio comían à dos carrillos, platicaban sobre distintas materias y reían, sin respetar la pena de la familia.

La cena concluyó pronto y cada quien se fué á su habitación: los tres primeros á no dormir, pues cada quien tenía en que pensar..... .....

A las tres de la mañana, una gran animación se notaba en la casa.

Mozos que iban y venían.

Ruido que hacían los estribos de las sillas de montar al chocar en el suelo, relinchos de caballos; en

fin todo lo que constituye en su género, una caravana de las que se formaban en aquellos calamitosos tiempos en *la tierra caliente*, por la dificultad y peligros que existían para hacer un viaje á México.

Se necesitaba llevar *Itacate*.ó lo que es lo mismo, un repuesto de pan, queso, carne, chocolate etc., porque en los pueblecillos del tránsito, nada se encontraba para comer.

Era indispensable tambien una escolta.

Esta se componía de más ó ménos hombres armados á su manera y como se podía: con mosquetes ó pistolas dragonas segun lo que cada quien llevaba, porque se alquilaban por un tanto, montados y armados.

Eso sí, á cada guardian de aquellos, primero les faltara la camisa, que el indispensable machete suriano ceñido á la cintura.

Chaqueta y calzonera de piel de venado curtida, abierta dicha calzonera de la cintura al tobillo. Sombrero de anchísimas alas caidas en varias direcciones y un puro casi siempre apagado en la boca. Hé ahí, el retrato del *Chelo*, como les llaman en el Estado de Morelos.

No se ha podido averiguar el porqué del dictado ó la etimología de la palabra.

Alguien me aseguró que *Chelo* era derivado de *hacendero*—gente que vive en la hacienda—Otros dicen que viene de *ranchero*—individuo que vive en el rancho, el hecho es que la palabra existe y con ella se distingue á cierta clase de personas en dicho Estado de Morelos.

Enrique á la hora que referimos, tomaba té sin sentarse, á la ligera, con su traje de montar, *sobre parado*, como se dice por allá.

Don Martin andaba de un lado para otro, más bien para ocultar su turbación que para dar sus disposiciones.

Sentadas á corta distancia de la mesa, estaban Sara y Doña Juana, tristes, llorosas, afligidas y con marcadas muestras de no haber dormido.

A las cuatro de la mañana se despedían de Enrique, montando este á caballo en el interior de la casa.

Poco tiempo despues, pasaba el jóven por Amayuca para almorzar en Tecajec y pernoctar en Yecapixtla, camino para México..... .....

.....

Fray Narciso y Don Protasio, ningun caso hicieron de la partida, dormían á pierna suelta. Al primero lo despertó el ruido de los platos que colocaban en la mesa para el desayuno. Antes no daba señal de vida no obstante que el ruido era capaz de despertar á un liron; pero nuestro Don Narciso corría parejas con el perro aquel del herrero, que ni por más alboroto que se armaba ó martillazos que se daban cerca de él, jamás despertaba; pero apénas oía el ruido de platos, ya se encontraba listo para el ataque á los huesos.

El fraile se levantó al olfatear el desayuno, se compuso el cerquillo, abrió la puerta y apareció con el breviario en la mano en actitud de estar rezando. Su hermano Protasio lo esperaba ya en la puerta de la habitación: se acercó y saludó.

—Vamos á misa Protasio—dijo el sacerdote—Y uniendo la acción á la palabra, se pusieron en marcha. Al pasar por el comedor donde se encontraba ya la familia, los llamó la Señora para que tomaran el desayuno.

—Gracias—contestó el fraile sin dignarse siquiera dar los buenos dias—voy á celebrar el Santo Sacrifi-

cio de la misa y no puedo detenerme.» Y no obstante que veía que la familia pretendía desayunarse, el muy grosero, salía ya con su hermano.

Señor Cura—dijo Sara—¿Será Vd. tan amable que se digne esperarnos un momento miéntras nos alistamos para ir á misa aunque despues tomemos el desayuno?

—Bien! pero que sea pronto, pues no obstante que Protasio tiene que confesarse, creo no será muy largo.

Las Señoras y Don Martin en ayunas como estaban, concurrieron á la misa.

Fray Narciso no conocía ni por el forro el popular librito «Deberes Sociales.»

Despues de la misa y desayuno, Sara y la Señora se retiraron á sus habitaciones á llorar la ausencia de Enrique. Sólo el pobre de D. Martin tuvo que soportar la presencia del fraile. Casi todo el dia lo pasó oyendo el sermon, que á cada momento se le dirigía, á fin de que obligase à su hijo para que abrazara la carrera eclesiástica; mas no sacando ventaja como la vez que pretendió hacer monja á Sara, cambió sus baterías.

El blanco de sus miras, era la fortuna de Sedeño.

En ese sentido venía trabajando hacía tiempo y eso se propuso desde que colocó de Secretario ó tenedor de libros á su hermano Protasio

— Señor Don Martin—siguió diciendo—la juventud en México está en peligro constante de perderse; y si nó ya ve Vd. a Enrique ¡qué ideas está cobijando! y si á ese paso vá, ¡quien sabe á donde lo conduciràn los malos ejemplos! Usted debe estar con él para vigilarlo de cerca, apartarlo del mal camino y evitarle á tiempo los malos pasos; de lo contrario al

perderse Enrique, no es él quien tiene la culpa, sino Usted que lo abandona en ese caos de iniquidades. Es necesario cuidar de que no tenga cierta clase de amigos que por moda ó por mala índole, son enemigos de nuestra Santa Religion.

Bajo ese tema obligado, era todo su discurso, procurando inclinar el ànimo del Sr. Sedeño á no abandonar á su hijo, con la muy *sana intención* de que descuidara sus negocios y quedase Don Protasio al frente de ellos.

—Señor Cura—contestaba aquel—Enrique ha vivido solo hace muchos años en México y hasta hoy ningun motivo de disgusto he tenido, ninguna queja se me ha dado ¿por qué pues desconfiar de la moralidad y dedicación de mi hijo? ¿formo fantasmas donde nada existe? cómo abandono mis intereses Reverendo Padre?

Usted sabe lo que dice el adagio "*A lo tuyo, tú* ¿qué hago Señor entre el porvenir de mi hijo que segun Vd. dice corre peligro—creyendo yo lo contrario—y mis bienes que peligrarán mucho más; si no los administro personalmente, ¿me expongo á perder estos, para conservar lo que tengo seguro? Vea Vd., cuidando mis bienes, puedo dar una educación esmerada á Enrique: de lo contrario, ¡pobre hijo mio sin las comodidades á que está acostumbrado! Todo esto lo decía D. Martin afligido, torturando su corazon; con sus acciones imploraba compasión; pero el fraile con el alma dura, inflexible, gozando—por decirlo así—con la pena de Sedeño, aducia más y más razones, que el pobre Don Martin creía de buena fé y que escuchaba con respeto y atención.

En la tarde de ese dia Fray Narciso abandonó Jantelco; pero dejando sembrada la duda en el ánimo de

D. Martin. A veces este se inclinaba á atender lo que se le decía, creyendo que el porvenir de su hijo corría peligro, si lo dejaba solo en México; mas conociendo su carácter y educación, desechaba toda duda; porque amaba cada dia más y más à su Enrique: ya era una necesidad imperiosa estar cerca de él, para verlo, oír su voz y acariciarlo; por lo mismo esta razon más bien que los argumentos del fraile, casi casi lo resolvían á dejarlo todo, para seguir al jóven.

La casualidad vino, en mala hora, á secundar los propósitos del domínico.

Pocos dias despues de la escena anterior, recibió Don Martin una carta de su corresponsal de Puebla, en que le hacía saber que probablemente se perdería el precio de unas mulas que había mandado para su venta, con motivo de la quiebra del corredor á quien fueron consignadas.

Grande fué la aflixión de Sedeño al recibir la noticia, por la dificultad que había de que pudiera arreglar personalmente el asunto no atreviéndose ir á Puebla, porque tenía forzosamente que pasar por la *Barranca de Santos* donde era seguro que lo plagiaran ó robaran, pues casi siempre se encontraba por ese rumbo una partida de bandidos.

Mucho pensó Don Martin consultando á la vez con su esposa, sobre lo que era conveniente hacer, hasta que al fin se resolvió encomendar el asunto á Don Protasio Rubí. Este con mil preámbulos y rodeos—no obstante que lo deseaba—aceptó el encargo, nada más que, segun se expresó, solo era por gratitud. Con voz melosa y palabras entrecortadas, manifestó que era preciso *un poder*, para justificar su personalidad.

Don Martin que nunca, *por fortuna*, había comparecido en los Juzgados, no conocía las triquiñuelas forenses, por lo cual no hizo objección alguna. No habiendo Juez Letrado en Jonacatepec D. Protasio redactó á su modo *el poder* con frases ambiguas; pero que ponían en sus manos, los bienes de su poderdante, quien firmó sin dudar por un momento de la buena fé de aquel, ni conocer la ponzoña que contenía lo escrito en el protocolo.

Recibidas las instrucciones correspondientes y armado ya con el poder, marchó D. Protasio para Puebla á desempeñar su misión.

Dicha sea la verdad, en esta vez se manejó el apoderado con actividad, inteligencia y honra.

En vista del favorable resultado de este primer negocio, el Sr. Sedeño le confió otras comisiones, que como la anterior fueron desempeñadas con religiosidad, á satifacción de D. Martin, que no pudo ménos de admirar la cordura y tino con que D. Protasio se manejaba; pero la eficacia de éste no era más que el cebo puesto al anzuelo, para que la pesca fuese más segura y conseguir el objeto que se propusieron él y su hermano.....

Cada dia de correo, recibia D. Martin carta de su hijo, acompañada de otra para Doña Juana, llena de recuerdos y frases de doble sentido que Sara interpretaba á su favor.

En una de esas cartas, le hizo saber á D. Martin que á fines de Septiembre serían sus exámenes.

Grande fué el contento de Sedeño al tener noticia que su hijo debiera examinarse.

Siempre había tenido el pensamiento de presenciar uno de esos exámenes; pero no le había sido posible realizar sus deseos por sus atenciones.

Despues de reflexionar bastante resolvió: que bien podía ahora, gracias á los buenos oficios del apoderado, separarse aunque fuera unos dias para marchar á la Capital.

Habló con Doña Juana y le dijo: deseo hija mía ir para México, á presenciar el exámen de Enrique: como sabrás, dicho exámen deberá ser proximamente á fines de Septiembre ó á principios de Octubre: me voy con anticipacion, para hacer algunas compras de lo que necesitamos; procuro que nuestro Enrique se haga ropa—ya que acerca de esto nada me dice—regresando con él inmediatamente despues. Ya te he dicho varias veces, que mi sueño dorado no ha sido otro, que asistir á un exámen de mi hijo para conocer sus adelantos: no he pedido hacerlo, porque hubiera sido tanto como abandonar mis negocios; más hoy que cuento con la honradez y probidad de Don Protasio, ya puedo disponer de algun tiempo y tener así la satisfacción de cerciorarme cómo se porta Enrique en sus estudios. ¿Que te parece María Juana?

—Muy bien pensado Martin—contestó la Señora—apruebo de todo corazon lo que has resuelto, pues creo muy justo que despues de tantos años de trabajar, tengas unos dias de paseo sobre todo por el placer que vas á proporcionar á Enrique teniéndote á su lado. Vé Martin, porque en ello tengo verdadera satisfacción.

—Pues si te parece bien mi resolución, vamos todos: irá Sara, es justo tambien que se diviertan Ustedes y se distraigan, ya que aquí ninguna dirversión tienen.

—No Martin—replicó la Señora—Aplazaré mi viaje para la Noche Buena de este año ó para la Semana Santa del entrante, pues entónces hay màs en qué

distraerse en la Capital. ¿Qué dices de esta idea? ¿te parece?

—Como quieras hija, se harà lo que tu dispongas.

Don Martin dispuso su viaje, no siendo su despedida como la que tuvo Enrique en meses anteriores, por mediar distintas circunstancias y aunque su ausencia impresionó à todos, se conformaron resignándose, porque fué con el beneplácito de Doña Juana.

CAPITULO XIII.

GOLPE RUDO.

Cuatro dias más tarde el Sr. Sedeño llegaba à México acompañado de Macario su criado de confianza el cual fué portador de varias cartas escritas por Sara, y que bien pudiera considerárseles como un diario de su vida.

A principios de Octubre debería examinarse Enrique; así es que tenía tiempo de estudiar y acompañar á su padre à las diversiones y paseos.

Muy contento éste por los magníficos informes que se le daban de los adelantos del jóven, esperaba con avidez el dia del exámen, porque—segun los profesores le habían asegurado—debiera ser bastante lucido.

El 24 del mismo Septiembre, se disponían padre é hijo á dar un paseo por la calle de la Merced; màs á las tres y media de la tarde casi al momento de salir, se les presentó un mozo, trayendo la fatal nueva de que dos dias àntes, Doña Juana había sufrido un ataque cerebral.

De pronto, ámbos quedaron mudos de pena, sin darse cuenta de lo que pasaba. En nada pensaban en aquel momento. ¡Tal era de terrible el golpe asestado á dos almas tan amantes de la Señora.

Por un momento quedó el uno frente al otro, sin querer ninguno de ellos ser el primero en romper el silencio para no renovar la herida recien recibida, pero casi al mismo tiempo se repusieron. Los dos de carácter severo, con la energia que da la desesperación en casos semejantes y nuestros dos personajes con la energía tambien de la raza á que pertenecían, cobraron ánimo, pues era imposible que à tal grado embargara sus facultades el sentimiento, que olvidaran sus más sagrados deberes.

—¡Macario!—llamó Don Martin con voz firme.

Presentóse el mozo y con ademán resuelto, ordenó: "Es preciso que en el acto vayas á ensillar los caba-" llos, el mío, el de Enrique y el tuyo; pero pronto, " que la Señora se muere. Este muchacho que se " quede y descanse, vendrá despues; pero vé luego."

Los mozos se retiraron.

—Enrique—agregó dirigiéndose al jóven—cambiemos de ropa, para ponernos en marcha.

No se habló más.

Una hora despues, los tres viajeros pasaban á todo trote por la garita de San Lázaro, perdiéndose â pocos momentos, envueltos en el polvo de la interminable calzada del Peñon.....

Retrocedámos, para dar algunas explicaciones.

A la separación de Don Martin, Doña Juana y Sara, vivian como se vive en los pueblos sin variar, con monotonía.

Solo la llegada del mozo con cartas de México, les hacía cambiar de vida algunas horas y por desgracia

ese placer se dilataba, porque en aquella fecha—como hasta hoy—cada particular paga su correo pues no existe entre Jonacatepec y Jantetelco servicio postal no obstante que son poblaciones de importancia.

Ambas personas, iban pasando así sus tristezas, resignadas, porque sabían que Don Martin y Enrique estaban sanos y vivian contentos y felices.

La inesperada enfermedad de Doña Juana, fué el rayo destructor desprendido de un cielo hermoso y explendente. Todo era calma y quietud en la casa de Sedeño; pero una tarde sin que antecedente alguno alarmante turbase por un momento tanta ventura, al salir la Señora del comedor, fué atacada de una congestión cerebral.

El motivo,—segun se dijo—fué porque habiendo asistido Doña Juana á una función religiosa bastante dilatada y haber tenido que comulgar, se desayunó muy tarde, sirviéndose despues del chocolate un gran vaso de leche.

Sara y Doña Gertrudis en los momentos del peligro, tomaron las medidas urgentes y necesarias en casos semejantes. La primera con bastante presencia de ánimo y energía, sobreponiéndose á la pena y natural condición de su sexo, dispuso que fuera llamado un buen pràctico residente en Jonacatepec y que dos mozos salieran, el uno rumbo á México á dar aviso à Don Martin, y el otro en solicitud de Don Protasio,

Ya sabemos cual fué la disposición de Sedeño al recibir la fatal noticia.

D. Protasio al momento que tuvo conocimiento de la desgracia de la familia, se ocupó en el acto de comunicarlo al Domínico, porque sabía muy bien, cuán importante era para su hermano encontrarse siempre á la cabecera de la cama de un moribundo.

A la una de la madrugada—á la una A. M. como hoy se dice—llegó el tenedor de libros, y á las diez de la mañana el Reverendo su hermano.

Desgraciadamente no se encontraba en aquellos momentos en Jantetelco el Señor Cura, por cuyo motivo fué muy bien recibido Fray Narciso, instalándose sin pérdida de momento en la recámara de la enferma y lo que pasa en estos casos, sirviendo de estorbo, é impidiendo con su presencia, que los de la familia y el enfermo obren con libertad, mas aun, cuando la naturaleza de la enfermedad exigen ciertas medicinas que no pueden aplicarse á presencia de un extraño.

El 26, como á las diez de la noche, llegaron Enrique y Don Martin.

Habian caminado, sin tener más descanso, que el absolutamente necesario.

Al llegar á la casa, sin saludar, sin hacer caso de nadie, se precipitaron á la habitación donde se encontraba Doña Juana aletargada, sin sentido, sin conocer á persona alguna.

Don Martin se avalanzó á la cama, llamando á su esposa con palabras tiernísimas; pero ella no dió la màs pequeña señal de comprender lo que se le decía.

Enrique con los ojos fijos en la enferma, estudiaba los síntomas que presentaba.

Sacó su pañuelo, se limpió la frente y enjugó una lágrima; pero reponiéndose y dando una prueba de lo que valía, sin saludar á su prima—cosa rara por cierto—llamó al práctico, ¿qué ha ordenado Usted Doctor? le preguntó.

El facultativo le dió una breve explicación, conformàndose el jóven con lo recetado, pues no era posible mas, dados los insignificantes elementos de que

se podia disponer en aquel pueblo. Venga Vd. conmigo—agregó—y se fué acompañado del práctico al despacho para consultar con sus libros.

Como hemos dicho, Enrique estaba bastante adelante en su carrera de medicina, por lo mismo pudo discutir y acordar con el médico, el tratamiento que debiera seguirse, y ambos despues de lo determinado, volvieron á la recámara.

Hasta entónces pudo ocuparse de saludar á su prima y á su tía, que inconsolables atendían á la señora.

Apénas se fijó en el fraile, haciendo un gesto de disgusto, al verlo; pero su padre hablaba con él y tuvo que respetarlo.

Inútiles fueron los esfuerzos de la ciencia, se agotaron los medios que ella indica; de manera que la esposa del Sr. Sedeño, falleció el 28 del mismo mes á las once de la noche.

¡Noche de horrible pena y tormentos indescriptibles para aquella familia. ¡Cuán grande era el vacío que dejaba tan digna y virtuosa señora.....!

Don Martin no se daba cuenta de tan rudo como inesperado golpe.

Enrique y Sara no encontraban consuelo, sino llorando.....

.....

Cien misas y algunas alhajas para la Vírgen del Rosario, fueron el precio del desinteresado afecto de Fray Narciso á la esposa de Sedeño, retirándose á Cuautla muy contento, luego que recibió el presente fruto de sus credos y letanías.

CAPITULO XIV.

LUTO EN EL ALMA.

Más de un mes pasó la familia, viviendo automáticamente.

Muchas noches de insomnio pasó Enrique sin poder resolver el problema, si era ó no conveniente casarse con Sara, para poder vivir con tranquilidad bajo el mismo techo, evitando así, que la diatriba y la calumnia hirieran la honra de la familia y la acrisolada conducta de su prima. Pero ante esas reflexiones, existía la muy poderosa de que muchas veces Doña Juana le había encargado especialmente, que por ningún motivo dejara sus estudios y hasta que los concluyese, se casara con la jóven.

Nadie dirigía la palabra en la mesa y las más veces, el comedor permanecia desierto porque cada quien se hacía servir en su habitación.

Por fin, la juventud y carácter de Enrique vencieron á su ánimo abatido y le hicieron ver claro.

Don Martin se consumía con violencia, se enveje

cía á gran prisa, sufría horriblemente y lo que era natural suponer, la enfermedad no dilataría en hacerse sentir. Le dió miedo al fijarse en su padre y se reprochó de su egoismo y falta de serenidad en el combate que estaba sosteniendo.

¡¡Valor!!—dijo, arrodillándose ante un retrato al óleo que conservaba y era de Doña Juana—perdon, madre mia, si abandonândome al dolor, estoy descuidando á todo, á lo único que me queda en el mundo y á quien tanto amabas.—Luego incorporándose siguió diciendo:—Sí conservaré á mi padre, ya que Dios me llevó al otro sér tan querido de mi alma. Se compuso el cabello y salió con ademán resuelto, dirigiéndose á la habitación de Doña Gertrudis, donde con seguridad encontraría á Sara.

Al verlo ésta, se levantó violentamente de su asiento y ambos jóvenes cayeron el uno en brazos de la otra, sin pronunciar más palabras que..... Enrique!!..... ¡¡Sara!!..... derramando las dos copiosas lágrimas como sí estuviera presente aún, el cadáver de Doña Juana.

Enrique fué el primero que se repuso diciendo: basta, ya hermana mia, sentémonos porque tengo que hablar contigo, sobre un negocio muy grave.

Sara enjugó su llanto y se dirigió á tomar asiento. "Habla, Enrique—le dijo á su primo—¿qué ocurre? ¿algún otro golpe tenemos que soportar? dí que por grande que sea, ya no podremos tener otro peor.

—Tal sucederá, Sarita, si sólo nos ocupamos de nuestro dolor! Escúchame: he notado y te ruego que te fijes tambien, que papá se está consumiendo por la pena: nosotros que debieramos cuidarlo, animarlo, dándole ejemplo de cristiana resignación, le abandonamos á su tristeza: con nuestra pena, aumentamos

la suya. Jóvenes somos, niña querida y debemos dar nuestras fuerzas á quien las necesita: podemos resistir: ahoguemos nuestro dolor y á solas lloremos nuestra desgracia; pero no demos señales de que somos débiles. Ayúdame pues, hermana mía, porque padre se muere, sino acudimos en su auxilio.

—¿Qué hay que hacer, Enrique de mi alma? ordena, dime, que mi vida será nada, si es necesaria, para que papá no sufra, para que viva feliz.

—Nó, no te ordeno, Sarita; sino te suplico: comencemos por aparecer ménos abatidos. Ahora durante la comida no estemos tan tristes: luego con cualquier pretexto, tomas del brazo á *tu viejecito*—como le dices—le hablas sobre cualquiera cosa, hasta que abordando el asunto, procurarás convencerlo para que vaya conmigo á México, haber si los aires de por allà, calman un poco su pesar.

—Ya te comprendo y en este momento formulo mi plan; vas á saberlo: le diré con mucho cariño: "*papacito, veo que Enrique está muy triste, con justicia; pero si sigue así, temo mucho que se enferme:* como te quiere tanto, la noticia le alarma y es seguro que me consultará lo que debe hacer, entónces le contesto: "*Enrique necesita continuar sus estudios, bien podrá Vd. indicarle, que es conveniente marche á México; es posible que ponga alguna resistencia; pero á Vd. no le han de faltar razones para convencerlo y una vez fuera de aquí, ya con el estudio, ó yá con el bullicio de la Capital, se distraerá y no estará tan preocupado: Vd. tambien, lo acompañará, para que no esté tan solo: así la presencia de Vd. lo reanimará y estando los dos, la vida les será ménos molesta y pesada.*"

Es seguro que papá me pondrá algunas dificultades;

pero si nó hoy, mañana ó pasado lo comprometo: aceptado por él mi consejo, es probable que te indicará de alguna manera mis deseos. Tu deberás oponerte, presentando algunas evasivas de un modo indirecto y por último como condición precisa para hacer el viaje, le dices que irás; pero no solo, que sin él no vivirás en México, en fin hermano: ya tienes el camino, tu sabrás salir del paso. ¿Qué te parece, Enrique?

—Magnífico—contestó el jóven—tengo fé en que tu pensamiento saldrá bien.

Por ahora, adios. Hasta luego, tía—agregó Enrique dirigiéndose á Doña Gertrudis—y salió de la habitación.

A la hora de la mesa se presentó Sara, sin el rebozo negro de los dias anteriores, se cubrió con uno azul, que siempre era una variante más agradable á la vista que el de luto, Enrique cambió de traje llevando ahora chaqueta y chaleco blancos y pantalon negro. Sólo Don Martin no se cuidó del vestido, era un poco de luto y algo que no lo era, porque para él nada valian las exterioridades: llevaba luto en el alma y lo llevaría siempre, miéntras tuviese vida.

Durante la comida procuraron los jóvenes hablar de cosas sencillas é indiferentes, para que la reunion no fuese tan triste como en anteriores dias.

Conforme al plan propuesto, al levantarse todos de la mesa, se acercó Sara á Don Martin, lo tomó de la mano, dándole de palmaditas, y poco á poco se lo fué llevando para el árbol fresno, á cuya sombra en mejores dias pasaron ella y Enrique, tantas horas de plácida ventura.

Como el más hábil diplomático fué insinuándose con tanta zalamería y con tan tiernas frases,—iguales

á las que usa una niña mimada con el autor de sus dias—que Don Martin despertaba del letargo, por decirlo así, en que se encontraba desde algun tiempo, y tuvo que sucumbir comprometiéndose á hablar con su hijo.

En la noche despues de la cena, pretestaron Sara y su tía una ocupación, para dejar á Enrique solo con su padre.

Trabajo y no pequeño, tuvo éste para abordar la cuestión; màs al fin despues de frases ambiguas se explicó con alguna más claridad. Enrique al principio, segun las instrucciones de Sara, se hizo el remolon, hasta que dándose por vencido por las diversas instancias y observaciones de su padre, convino en marchar á México; pero con la indispensable condición de que lo había de acompañar.

Solo el gran cariño que Sedeño profesaba á su hijo, á las conversaciones que á cada momento provocaba Sara con él, lo resolvieron á formalizar el viaje.

Al dia siguiente, debajo del histórico fresno testigo de las primeras palabras de amor, ambos jóvenes se dieron cuenta con el resultado de sus trabajos.

—Pero bien Sara—dijo Enrique al comunicarle ésta la resolución de Don Martin—y tú ¿cómo quedas sola, sin más compañía que tía Gertrudis, en este pueblo que tan pocos ó ningunos atractivos tiene? ¿qué hago yo sin mi hermana querida?

—Enrique,—contestó la jóven—no seamos egoistas, no pensemos en el pesar que tengamos en no vernos. Papá está triste, abatido y enfermo; primero es él, que nosotros: morirémos de pena, lloraré tu ausencia y tú la mia; pero es preferible eso á llorar despues otra desgracia mayor. Estoy segura que no me olvidarás, á mi vez te ofrezco que solo tu ocuparás

mi pensamiento, seamos fuertes, sacrifiquemos nuestras almas en bien de papacito: si porque él esté contento hay necesidad de arrancarme el corazon, que se haga así, porque este corazon es de mi padre, del padre de mi Enrique: nada temás, lloraré; pero de placer cuando me escribas que mi viejecito ya no está enfermo; que ya no sufre tanto.

—Pero Sara—replicó el jóven —¿porqué no vienes con nosotros y así nada tendremos que extrañar, ni que desear.

—Enrique, porque así lo quiere el mundo, no me culpes, compadéceme, la sociedad tiene tales exigencias, que contrariarlas es estrellarse inútilmente: ánimo, valor hermanito mío, vamos niño—siguió diciendo con mucha gracia tomándole ambas manos—yo creía que serías mas valiente. ¿Me amas? ¿me quieres?.....

—¿Y tú me lo preguntas?

—Pues bien mi alma, te suplico que lleves á papá á México y no me repliques más ¡¡Chiton!!—y con inocente coquetería, sonriendo picarezcamente como una chiquilla, se puso el dedo índice en los lábios, haciendo tambien un gracioso ademan.

La jóven tenía razon, ¡cuanto se hubiera dicho y de qué modo tan desfavorable se hubiese comentado el viaje de ambos jóvenes á México!

Enrique con la vista baja y el corazon hecho pedazos, con resignación y hondo pesar—dijo—Está bien Sara, hágase la voluntad de Dios!!

Don Martin tuvo tambien la idea que la jóven los acompañase; pero algunos momentos de conversación con los sólidos argumentos y recursos que Sara sabía usar tan hábilmente, convencieron al Señor Sedeño.

¡Pobre Sara! solo ella sabia cuanta pena contenia su alma! pero ante su amor, estaba su honra. Se sacrificaba separándose del ser querido de su corazon, es verdad: ¿más qué importaba si así se evitaba una desgracia. Su protector, su padre, el padre de su Enrique,—como ella decía—estaba enfermo, era necesario aliviar sus penalidades y tenía que aceptar el martirio.....

Se dispuso por fin la marcha de Don Martin y Enrique, saliendo de Jantetelco á los pocos dias para llegar á México por la diligencia de Amecameca.

Desde aquel momento Don Protasio Rubí quedó dueño absoluto de los intereses de Sedeño en virtud del poder general que se le había conferido.

El pez cayó en la red.

Los trabajos de Fray Narciso, alcanzaron el éxito deseado.

Cumplíase su voluntad.

CAPITULO XV.

¡¡1860!!

¡Epoca aciaga y de tristes recuerdos para la República!

¡Viva la constitución de 57,» era el grito de guerra del partido liberal al que contestaba colérico el clero, «Viva la religión.» «Mueran los puros.»

Defendía sus bienes y sus fueros como la leona sus cachorros, lanzando á la muerte á los fanáticos que buscaban la eterna bienaventuranza, creyendo que al morir con cruces y escapularios, San Pedro se haria de la vista gorda, abriéndoles las puertas del cielo.

Una tercera entidad saltó á la lid, sin bandera, sin plan político, sin más fin que el robo, el incendio, el plagio y el asesinato proditorio.

«*Viva lá hacha y santo filo*» gritaba desaforadamente esa horda de caribes: y ese grito que las montañas repercutían, era la señal de luto y consternación para los indefensos pueblos a donde aquellos se

acercaban y á quienes en conjunto y militarmente se les llamaba "*La Plata.*"

Van mis lectores á conocer á un plateado.

Chaqueta de gamuza—*piel curtida de venado*—ó de paño toda adornada con espiguilla de plata y lentejuela. Una águila que abarcaba toda la espalda (bordada ó de plata macisa), pantalonera con gruesos botones colgantes que al andar sonaban como cascabeles y al correon de esa pantalonera, se adhería grande hebilla, también de plata; pero tan desproporcionado el correon que más bien parecia la atarrea de un aparejo.

Sombrero profusamente adordado con anchos galones bordados y las chapetas eran dos lanzas de plata colocadas en forma de X con una hacha del mismo metal en el centro. Portaban por lo regular, dos pistolas americanas de un tiro unidas por una correa de gamuza colgadas al cuello ó bien una al cinto con funda bordada con tal profusión que no se veía algunas veces el cuero y en la culata de esa pistola se ponía una argolla de donde pendía un cordon de seda verde ó colorado con su borla en la extremidad: bufanda tejida de estambre, como horrible sarcasmo, con los colores nacionales.

Los arneses de la silla de montar, estaban todos bordados, pero con grosería, sin gusto, ostentando con cinismo el fruto de sus latrocinios; las cabezadas de los frenos tenian chapetones que parecían platos, y las riendas eran cadenas de plata que habían pertenecido á los incensarios de las iglesias.

Jantetelco y Yautepec en el Estado de Morelos, fueron la cuna de ese aborto social y político. Los primeros mandados por Silvestre Rojas; y por Salomé Placencia los de este último lugar.

Llegaron á formar un grupo de más de quinientos hombres con su *charanga*—mala música de caballería y alguna vez tuvieron dos piezas de artillería que les fué preciso abandonar porque les estorbaba para el mejor éxito de sus operaciones.

Un marimacho que se dió á conocer con el nombre de "La Barragana" (1) tan feroz, cruel y sanguinaria, como cualquiera de ellos, formaba parte de esa bandálica legión. Se hizo notable por un valor á toda prueba, capitaneando á un gran número, de quien se daba á respetar por su energía y rasgos de audacia admirables.

Aunque los plateados se dividían en partidas, cuando se ofrecía, obraban de acuerdo para dar algun golpe ó para defenderse.

Audaces y valientes, nada les arredraba, con tal de que su triunfo tuviera por objeto alguna buena utilidad.

En una persecución que el Sr. General Gonzalez Ortega, hizo á Don Leonardo Márquez, atacaron los plateados y pusieron en desórden la vanguardia de Gonzalez Ortega en el parage llamado "*Palo de los fierros*" entre Coayuca y Chietla, con el fin de apoderarse de las armas y caballos.

¡Causa pena recordar las depredaciones de que fué víctima lo que es hoy Estado de Morelos!

El asesinato era moneda corriente: el rapto, necesidad y de buen tono: el plagio con todos sus horrores, artículo primero de su plan de campaña. Los habitantes de los pueblos grandes ó pequeños temblaban

(1) Ese nombre llevaba tambien una mujer que formaba parte del ejército del Sr. Morelos y que muy conocida fué por su heróico valor y patriótico comportamiento.

de miedo al tener noticia que se acercaban los plateados.

Las jóvenes se escondían de la mejor manera y en lo más inaccesible de sus casas.

Más de una vez los padres de familia, intentaron salvar á sus hijas llevándolas á otros grandes centros de población; pero por lo regular caían en poder de los plateados, que ocupaban todos los caminos y vericuetos. ¡Desgraciada jóven en quien ponian sus miras, porque no escapaba de sus garras.....

Era imposible que el Gobierno pudiera atender á las necesidades de aquellos pueblos, porque la lucha que sostenía, era encarnizada y sangrienta, de vida ó de muerte para la Nación. El partido reaccionario aglomeraba todos sus elementos y si bien es cierto que la bandera Republicana se abria paso sobre las excomuniones y los exhorcismos, tambien lo es, que "*los cruzados*" peleaban con el furor del fanatismo. Llegó el encono entre ambos bandos á tal grado, que los parientes más próximos se odiaban á muerte y las Señoras ¡cosa rara en la mujer mexicana! despreciaban las unas el color rojo—distintivo del partido liberal—y las otras el verde que tomaron como insignia las del partido conservador ó mocho—como se le llamaba—usando en el calzado el color del enemigo, para significar así, que pisoteaban á sus adversarios.

Era rarísimo el hecho que una jóven de familia liberal ó reaccionaria correspondiese sus amores á un jóven que no perteneciera á su partido, por más que el corazon se interesara; y cuando tal sucedía jamás la familia la recibia en el hogar. Pero de todo eran culpables los que avasallando las conciencias abusando del púlpito y usando de sus riquezas derramaban

á manos llenas el oro para reconquistar sus perdidos fueros.

El *Tedeum* cantado en todos tonos y en varios templos, anunciaba una derrota á las huestes liberales y la popular canción "*Los cangrejos*" era la sarcástica risa, con que el pueblo hacia coro al himno clerical.....

Eugenio Placencia era un hombre honrado, muchos años sirvió de mozo de estribo en la Hacienda de Coahuixtla. A la separación del Administrador Sr. Cardona que pasó á encargarse de la Hacienda de Mazatepec, Placencia no quiso seguirlo radicándose en Cuautla.

Tal vez sus instintos, ó malas compañías, le hicieron dedicarse al robo, y se declaró en abierta rebelión contra las autoridades y fué perseguido con tenacidad.

Salomé Placencia, hermano de éste, tambien se lanzó por el camino del crímen para defender á su hermano. Este se encontraba en el Organal, donde fué atacado por fuerzas de Yautepec que lo perseguían, y Salomé, que lo supo él solo pero perfectamente montado y armado ocurrió al auxilio de su hermano. En esa escaramuza ó jornada en que se jugaba la vida, porque bien se sabia que cada cual siendo prisionero sería forzosamente fusilado, Salomé Placencia sin más elementos que el valor y cariño á su hermano, hizo proezas de valor admirables.

Las autoridades de Yautepec se propusieron exterminar à los bandidos. Pero á la vez Eugenio y Salomé Placencia aceptaron su condición, tambien buscando el medio de ofender y defenderse; pero sin la franqueza del soldado, sino con la alevosía del asesino.

J. M. Lara, Presidente Municipal de Yautepec, á la muerte del Jefe Político á manos de bandidos, tuvo que aceptar la Jefatura á cuyo puesto estaba llamado por ministerio de la ley.

Lara hombre honrado, resistia el puesto á que la ley le llamaba; sin embargo lo aceptô, bajo la condición de que se llamaran á ciudadanos de Tepoxtlan, su tierra nativa. Y cuando él fué en solicitud de sus amigos, tuvo noticia que el Sr. Pinzón, procedente del Sur, llegaba á Yautepec con ochocientos ó más hombres.

Regresó Lara del camino que llevaba.

Los bandidos que tenian preparada una emboscaca para matar á Lara en determinado punto, al tener conocimiento que este no pasaba por allí, regresaron á Yautepec.

Lara, al momento en que se preparaba á dar hospedaje á la fuerza de Pinzón, fué atacado y muerto por los bandidos.

Desde aquel momento los vecinos de Yautepec se propusieron exterminarlos.

Jesus Capire, se declaró su constante perseguidor y aun se hizo para él, cuestión de amor propio.

Una noche que Salomé se encontraba en la Hacienda de Atlihuayan en un cuarto sin más entrada y salida que una sola puerta fué sorprendido por Capire que con veinte hombres se acercó á la puerta de la pieza situada junto al purgar.

Llamó y al preguntar Placencia—¿quién es?

Soy Capire—contestó éste—que viene por tí.

—Está bueno replicó aquel, espera un poco voy á vestirme.

Se levantó del lugar donde dormía y sin camisa con los calzoncillos arrollados hasta arriba de las rodillas

y con dos pistolas en la mano abrió la puerta y les dijo: pasen ustedes.

Salga Vd.—contestó Capire.

Salió Placencia disparando en el acto sus pistolas.

Con los fogonazos asustáronse los caballos y se sorprendieron los soldados. Aprovechóse el bandido del desórden y por los piés de los caballos pudo escapar no consiguiendo sus perseguidores aprehenderlo por estar á caballo y no conocer el terreno, cuya circunstancia favorecía á Placencia.

Este, en vez de salir al campo, se dirigió á la habitación del Administrador—que aun vive—quien al verlo le dijo: "véte hombre, no me comprometas, ahí están los soldados que vienen por tí."

Salomé con mucha calma le contestó, vengo nada más por unos puros, porque los míos se quedaron allá abajo.

El administrador lè dió lo que solicitaba y aquel con mucha sangre fría salió para el campo.

Tal era el carácter de Salomé Placencia. Valiente hasta la temeridad, sereno en los mayores peligros y audaz, cuando se trataba de dar un golpe. Nada le arredraba ni contaba jamás el número de sus enemigos. Esto le dió prestigio para que fuese reconocido como Jefe, al formarse el grupo conocido des pues por "*los plateados.*"

CAPITULO XVI.

MÁRTIR DE SU DEBER.

Carolina á quien ya conoce el lector, la pesadilla de Sara por su cariño á Enrique, era la admiración de cuantos la veian. Rosada, con ojos y pelo negros, cejas muy pobladas y suaves, gran pestaña quebrada hácia arriba, como si la hubiese rizado el más afamado peluquero, mirada expresiva, con un pequeño y gracioso bosito, alta, bien formada, salerosa al andar, cuando hablaba fascinaba; si reía dejaba ver sus blancos y parejos dientes. Era pues un conjunto de hermosura.

Los plateados varias veces la buscaron en su casa y otras tantas burló sus pesquisas, porque se escondía violentamente en un sótano que exprofeso tenía construido.

Había perdido á su padre y su aflijida madre, sufría horriblemente porque sabía lo que pudiera acontecer á su hija.

Los raptos se sucedían sin interrupción maltratan-

do á las jóvenes, siendo algunas de ellas arrastradas con la reata.

Cierto dia, Carolina no tuvo noticia anticipada de la presencia de los plateados y sin que pudiera evitarlo, fué sorprendida —cuando regaba sus macetas— por Quirino (á) *el loco*, Palafox, Pancho *el tuerto*, Bastian Rico y Pablo Rodriguez.

¡Carolina—dijo el primero de ellos y que hacía de jefe—por fin te veo; ahora sí, no hay remedio, marcharás conmigo ¿no es verdad?

—Quirino!—contestó ella; pero dando á su voz una entonación de placer, de agradable sorpresa, dejando la regadera en el suelo y enjugándose las manos en el delantal, y se dirigió al bandido— Otras veces que has venido, no te he visto, hoy por lo mismo, me alegro que me hayas encontrado: entra y hablaremos.

El bandido no daba crédito á lo que oía, esperaba que Carolina al verlo, se hubiera sorprendido y procurado huir, que llorara ó se resistiera, pero al escuchar sus palabras tan reposadas y sin emoción; no pudo ménos que exclamar.

—¡Será cierto lo que oígo, Carolina!

—Tan cierto,— contestó ésta—que te suplico, pases, entretanto me alisto para marchar contigo.

El plateado desconfió, creía que era una celada y dirigió una mirada de inteligencia á sus secuaces.

Carolina comprendió el pensamiento de aquel y le dijo: entra Quirino, no creas que te engaño, estaré á la vista para que no temas que me oculte en alguna parte y te burle.

La pobre madre que vió á su hija frente á frente á unos plateados y habiendo reconocido al feroz Quirino, notable por sus asesinatos, poco faltó para que muriera de miedo. Estuvo pendiente de todo lo que

estaba sucediendo, esperaba de un momento á otro ver á su hija arrastrada y golpeada.

Por instantes aguardaba ver su casa incendiada y saqueada cometiéndose en ella, toda clase de excesos; pero con gran sorpresa vió que su hija con mucha amabilidad y cariño tomaba de la mano al asesino para conducirlo á la sala.

—¿Qué pasa aquí Dios mío?—decía para sí la Señora.

—Quirino, tampoco no se explicaba la amabilidad con que se le trataba, ni qué significaba la conducta de Carolina. En fin—dijo interiormente—caprichos de mujer, más vale así.

La jóven llamó á su mamá.

La infeliz madre se acercó sin poder articular una palabra: pálida como un difunto, castañetéandole los dientes, como si estuviese en el Polo.

—¿Qué se ofrece, hija mía?—preguntó la Señora—Muy buenos dias, Señor Don Quirino agregó, dirigiéndose al bandido con sonrisa forzada; pero sin atreverse á darle la mano, ni estar muy cerca de él.

—Mamá—dijo Carolina—hágame usted el favor de dar conversación á Quirino miéntras me alisto, pues ha de saber Vd. que me voy con él.

—¿Cómo es eso, hija mía? Por el Santísimo Sacramento, ¿estas en tu juicio, Carito?

—Y muy en mi juicio señora madre, porque tengo gusto en irme con un valiente. Mira, Quirino—continuó diciendo—ven te enseñaré mi recámara y lo tomó de la mano.

El plateado siguió á Carolina acompañándola á una pieza contigua á la sala.

—Examina—dijo la jóven—en esta recámara no hay salida: la ventana tiene reja de hierro; de mane-

ra que estando yo aquí, no podré escapar. Permíteme pues que me quede sola para peinarme y vestirme, platica entretanto con mamá.

El bandido desconfiaba; pero teniendo en rehenes á la Señora, algo se tranquilizó. Ambos guardaron silencio: ésta, reconcentrando sus ideas, decía para sí; ¿dónde están la timidez, la moralidad y la vergüenza de mi hija?..... ¿qué se propone hacer?

La infeliz Carolina tenia que aparentar contento; no obstante que tenía el corazon hecho pedazos. Se sacrificaba para evitar los atropellos que pudieran ponerse en ejecución en caso de resistencia. Pocos momentos despues salía de su recámara; bien peinada, con su traje de camino, llevando un gracioso sombrero de montar; y sonriendo se acercó al plateado. ¿Y lo creerás ahora?—le dice—Estoy lista, cuando gustes.

La Señora estuvo á punto de caer al suelo, herida por el rudo, terrible é inesperado golpe que acababa de recibir.

Quirino llamó á uno de sus subordinados. Bastian —le dijo—dile á Gollo que traiga mi caballo y que vengan los muchachos; pero pronto.

Entretanto el bandido cumplia la órden, Carolina volvió á su recámara y se arrodilló delante de una imágen de la vírgen que allí tenia: leyó dos cartas que pocos momentos àntes había escrito, la una para su mamá y para su padrino el Señor Cura la otra. Satisfecha de su contenido las puso en lugar visible.

La carta á la Señora decía lo siguiente: *perdón madre mía, que la haya engañado, fingiendo que me voy por mi voluntad con ese bandido. Cuando Vd. lea ésta, comprenderá el motivo que me ha impulsado á obrar como lo he hecho. He querido evitar una desgracia en la casa, si hubiera resistido; pero pierda Vd.*

cuidado que ántes que ser deshonrada, moriré. Ruegue Vd. á Dios por mí, para que me dé fuerzas y no sucumbir. Nada tema, que allá en el cielo, no hay plateados. ¡No llore Vd.! más que triste por mi ausencia debe estar contenta, porque ya podrá vivir tranquila. Adios, mamacita; no olvide Vd. nunca á su hija que mucho la quiere—"Carolina."

—Ya están los caballos, dijo el enviado.

Vamos, Quirino—dijo la jóven saliendo de su habitación. Adios madre—agregó dirigiéndose á la Señora y le dió un abrazo. Esta se deshacía en llanto, y la jóven haciéndole una caricia y dándole un beso le dice: no llore Vd. mamacita, pronto nos verémos. Adios hijas,—dijo á las criadas que á la novedad, habian acudido y estaban agrupadas en el corredor—Dió la mano á cada una de ellas y todas derramaban lágrimas tiernas lamentando la desgracia. Luego preguntó al plateado: ¿En qué monto, Quirino?

—En las ancas de mi caballo—contestó éste—es manso anda bien y así irás más contenta.

Es costumbre en el Estado de Morelos que las mujeres monten á la grupa, por lo que Carolina no hizo objeción alguna á lo determinado por su raptor y de un salto, con bastante maestría, se colocó en las ancas del caballo, despues que el bandido hubo montado.

Doña Rosa, que así se llamaba la madre de Carolina—al verlos partir, cayó presa de horribles convulsiones. Las criadas vinieron en su auxilio; más levantándose con entereza y desesperación, seguida de sus sirvientes, se dirigió á la recámara de su hija. Le parecía todo un sueño lo que estaba pasando; pero sus ojos no la engañaban: allí estaba la ropa que se quitó la jóven para vestirse de limpio: allí en el

tocador estaban los peines con los cabellos que dejara su hija al componerse el peinado. Todo lo tentó, lo escudriñó, por lo que muy pronto dió con las cartas.

"*Para mi madre*—decía en el sobre de una—¡Letra de Carolina!—dijo la Señora—¿qué escribiría aquí? ¡Infame! ¡Y yo que la creía buena hija..... ¿leo esto? ¿y para qué.....? disculpas serán que no podrán satisfacerme nunca. ¿Y esta otra carta? ¡Ah! es para mi compadre! Llevaré personalmente estas cartas al Señor Cura, que él me dirá lo que debo hacer.

Pocos momentos despues acompañada de una criada llegaba á la casa cural.

—¡Compadre de mi alma!—exclamó Doña Rosa al encontrarse con el Cura, besándole la mano y ahogada en llanto por la emoción y su desgracia.

Ya el Señor Cura, sabía lo sucedido en la casa de su comadre—porque en los pueblos pequeños todo se sabe luego y se comenta en el acto—por cuya razon el sacerdote estaba triste, contrariado, molesto y nervioso.

—Compadre, ya sabrá Vd. lo sucedido; estos papeles que encontré en la recámara de Carolina, los traje para que Vd. los vea: nada he querido leer, ¡tentada estuve de arrojarlos al fuego!

—Vengan acà esas cartas, comadrita—contestó el Cura y que es el mismo á quien hemos presentado en anteriores páginas, concienzudo prudente y de experiencia—tal vez en lo escrito encontrarémos algo que nos haga ver claro y disipe nuestras dudas.

Doña Rosa entregó las cartas y el Cura leyó para sí, primero la dirigida á la Señora. Al concluir su lectura exclamó teniendo los ojos llenos de lágrimas.

"¡Gran Dios, bendito seas! ¡Yo te venero mártir inocente! Señora—dijo en tono respetuoso —recemos por ese ángel de ventura que quizá en estos momentos está en el cielo ocupando el lugar que le corresponde en el coro de vírgenes y mártires!

—¿Qué dice usted, Señor Cura? —interpeló Doña Rosa con bastante ansiedad,—Esplíquese Vd. por favor! ¿qué dice mi hija? ¿qué ha hecho? ¿dónde está.....?

—¡Con Dios!—contestó el Cura con solemnidad señalando al cielo—no llore Vd: pídale solamente al Altísimo, le dé fortaleza para que no sucumba en la lucha que en este instante sostiene. Lea Vd. comadre, lea Vd.

Doña Rosa con precipitación pasó la vista por la carta, comprendió lo bastante y delirante, loca, con paso vacilante, sin despedirse de nadie se dirigió á su casa..... .....

Desde que los raptos con violencia fueron frecuentes, Carolina tomó su partido. A solas en su recámara interrumpía su sueño con estas reflexiones. "Si " por desgracia soy sorprendida por los plateados, no " resistiré, aparento que me voy por mi voluntad; " porque resistiendo, solo conseguiré que seamos " maltratadas, mi casa saqueada é incendiada, mis " pobres criadas, mis parientes y amigos sufrirán las " consecuencias de mi resistencia; si no resisto, solo yó " será quien se sacrifique. Una vez salvada mi madre " y mi casa..... Dios me ilumine: moriré si es pre- " ciso....."

Al caer pues en manos del feroz Quirino, ya fuera del pueblo, procuró dar forma á su pensamiento. Agotó todos los recursos fingidos de una mujer que quiere aparecer enamorada.

El bandido, aunque no conocía sentimientos nobles de ningun género, comenzaba ya á marearse al escuchar las frases cariñosas que tan habilmente le dirigía Carolina. Esta se propuso domar á la fiera; pero la tarea, no podía tener resultados prontos, ni tan facilmente como se deseara.

Hubo momento en que pensó apoderarse de la pistola del bandido para matarlo ó matarse; pero la idea era difícil de ejecutar; tanto más que no conocía el manejo de las armas. Mil medios se le vinieron á la imaginación; mas todos ellos, irrealizables, y no era posible que se llevaran á feliz término.

Así pensando y forjándose proyectos de evasión, llegaron á la barranca de Tecajec. Allí se admira la magnífica arquería que sirve para dar paso al agua que vá á la Hacienda de Santa Clara: no es muy ancha la barranca; pero profunda. El arco principal del acueducto, mide como quince metros de altura desde el fondo de la barranca y en toda su extensión solo tiene un metro de ancho dicho acueducto.

Un plateado de apellido Meza, atravesó varias veces á caballo esa arquería. y en su mayor altura y en tan reducido terreno, ni el caballo ni el ginete vacilaron nunca, no obstante que el bandido disparaba, al estar en el centro. ¡Temple de alma del bandido! nobleza de un caballo del país.

Frente á los arcos de que nos venimos ocupando, Carolina recibió la divina inspiración que á solas imploraba.

—Quirino—dijo Carolina al plateado—¿es verdad que Meza ha pasado por esta arquería, no una sino varias veces, sin necesidad, por gala, por ostentación haciendo lo que nadie se atreve á hacer?

—Es verdad, Caro,—contestó el bandido—mi com-

padre es un bruto, cree con eso manifestar valor, pero yo me río de él.

—Y si yo te suplicara—dijo la jóven—que me permitieras pasàr por esos arcos, ¿lo consentirias?

—¿A caballo?—preguntó Quirino con cierto horror volteándose en la silla para ver frente á frente á Carolina.—¡Qué tontería! nunca lo consentiré.

—No hombre, no soy tan valiente. Deseo pasar; pero á pié, pues debe ser hermosísima la vista del campo desde esa altura y por eso tengo verdadero antojo de pasar por ahí, ¿qué dices?

—Pero, ¿y si se te vá la cabeza y te caes, qué hacemos?

—No, mi alma, soy fuerte he subido varias veces á la torre de Jantetelco y no me mareo, al contrario me encanto y estoy contenta..... ¿con que sí, chatito? y le dió dos palmadas suaves en el hombro.

—Vaya, mujer—contestó el bandido—pero que te acompañe *Gollo*, porque yo voy á esperarte con los caballos del otro lado.

El designado para acompañar á Carolina, era otro bandido tan feroz y quiza más cruel que sus compañeros; así es que aceptó con gusto la comisión; y bajando Carolina del caballo, emprendió la marcha escoltada por aquel facineroso.

Al llegar á la mitad del acueducto, Carolina alzó los ojos al cielo y con presteza, sin que Gabriel pudiese evitarlo, se dejó caer, estrellándose la cabeza en las piedras del fondo de la barranca.....

.....

Así murió aquella niña sencilla, enamorada inconciente de Enrique: la jóven hermosa como pocas; pero más bella aun su alma tan grande, que prefirió la

muerte á la deshonra.....

¡¡Bien por ella!!

Quirino y su escolta presenciaron el accidente, creyó, conociendo el corazon y sentimientos de su colega que éste por envidia, había precipitado á Carolina; por cuyo motivo lo recibió al otro lado de la barranca à balazos, dejándolo tirado en el suelo revolcándose en su sangre.

Ordenó que de Tecajec vinieran algunos hombres para que descendieran á la barranca en busca de la jóven.

Luego que el bandido tuvo malicia de que Carolina estaba muerta, se puso furioso, sacó el machete, dándole un machetazo á Gollo en la cabeza; con ódio, apretando y rechinando los dientes; pero no se conmovió, ni una sola lágrima, ni señal alguna que indicara el sentimiento y el cariño que tuviera á su víctima Carolina, nada, sus manifestaciones eran los de la hiena á quien arrebatan su presa. Por esto no se ocupó más del asunto, y emprendió su marcha dejando á Carolina al cuidado de los vecinos de Tecajec, y à Gollo tirado en el campo, ordenando que lo dejaran allí para que sirviera de pasto á las aves de rapiña.

Despues de las seis de la tarde, llegaron los indígenas á Jantetelco, conduciendo el cadáver de Carolina, que fué visitado durante la noche por todos sus parientes y amigos, admirando el heróico comportamiento de una mujer mexicana que se sacrificó ántes que ser deshonrada.

CAPITULO XVII.

PUEBLOS HERÓICOS.—MARTIN SANCHEZ CHAGOLLAN.

Muchos párrocos menospreciando sus deberes recibian en sus casas y daban asiento en su mesa á los bandidos: paseaban con ellos públicamente y los trataban como á sus más íntimos amigos.

Y no se diga que el miedo obligaba à esos Curas á obrar como lo hacían teniendo tales condescendencias, porque otros sacerdotes bajo las mismas circunstancias se manejaban de muy distinta manera, y no obstante se les respetaba, porque los plateados en fuerza del fanatismo, jamás los molestaban, por màs que su oficio los impelia á cometer toda clase de atropellos.

Casos mil pudiera citar, que ya en Río frio ó bien en el Monte de las Cruces al ser asaltadas *las diligencias*, siempre se respetaba á los eclesiásticos y no se les despojaba no obstante que ni á las Señoras se les excluía y eran tratadas de igual manera que todos los demás. Por esto pues la conducta de aquellos Curas

era más punible porque en vez de ocuparse de su ministerio, siendo su porte humilde, hacían sus correrías armados con mosquete, pistolas dragonas, y se les confundía, como era natural, con los bandidos.

Este mal ejemplo y el miedo, dieron motivo á que la mayor parte de los pueblos hicieran causa comun con los plateados; pero hubo dos poblaciones *Atlacahualoya* del Distrito de Jonacatepec en el Estado de Morelos y *Santo Domingo Ayocluicha* del de Puebla, que nunca estuvieron de acuerdo con los plateados, ni ménos aún consintieron que penetrasen á la población. Si alguno de estos pasaba cerca de esos pueblos, los indígenas lo mataban irremisiblemente; pero no era eso lo raro, dado el ódio que se les profesaba, sino que el secreto de su muerte era rigurosamente guardado, no obstante que lo sabían hasta las mujeres y los niños.

Los compañeros de aquel, aunque estrañaban la ausencia del plateado esperaban su vuelta, explicando de cualquiera manera su separación sin que les ocurriera pensar que hubieran sido muertos y sigilosamente sepultados. Miéntras existieron los plateados, nadie tuvo conocimiento de los hechos y aun despues de algun tiempo en que ya habian desaparecido los bandidos, se conservó el secreto, hasta que debido à una correría que hicieron los Padres Misioneros por aquel rumbo, se descubrió lo que habían ejecutado.

Dada la situación angustiosa de los indefensos pueblos y el miedo que los plateados les habían infundido, parecía que nadie se atrevería á poner término à sus vejaciones y crímenes: más no fué así. Vivía en el pueblo de Tlayacapam un platero de orígen humilde, de pobre aspecto y pacífico carácter. Se ocu-

paba solo de su taller y de cumplir fielmente sus compromisos. Fué solicitado de Yecapixtla para ocupar un destino de poca ó ninguna categoría. Cerca de este pueblo merodeaban con más frecuencia los ladrones rateros y los plateados. Como por allá se cruzan màs caminos, había mayor número de viajeros; por tal razon los robos eran más frecuentes y las víctimas solicitaban sin resultado alguno, el auxilio de las autoridades de dicha población.

Martin Sanchez se llamaba el platero de que hemos hecho referencia, sin conocimientos militares, sin más elementos que su buena voluntad, convocó á algunos vecinos, les hizo presente que era necesario defender sus bienes y la honra de sus familias y que era preciso tambien auxiliar á quienes imploraban su protección.

Las palabras de Sanchez aunque sencillas eran persuasivas como nacidas de un corazon sincero, por lo que muy pronto pudo reunir una pequeña fuerza sostenida por los particulares, y protegida muy especialmente por Macario Vargas, vecino de Axochitlan.

La posición topográfica del pueblo de Yecapixtla rodeado completamente por dos barrancas, con una sola entrada y una salida, hace muy fácil la defensa. Sanchez, entretanto se hacía de elementos, estuvo à la defensiva; pero una vez que organizó un poco su guerrilla, se decidió á perseguir, sin hacer caso del número. Algunas veces salía vencedor; pero otras, tenía que huir dando pruebas de arrojo y de valor.

Al principio poco llamó la atención de los plateados la existencia de aquel puñado de hombres que perseguían à los ladrones rateros; pero cuando se encararon ya con ellos haciéndoles algunos muertos, entón-

ces sí, se dispuso castigar su audacia para hacerles comprender que à los plateados debiera respetárseles. Pero Martin Sanchez había nacido para ser su azote y tenía deseos—segun se expresó—de batirse con gente que mereciera la pena y no con *garroteros* (ladrones de baja ralea).

Ya con mejores armas y parque suficiente, la fuerza de Sanchez hacía excursiones léjos de Yecapixtla, atreviéndose á batir à sus enemigos hasta en sus mismas madrigueras.

La tenacidad en la persecución se hizo sentir, porque conocedores del terreno, cuando se les presentaba ocasión, ofendían con éxito; en caso adverso, burlaban á sus perseguidores. Esto desesperaba á Silvestre Rojas, por lo que se propuso acabar de una vez con aquellos valientes que, al parecer, no valían por cierto la pena de llamar la atención; más entretanto, el bandido seguía el camino que se había trasado, ocupándose muy seriamente de obligar á los pueblos que le fueran sus adictos.

Cuautla Morelos, ese pueblo guerrero por naturaleza y convicción, altivo como pocos cuando se le quiere herir pero sumiso y obediente ante la ley; liberal y generoso hasta la exageración, si sabe que álguien necesita de su apoyo, levantó el primero su bandera contra los plateados. Recordó que sus antepasados sin elementos desafiaron y combatieron á las huestes de Calleja y se aprestaron á la lucha, no obstante que uno de aquellos bandidos de apellido Polanco decía que *ni Dios podía con ellos.*

Reunidos los vecinos de Cuautla sin distinción alguna, cada quien buscó una arma buena ó mala; pero que en caso dado sirviera para la pelea y se formó

un grupo de ciudadanos resueltos tomando por divisa el democrático nombre de "*Guardia Nacional.*"

Constantemente se encontraban de reten quince ó veinte nacionales sostenidos por diez hombres al mando de Arcadio Enciso, pagados estos por el Gobierno del Estado de México.

El 19 de Mayo de 1860, se tuvo noticia en la mañana que cinco ó seis ladrones capitaneados por Juan Parias (à) *Chintete*, habían penetrado hasta la fábrica del Moro, situada en los suburvios de la Ciudad, con el fin de robarse las mulas del carreton que traía arena para la construccion del Palacio Municipal.

Los nacionales se indignaron bastante porque se burlaban de ellos, pues de dia cometian el robo y casi dentro de la misma población.

Se tocó la campana y pocos momentos despues, treinta y cinco hombres de guardia nacional mandados por Fabian Carbajal, con los diez de Caballería, salieron en persecución de los ladrones.

Al perpetrarse el robo de las mulas, se propusieron los bandidos llamar la atención de la Guardia Nacional para obligarlos á salir fuera de la población y hacerlos caer en una emboscada que prepararon de antemano.

Los ladrones, despues de consumado el robo, se retiraron con su presa y los Morelenses emprendieron la persecución.

A paso veloz atravesaron estos el río, incorporándoseles sin arma alguna José María Rivera (jóven de 20 años, escribiente de la fábrica de aguardiente "El Calvario) que bañaba su caballo.

Despues de atravesar el río, siguieron por el Rancho de San José hasta "La Casahuatera," donde ya estaba preparada la emboscada compuesta de 650 hombres segun el dicho de varios plateados.

El ataque aunque inesperado y violento fué sostenido con heroismo y denuedo, pero siendo superior el número de los plateados, el resultado fué adverso y bien triste para aquellos, porque con excepción de Carbajal, Arcadio Enciso, Joaquin Cortés, Marin Avelar, Anastasio Hernandez y Emigdio Silva, todos perecieron incluyendo á José María Rivera que como hemos dicho se incorporó en el río.

Arcadio Enciso, Jefe de la fuerza, Avelar y otros se escaparon atravesando á caballo una arquería que conduce el agua para Coahuixtla y que solo tiene un metro y medio de ancho, los demàs de los que sobrevivieron, á pié ó á caballo como se pudo, siguieron el *apantle* (acueducto) peligrando no pocas veces sus vidas, por estar restancadas las aguas que les cubría en algunas partes casi todo el cuerpo.

Asi llegaron al centro de la población donde ya se encontraban otros Nacionales capitaneados por varios vecinos, para prestarles auxilio.

De los héroes de esa jornada, que se sepa al ménos, solo viven Joaquin Cortés, entónces clarin, y hoy jefe de una fuerza de seguridad pública en Yautepec y Marin Avelar que trabaja como albañil en la Hacienda de Coahuixtla. Emigdio Silva despues de la acción con los plateados, quedó con siete heridas mortales y sobrevivió mucho tiempo despues.

Solo Cuautla, en todo el Estado de Morelos, consagra el 19 de Enero de cada año un recuerdo á los valientes que perecieron en La Casahuatera, adornando con crespones de luto las ventanas y puertas de las casas; ojalá, y todos los habitantes del Estado imitaran el ejemplo de los Morelenses ya que no hay otro modo de recordar acción tan triste; pero tan no-

ble y digna. Esta hecatombe agotó la paciencia de los *Cuautleños* y con más ardor se emprendió la lucha.

Martin Sánchez, á su vez protegido por algunos pueblos, se hizo más terrible peleando sin tregua ni descanso; y los plateados como una ofensa al nombre ya que no podían hacerla al hombre, le bautizaron con el sobrenombre de *Chagollan*, con el que fué conocido despues, olvidàndose casi su verdadero nombre.

Véamos el porqué del apodo.

Algunos plateros fabrican objetos de metal que representan piernas, manos, brazos etc., ó personas arrodilladas. A esto le llaman "*Milagros*" y se venden en las romerías para ofrecerlas al Santo Milagroso, quien sin haber cursado ni el primer año de medicina, cura gratis y expide su *récipe*, siempre que se le haga *la promesa* de llevarle *un milagro* ó lienzo embadurnado por algun pintamonas, en cuyo *retablito* se dá á conocer cual haya sido la gracia concedida por el santo. Los indígenas, que son los que más consumen esos *milagritos*, ántes de comprarlos les hincan el diente y como descubran que son de metal y no de plata, no los llevan ó si lo hacen, es con el conocimiento de que son *Chagollos*." Este nombre le dan tambien á la moneda falsa que circula tanto en las férias.

Siendo Martin Sanchez platero de oficio, se dijo que era uno de tantos fabricantes de *milagros* y moneda falsa; es decir todo *chagollo* y por esto se le llamó Chagollan ó sea fabricante de objetos falsos; pero Sánchez no hizo caso del sobrenombre y aunque era militar *chagollo*, improvisado, daba pruebas de lo contrario, porque el metal salió de buena ley.

Despues de algunos reveses que sufrió Rojas per-

diendo á varios de sus secuaces, se propuso acabar de una vez con Sanchez y al efecto para llevar á buen término su propósito, buscó cuanto medio creyó conveniente y ponerlo en ejecución.

Una vez aglomerados algunos recursos que él estimó suficientes, preparó una emboscada cerca del "Puente de Ortíz" haciendo que un transeunte llevara la noticia á Yecapixtla de que en aquel punto estaban robando.

En el acto dispuso Sanchez la persecución llevando veinticinco hombres á caballo. Desconfiado como siempre, pues ya conocía á sus enemigos, no siguió la dirección del camino, sino que dando un rodeo, llegó por la retaguardia de la emboscada. Sagaz como nadie, no penetraba en un vericueto sin tomar ántes todas las precauciones debidas. Así lo hizo ésta vez; de manera que los plateados, esperándolo por el frente, porque no estaba seguro que el enemigo fuese tan astuto, descuidaron cubrir bien la retaguardia y sin que éstos lo sintieran, cayó inesperadamente sobre ellos. Ante aquel brusco é inesperado ataque, algo se desconcertaron los bandidos; pero la superioridad del número les hizo rehacerse y cargar sobre ellos. Chagollan no pudo hacer frente porque lo atacaba una gran fuerza, relativamente á la suya, y tuvo que emprender la retirada; pero sin descomponerse resistiendo con heroismo, sin perder por fortuna un solo hombre, defendiendo palmo á palmo el terreno. Así llegó á Zacualpam en donde otras veces se había refugiado: tomó posesión del atrio de la Iglesia defendiendo sus dos únicas entradas. Los plateados no se atrevieron á atacar luego; sino que buscaban el medio de vencer sin sufrir bajas.

Los soldados, cazadores de las montañas de Ocui-

tuco, no perdían un solo tiro; pero procuraban no gastar mucho el parque para aprovecharlo en caso extremo.

Despues de algunos tiros por ámbas partes, la mitad de la fuerza de Sánchez, se posesionó de la torre llevando los caballos á la casa cural, que se comunica con dicha torre.

Pasada una hora, la fuerza de Sánchez abandonó el átrio, refugiándose todos en la altura.

Allí se atrevieron ménos los asaltantes, porque la escalera estaba bien defendida, concretándose únicamente los bandidos á posesionarse del átrio. Aunque estos se encontraban á buen tiro, Sánchez reiteró la órden de cuidar el parque reservándolo para un caso extremo.

El tiempo avanzaba y los plateados nada adelantaba en el sitio, por eso al caer la tarde, aglomeraron al pié de la escalera de la torre, combustible que pudieron conseguir, colocando sacas de chile que extrajeron de las tiendas. Prendieron fuego á todo aquel material con objeto de axficciar á los sitiados y hacerlos rendir sin dificultad; pero no contaban con el temple de alma de estos y en dos asaltos que emprendieron, fueron rechazados, dejando algunos muertos en la escalera y la mayor parte á consecuencia de algún golpe que se les daba en la cabeza con la culata del arma.

No hacía mucha gracia á los asaltantes pagar con su vida el capricho de destruir á Chagollan: deseaban vivir para seguir gozando, por lo que cada cual dejaba á cada quien de sus compañeros ser el primero en el asalto. Por eso el ataque no fué firme y con fé como lo hacen los que defienden una causa ó un principio justos.

Un poco más tarde llevaron los plateados al atrio dos grandes casos de cobre, los llenaron de manteca, sebo de res y aceite; y cuando hervía aquella grasa, decían dirigiéndose al jefe sitiado atizando el fuego. "*Mira Chagollan aquí te vamos á freir.*" "*Ahora comemos chicharon.*

Sanchez sabía muy bien que aquellas palabras no eran simples amenazas en caso de caer en manos de tales salvajes y á no dudar, su suerte sería morir frito tal como se lo anunciaban.

Entró la noche y los jefes principales de los plateados se ocuparon de embriagarse, algunos subalternos imitaron su ejemplo, quedando sólo una guardia para impedir la fuga de Sanchez que dadas las circunstancias era imposible.

Algunos auxilios que de los pueblos venían á los sitiados fueron derrotados en detall, muriendo más de ochenta desgraciados en ese dia.

Chagollan—llamémosle así indistintamente—esperaba en vano esos auxilios que como otras veces lo habían sacado de apuros. Ignoraba el triste fin de sus amigos, pero como el tiempo corría, buscaba un medio para poder emprender la fuga. Muchos le vinieron á la imaginación; pero otros tantos fueron por él rechazados como irrealizables.

La casualidad le proporcionó uno, difícil imposible si se quiere; pero siempre era *uno.* El dar un paso en la torre, los cordeles de las campanas se le enredaron en los piés. En el acto se apoderó de Sanchez la idea de sacar provecho de dichos cordeles.

Los examinó minuciosamente. Pero surguían dos dificultades, era la una, que teniendo mucho tiempo de uso, quizá no resistirían el peso de un hombre, la otra, que tal vez no serían del largo suficiente, dada

la altura de la torre, que se encuentra al borde de la Barranca de *Amatzinac.*

Era tan difícil la salvación por aquel punto, que los plateados, no se ocuparon de guardarlo.

El jefe sitiado, previsor y de una sangre fría á toda prueba pensó lo qué haría para dar mayor resistencia á los cordeles y salvar así las dificultades que de pronto se presentaban.

Despues de unos segundos, encontró la solución; mandó que se cortaran la crin y la cola á los caballos para fabricar con las cerdas delgados hilos con unas *taravillas* que á sus soldados como rancheros prácticos para fabricar cabestros, no les era difícil la operación: despues de una ó dos horas, presentaron su trabajo á satisfacción del jefe. Este con mucha calma tomó los hilos los examinó y satisfecho del resultado, dispuso que sus soldados emvolvieran con aquellos hilos de cerda los mecates para darles toda la resistencia posible y con el sobrante se hizo un *cabresto* para completar el largo.

Los hombres del campo para medir un cordel, abren los brazos y de la extremidad de una mano á la otra, suponen que son dos varas. Sanchez practicó esta operación por dos ó tres veces con el mecate y calculando poco más ó ménos lo largo de este con la altura de la torre, se resolvió llevar adelante su propósito.

Mandó llamar á uno de sus subordinados á quien conocían con el sobrenombre de "El grillo," por imitar bien el canto de ese animal y se distinguía de los demás por su valor, prudencia y sagacidad; de manera que era muy capaz de llevar adelante cualquiera difícil comisión.

—Presente Don Martin—dijo el llamado—¿qué hay que hacer?

—Hay que hacer lo siguiente:—contestó Sanchez—Te pones tu arma á la espalda, dejas todo el parque, bajas por esta reata—presentándosela—si llegas sano y salvo al suelo, chiflas como grillo, repitiendo, hasta que haga yo la señal con un puro encendido, lo cual indica que sé, que llegaste bien. Una vez abajo esperas que bajen tus compañeros. Al llegar cada uno chiflas para indicar que no hay novedad y pueda bajar el otro. Si por desgracia al bajar tú, das un *batácazo*, porque te falte, ó se rompa el mecate, cuando más nos habrás llevado la delantera. Si al bajar alguno de tus compañeros se rompe también la reata entónces no chiflas para que baje otro; sino que esperas que haga yo lo señal con el puro como para preguntarte, ¿qué sucede? y entónces chiflas por tres veces para que yo sepa lo que pasó. Con que entiendes bien? haber repíteme la lección.

Una vez que el soldado repitió con precisión lo que se le había ordenado—agregó Sanchez—En marcha pues y arrojó la reata al espacio, amarrando bien la extremidad al barandal. «Anda hijo, ya es hora, no tengas miedo.»

—Hasta luégo ó hasta el día del juicio en la tarde, dijo el *grillo*. Este fué su saludo de despedida y uniendo la acción á la palabra, se colocó su arma á la espalda, se escupió y restregó las manos: de un salto se puso en el barandal y emprendió el descenso, deslizándose por la reata.

Los momentos que *el grillo* dilató en bajar, fueron siglos para Sanchez. Con el oído atento esperaba la señal convenida. El silencio ó el silbido eran la muerte ó la vida.

Despues de unos instantes de ansiedad horrible, se oyó un golpe seco como de un objeto que cae.

El corazón le latía violentamente á Sanchez.....

Instantes despues, *el grillo* daba la señal.

Es imposible describir la alegría que Sanchez tuvo al escuchar la señal convenida.

Ya tenía la probabilidad de un nuevo triunfo.

La emoción casi le impedía encender el puro; pero lo hizo y lo movió en varias direcciones, señal tambien que el soldado vió pues dejó de silbar.

Sin pérdida de tiempo Chagollan reunió á sus soldados y les dijo "vamos á bajar uno á uno: escuchen bien mis órdenes, cada cual lleva su arma con carga: si bajan dos, tres, cuatro hasta doce con felicidad y al llegar al número doce se revienta la reata, entónces se va cada cual por su lado á avisar á nuestros amigos para que mañana en la noche esten reunidos en la Barranca y dadas las doce de la noche, si viene *el grillo*, me hará la señal que están reunidos sino viene, cualquiera me chifla recio; yo contesto con el puro encendido: entónces saliendo violentamente de la barranca emprenden el ataque para protejer mi salida. Si al llegar á los doce, el número trece, el catorce, el quince hasta el 20 se rompe la reata, en tal caso, al amanecer les daré parque y cuando yo chifle que será la hora en que les vence el sueño á los bandidos, se echan sobre ellos, que con cinco, ó los que tenga yo, nos abrimos paso y haber à como nos toca. ¿Quedan entendidos? Uno de Ustedes que repita la órden: tu Pancho, que eres el más tonto, dime lo que van á hacer, pues si tu entendiste, ya los demás lo sabrán bien.

El aludido repitió punto, por punto lo que se había indicado y con algunas aclaraciones y observacio-

nes más, quedó resuelto el plan de campaña. Ordenó por último que dejasen el parque en la torre, tanto para aligerar el peso, como para que los que arriba quedaban tuvieran el suficiente con que defenderse, si es que la desgracia hacía que no todos pudieran bajar. Además dispuso que conforme fueran llegando al suelo, bajaran á la barranca y allí acostados en el fondo y replegados á los bordes esperarán el resultado.

Designó uno á uno, quien debería bajar primero, eligiendo en primer término al más jóven ó al que tenía familia ó con más motivo para cuidar de su vida.

Cada hombre que bajaba era motivo de placer infinito para Sanchez porque en el caso desgraciado de que no todos pudieran salvarse, sería ménos el número de los sacrificados.

Quedaba con Sanchez, al último un soldado cuyos antecedentes no eran muy limpios, no porque fuese asesino, ladron ó plagiario; sino que alguna vez que se embriagó, armó camorra con otro y en buena lid, lo mató. Perseguido por la autoridad tuvo que andar por los cerros viviendo quien sabe cómo, con grandes trabajos y penalidades, hasta que habiendo formado Sanchez su guerrilla, se le presentó para pelear á su lado. Este indagó y supo la verdad; el muerto era de pésima conducta y al pelear con Roque, llamemos así al soldado, lo hizo sin razon y con ventaja, por lo que éste se vió obligado á defenderse y despues á huir, porque bien sabía que una vez en la carcel duraría años y más años para que al final de tanto sufrimiento se le dijera "no es Vd. culpable" "Vd. dispense."

Por eso Sanchez lo aceptó á su lado y siempre peleaba y cumplia con su deber como buen soldado.

Baja, Roque—dijo Sanchez.

—Nó, Don Martin—contestó éste—vea Vd. que soy muy panzón—en efecto el soldado era bastante grueso—conmigo sí se rompe el mecate y en tal caso Vd. queda aislado, miéntras que si con Vd. se rompe y quedo yo solo y muero, ya la debo y no haré más que pagarla. Con que baje Vd. y déjeme el último.

—Obedece y no repliques, ya sabes que me gusta mandar sin que se me hagan observaciones. Así pues baja ó te hago bajar.

—Sea por Dios—dijo Roque—y bajó.

Sanchez despues de un momento de espera, pues casi estaba seguro de que la reata se rompería con semejante fardo,—luego que oyó la señal del grillo, amarró el parque en una *frazada* y lo dejó caer para que la recogieran: fué à disparar su arma sobre el enemigo por última vez y emprendió el descenso.

Al llegar abajo tuvo que dar un salto pues faltaban como dos varas á la reata; pero allí estaba el grillo que lo recibió y le indicó el lugar por donde todos habían descendido á la barranca, habiendo recogido ántes el parque.

Ya en el fondo de dicha barranca, muy en silencio llamó á sus soldados, los contó uno á uno y contento y satisfecho porque nadie faltaba, les distribuyó por partes iguales el parque que quedaba.

Cualquiera otro en su lugar hubiera procurado escapar; pero Sanchez de carácter tenaz, emprendedor y valiente, conociendo lo que sus enemigos valían, quiso burlarse de ellos y seguro, sino de un éxito completo, si de hacerles algun daño se resolvió darles un buen susto. Pensó, con razón, que todos estarían ébrios y confiados, siéndole así bastante fàcil conseguir su propósito.

Dispuso por lo mismo que caminaran por toda la barranca para salir donde fuera más conveniente, y que en dos grupos se dirigieran á la plaza no disparando un solo tiro; sino cuando estuvieran en ella: que como no se trataba de luchar, sino de burlarse únicamente y hacerles comprender lo que él y su gente valían, ordenó que despues de dos ó tres tiros aprovechando a confusión y el desórden, cada quien se dispersara por donde pudiera, siendo el punto de reunión «El Puente de Ortíz.»

Como se lo había supuesto Sanchez, los plateados se encontraban algunos en un baile, otros paseaban abrazados cantando por las calles; pero todos bastantes ébrios é importándoles nada su enemigo á quien tenían bien seguro. Pero ¡cuan grande no sería su sorpresa al oír la voz de éste, muy conocida de ellos, que los desafiaba al combate y á quemaropa recibían los tiros de sus armas! En el primer momento reinó la mayor confusión y no sabían como explicarse la presencia de Sanchez en las calles y cada cual se dispersó en distintas direcciones; pero cuando se calmaron y se preparaban al ataque, ya aquel con los suyos tomaban la dirección que se habían propuesto.

El furor de los bandidos no tuvo límites cuando pasada la primera impresión y quedaron convencidos que se les había escapado su mortal enemigo: nada faltó para que llegaran á las manos, reprochándose mútuamente; y cada quien culpaba al otro, de su falta de previsión y descuido. Pero el mal estaba hecho y era preciso tomar uno venganza pronta y cruel, por lo mismo dispusieron los plateados marchar en su persecución inmediatamente.

Mas dada la situación en que se encontraban, no era

posible organizar la marcha conformándose los jefes con esperar á que viniera el dia.

Martin Sanchez, llegó con felicidad á Yecapixtla y fué recibido con positivas muestras de regocijo porque las noticias que habían llegado eran muy desfavorables y tristes.

Pero bien sabía que sus enemigos deberían estar molestos y habían de procurar vengar la afrenta y burla que les hizo, por lo que à gran prisa, reunió al vecindario para prepararse á la defensa. Los elementos con que contaba no eran bastantes, así es que mucho debiera contribuia al buen éxito de sus operaciones algo de la astucia que él sabia desplegar en casos apurados.

Mandó traer una viga gruesa que dividió en cuatro partes: á la extremidad de cada una de ellas, ató una cámara, las mandó colocar sobre la torre en dirección al camino, pero ántes fueron pintados los pedazos de viga de un color oscuro.

Cosa de las diez de la mañana mandó que un indígena fingiéndose viajero, fuera por todo el camino hasta encontrarse con los bandidos. Si estos, como era natural le preguntaban por Sanchez, les dijera que se encontraba en Yecapixtla y que le había llegado un refuerzo de hombres y cuatro piezas de artillería.

Media hora despues mandó á otro indígena con las mismas instrucciones. Entretanto ordenó que todos los vecinos de Yecapixtla estuviesen listos para subir á la torre y simular así que tenía muchos soldados de resfuerzo. El por su parte con la fuerza que tenía disponible, se preparó para atacar al enemigo frente á frente.

Dispuso una emboscada en la que era seguro debieran caer los plateados y que la derrota de estos se-

ría segura y completa; pero siempre contaba con la reserva situada en la única y estrecha entrada de la población para el caso de una retirada.

Por último dió órden que se cargaran las cámaras y que se dispararan al momento en que él saliera de la emboscada.

Los plateados avanzaron sobre Yecapixtla y en el camino tuvieron la noticia que el mismo Sanchez, como hemos dicho, les mandó comunicar con los indígenas, por eso venian con algunas precaucioues pero sin detenerse.

Ya cerca de la población mandaron unos exploradores á quienes por encargo de Sanchez no se les atacó, regresando estos á dar parte que efectivamente en la torre había bastante fuerza.

Como nada notaran los plateados que indicara que la garita estabares guardada, pues Sanchez había tenido cuidado de que sus soldados estuviesen escondidos observando por las claraboyas la llegada del enemigo, este creyó que no estaba cuidado aquel punto por haberse reconcentrado toda la fuerza en la torre. Los plateados dispusieron penetrar para que una vez adentro, se obrara segun las circunstancias. Avanzaron en efecto, pero ya cerca de doscientas varas, poco más ó ménos de la garita, salió Sanchez de la emboscada cargando bruscamente sobre aquellos al mismo tiempo que las cuatro cámaras fueron disparadas. Los bandidos que no entendían absolutamente de milicia, con el antecedente que tenían de que á Sanchez le había llegado resfuerzo de hombres y artillería, no tuvieron bastante sangre fría para resistir el empuje y sin que los jefes pudieran evitarlo, se dispersaron sin haberse batido.

Eso pasa con las chusmas que no tienen subordi-

nación; algunas veces pelean hasta con temeridad; pero otras pierden la moral de tal modo, que ningun jefe por caracterizado y valiente que sea, los puede hacer entrar al órden. Sanchez se concretó á no permitirles la entrada á Yecapixtla sin perseguirlos, por precaución y por no tener fuerza suficiente.

En la tarde de ese dia, algunos dispersos que llegaron al Rancho del Limon uno á otro se echaban en cara su falta de valor y alguno que había perdido el sombrero en la carrera, dijo que una bala de cañon se lo había llevado, álguien aseguró haber visto á un compañero suyo haber sido arrollado con todo y caballo por otra bala rasa; en fin, el miedo hizo forjar varios cuentos á cual más descabellados, refiriéndose todos á la formidable artillería de Chagollan.

CAPITULO XVIII.

FALLO INAPELABLE.

A la sazon que merodeaban los plateados por Jonacatepec, se encontraba de Jefe Político, en esa población un individuo llamado Márcos Reza. Obraba enteramente de acuerdo con los bandidos, pues miéntras estos hacían sus correrías por el Sur, Reza los perseguía por Oriente, negando escolta á los comerciantes, ó auxilio cuando se le pedía.

Anualmente se celebra una Féria ó Romería en el Pueblo de Tepaltzingo, (Distrito de Jonacatepec) el tercer Viérnes de Cuaresma.

El comercio se hace allí en grande escala. Segun cálculos aproximados no bastarían diez ó doce mil pesos para comprar las jícaras de Olinalá ó las garrochas que allí se llevan para su venta, siendo un real el valor de estas últimas y cuatro pesos el par, cuando, más, el de las primeras.

Géneros, sombreros poblanos galoneados, zarapes, y sobre todo, rebozos de Tenancingo, constituyen los

principales efectos de comercio, sin contar con los *puestos* de mercerías, machetes, frenos, sillas, espuelas, etc., etc.

Los comerciantes de Tenancingo que son los importadores de rebozos á la féria, acostumbran reunirse formando un grupo respetable para defenderse en caso dado. Casi nunca se les robaba; porque la autoridad de Jonacatepec los protejía poniendo escoltas en el camino; pero habiendo aparecido los plateados y protegidos por Reza fueron asaltados en el paraje llamado los "Potochillos," cerca de la Ranchería del Meco.

Diez y siete comerciantes murieron en el asalto, siendo despojados de todos los rebozos que llevaban.

Al dia siguiente que llegaron los cadáveres á Tepaltzingo fué grande la consternación del vecindario y comerciantes que concurrieron á la féria increpando todos al Jefe Político.

Pero la indignación no tuvo límites, cuando dos dias despues se formó una barraca de petates en la plaza donde públicamente se expendian los rebozos por cuenta de Meza, pues quien los vendía era un íntimo amigo suyo: y á tal grado llegós u cinismo, que la policía prohibía á los plateados vender allí rebozos para no perjudicarse en la venta de los que le habían tocado en el reparto y compraba à bajo precio á los ladrones para despues él venderlos por su cuenta.

Este hecho, como era natural, llegó á conocimiento de Sanchez, quien se indignó terriblemente y juró hacer un escarmiento, prometiéndose que Reza sería castigado como se castigaba á los bandidos.

Poco tiempo despues de este acontecimiento, dispuso Reza dar un paseo en la Capital, para disfrutar

del dinero que había reunido como cómplice de los plateados.

Martin Sanchez, se encontraba en Yecapixtla y contra el parecer de dos personas que hicieron el via je juntos con Reza, quiso pasar por dicha población pudiendo haberlo evitado tomando otro camino. Reza se alojó en una posada, mas no bien tuvo conocimiento Sanchez de que aquel se encontraba en Yecapixtla, se dirigió á verlo para invitarlo á comer.

El Jefe Político, se sorprendió bastante con la presencia de Sanchez; pero vista la pacífica actitud de éste que llegó solo y que la invitaba tan de buena voluntad, se tranquilizó aceptando el convite.

Tales fueron las muestras de afecto y de tan fina manera fué tratado Reza durante la comida, que ol vidó por completo sus temores y aun estaba seguro que aquel ignoraba todo.

Al concluir la comida y tomando café, se entabló un diálogo bastante original, que transcribo tal como pasó.

—Sanchez—¿Qué dice Jonacatepec, Don Márcos? ¿todavía andan por allá los malos?

—Reza—Nada Don Martin, sí, andan por allá algunos ladrones; pero yo los persigo tenazmente.

—Sanchez—Oiga? pues mire Vd. lo que son las cosas, aseguran que Vd. es *compadre* de los plateados ¿qué dice Vd?

—Reza—Mentira Don Martin, chismes de las gentes.

—Sanchez—Dicen que le participan á Vd. los plateados cuando roban algo ¿qué dice Vd?

—Reza—Mienten, Don Martin, todo es nulo.

—Sanchez—Se sabe que Vd. ayudó al robo de los Tenancingueños, y que por cuenta de Vd. se vendie-

ron los rebozos en la féria de Tepaltzingo ¿qué dice Usted?

—Reza—A qué gente, Don Martin! ¡qué gente! ¿Como había de ser eso cuando soy Jefe Poiítico?

—Sanchez—Pues por eso Don Márcos, por eso me llama la atención que sea Vd. ladrón y sinvergüenza.

Al decir estas últimas palabras, se le avalanzó y sin darle tiempo, le sujetó las manos para que no pudiera hacer uso de sus armas. Dos o tres soldados que ya estaban listos, se apresuraron á desarmar á Reza. Luego que éste quedó desarmado continuó Sanchez su interrumpido diálogo. "Siéntese Don Márcos, no se enoje, no tenga miedo, que tenemos mucho que hablar.

—Señor Don Martin—dijo indignado Reza—tenga Vd. presente que soy Jefe Político y ni Vd., ni nadie tiene derecho sobre mí.

—Bueno amigo, bueno—contestó Sanchez con mucha calma—pero con todo y eso, lo voy á fusilar hoy mismo ¿que dice Vd?

—Lo que digo, es que comete Vd. un atentado infame y no será Vd. quien se atreverá á tanto.

—¿Con que soy infame nó? pues mire Vd. Don Marcos, Vd. sí es infame y rete infame, porque está de acuerdo con los bandidos y Vd. pone los planes y ellos ejecutan. Y siendo Vd. autoridad ha cometido tanto crímen, que merecería Vd. no solo ser fusilado, sino frito, como querían hacer conmigo en Zacualpam los compañeros de Vd. Mire Vd. Don Márcos, voy á decirle todo lo que han hecho los plateados abusan do de la autoridad de Vd. Minuciosamente relató Sanchez á Reza todos los crímenes, que se habían cometido con su entero conocimiento y á ciencia y

paciencia de él y lo que este creía ignorado por todos, Sanchez lo sabía perfectamente. Por supuesto que á cada hecho que le relató, siempre usaba del estribillo ¿qué dice Vd?

Reza estaba pálido con los ojos bajos y comprendió, por la relación de los hechos, que su causa estaba perdida.

Por fin, despues de concluir la verídica y terrible acusación le dijo: "pues ya vé Vd. Don Márcos que tengo razon de fusilarlo ¿quiere Vd. confesarse? quiere escribir ó necesita de algo? pues hágalo, porque dentro de media hora tengo que cumplir con mi deber, lo siento, Don Márcos, pero solo Usted tiene la culpa.

Muchachos—llamó Sanchez, presentándose ocho ó diez hombres—Aquí se quedan cuidando á este amigo: voy á disponer las cosas porque tenemos que despacharlo al otro barrio. Si quiere escribir denle tinta, pluma y papel. Luego dirigiéndose á Reza agregó: "Ya vengo Don Marcos."

—Pero, Señor Don Martin.....

—Nada amigo—interrumpió éste—examine su conciencia y verá si tengo razon; y volteándole la espalda, salió sin querer oír más.

Reza quedó custodiado paseándose por la habitación. En aquellos momentos pasaba el individuo de Axhitlan, Macario Vargas, gran protector de Sanchez.

Creyó el prisionero que éste pudiera salvarlo y se dirigió á él solicitando que interpusiera su influencia con Chagollan en la seguridad de que así se salvaría.

Vargas oyó con calma la pretensión de Reza y así que éste concluyó de hablar, dijo Vargas, en tono cariñoso y en mal castellano: "padrecito, por tu culpa

han muerto muchos hombres honrados, varias familias se han quedado huerfanas y en la miseria:¡¡ ¿te acuerdas de esos diez y siete infelices de Tenancingo? venían á buscar su vida trabajando.

¡Ah, Don Márcos! si hubieras ayudado á Don Martin, no te verías como hoy te ves. Mucho pudiera hacer por tí, si fueras hombre bueno; pero siendo pícaro yo te mataría, si Chagollan te pusiera libre; porque tú eres más malo que todos los plateados juntos. Si quiera otros pelean; pero tú.....

No digo más..... tienes familia? dímelo, que haré lo que se pueda por ella. Si no tienes á quien hacerle falta, ponte bien con Dios y ruega porque se acaben los plateados que tanto mal nos hacen, lo único que puedo es cumplir con algun encargo.

Reza perdió toda esperanza.

Media hora despues, la fuerza de Sanchez conducía á Márcos Reza á las afueras de la población y cerca de un puente, camino de México, se cumplió con la órden.

Aun existe en el lugar una cruz de madera rodeada de piedras pequeñas, que segun es costumbre se aglomeran en cada cruz, porque algunas personas que transitan á pié depositan una piedra y siguen su camino.

Parece muy estraña la conducta de Sanchez, pero nunca se tuvo noticia que procediera con parcialidad ni con informes malos, siempre lo hacía cuando tenía el convencimiento íntimo y estaba seguro de obrar con rectitud y justicia. Es verdad que sus procedimientos no estaban arreglados á la ley; pero dadas las circunstancias era preciso hacerlo de ese modo pues era bien triste la situación de aquellos pueblos; sólo

así se podía contrarestar tanto mal como hacían los plateados.

En prueba de lo dicho, vamos á presentar á uno de tantos plateados.

Juan Meneses, llegó una mañana á Yautepec y se dirigió á una fonda en la calle principal: pidió que le sirvieran un almuerzo: estando sentado esperando, llegó tambien un arriero à desayunarse. El mozo sirvió primero á éste porque lo que solicitó estaba hecho y el almuerzo de Meneses demandaba algunos minutos.

Indignado bastante porque se había dado la preferencia al arriero y llamando al mozo le increpó con palabras duras y le insultó demasiado. El pobre mozo quiso satisfacer al bandido; pero éste sin oir las razones justas que se le daban disparó un balazo en la cabeza al serviente que cayó redondo; se dirigía ya al arriero para hacer otro tanto con él, pero pudo escaparse y no obstante Meneses disparó su arma sobre el arriero. Montó á caballo él bandido desató su reata y lazando al desgraciado mozo de los piés lo llevó arrastrando por toda la plazuela donde hoy existe el jardin, presenciando con horror varias personas el hecho sangriento y lo hacìa más repugnante, la calma del bandido que cantaba indiferente como si llevara la zado â algun animal ú objeto cualquiera.

Satisfecho el feroz asesino, quitó la reata dejando al mozo tirado en la mitad de la plazuela y muy tranquilamente emprendió su marcha para Cuautla.

En el camino, como una hora despues, encontró en el callejon de Cocoyoc á un carreton vacío guíado por un jornalero de la Hacienda. El caballo que montaba el bandido se asustó con el vehículo, por lo que le picó con las espuelas arremetiéndolo sobre las

mulas, por desgracia una de estas le dió una coz, entónces el bandido enfurecido, hechó mano al machete y dió varios machetazos en la cabeza à las mulas. El carretonero le reclamó con palabras suplicatorias, aquel acto; pero Meneses que no le gustaba que nadie le suplicara aunque fuera en tono cariñoso, sacó la pistola y dió un balazo al pobre hombre que ningun mal le había hecho. No contento con este crímen atroz casi muertas las mulas y el carretonero agonizando sobre el carro, se bajó del caballo reunió *Tlazole* (Zacate de caña) y varejones secos, aglomeró todo debajo del carrejon y le prendió fuego contemplando, con calma su bárbaro proceder. Satisfecho el bandido siguió su marcha para Cuautla. En la Huamuchilera cerca de Xochimilcaltzingo encontró á un individuo montado en una yegua y sin más motivo que por que cabalgaba en tal animal, después de burlarse de él, le disparó un tiro matando tambien á la yegua. No se ha podido averiguar el motivo que tenía para odiar á todo aquel que caminaba en yegua, pues no una sino varias veces, cometió el mismo crímen, por el mismo motivo.

Inmediatamente después y sin cuidar de que algun transeunte se ocupara de su víctima que agonizante quedó tirado en el camino, continuó su marcha.

En Cuautla, llegó á una fonda y pidió que se le sirviera la comida sin dar la menor muestra de inquietud por el crímen atroz que acaba de cometer.

Siempre que llegaba á una fonda dejaba su cabalgadura fuera, pues el caballo estaba tan perfectamente educado que ni se escapaba aunque le pegaran, ni dejaba que nadie sino sólo su amo se le acercase. Cuando Meneses llegaba; á alguna tienda penetraba à caballo no se tomaba la molestia de bajarse. Tenía

por costumbre silbar una sonatita de tierra caliente como *la petenera ó la iguana* y esto hizo al sentarse para comer, silbaba la *liebre* llevando el compás con los dedos dando golpecitos en la mesa y á poco tareaba *un corrido* miéntras le traían la comida. Servida ésta, comió con apetito y en la tarde emprendió su marcha para Jonacatepec.

Ya cerca de este punto y ántes de llegar, como á una legua se encuentra el pueblecillo de Amacuitlapilco (1) allí tenía Meneses una amasia por lo que se dirigió á la casa de ésta. Desgraciadamente encontró de visita á un compadre de la mujer.

—Qué hace éste hombre aquí—dijo señalando al aludido sin dignarse siquiera saludar.

Lo mujer que pertenecía á la clase ínfima le contestó:—pos de visita.

—Pues toma tu visita, la dijo, desenvainando su machete y le dió un fuerte machetazo en la cabeza. Se dirigia sobre el visitante; pero éste al desenvainar aquel su machete, se salió violentamente de la pieza. Meneses despues que buscó con la vista al compadre y no encontràndolo volvió nuevamente contra la mujer dándole más golpes hasta que satisfizo su brutal ferocidad.

Llamó á la criada que era una anciana del mismo pueblo para que le sirviera la cena. La pobre vieja,

---

(1) *Amacuitlapilco.*—Antiguamente se creía que esta palabra quería decir: "*papel manchado con suciedad*" por cuya razón los indígenas nacidos ó avecindados en ese pueblo si se les pregunta su orígen vecindad contestan "*soy de San Gabriel*" no obstante que últimamente se ha encontrado la verdadera etimología de la palabra que quiere decir "*cerca de los amates*". Se decía que la traducción primitiva venía del hecho de haber encontrado los españoles al llegar, en los suburvios del pueblo un papel sucio; pero esto puede asegurarse que no es cierto.

que habia presenciado la escena, se presentó temblando.

—Dame de cenar—le dijo el bandido.

—No hay mas que frijoles, señor amo, porque la carne se acabó.

—Se acabó la carne? pues trae un cuchillo y le cortas un pedazo á esa—señalando á la amasia—verás cómo hay carne.

La anciana salió para la cocina y de allí con gran dificultad, como pudo, se escapó por la ventana y se ocultó en la barranca aprovechándose de la oscuridad.

.....

Como este bandido que con intervalo de pocas horas en un mismo dia, cometió tan horrorosos crímenes, así era la generalidad de los plateados tan sanguinarios y crueles como Meneses.

No se crea que hay exageración en este relato; pues viven aún personas que conocieron á los plateados y saben lo que dejo asentado.

Por esto Sanchez era inexorable y duro en los castigos que imponia. Era preciso escarmentar de un modo severo á los bandidos. Al obrar de otra manera, con lenidad y consideraciones, hubiera sido ineficaz la persecución.

CAPITULO XIX.

Los plagios eran tan frecuentes, que las personas acomodadas no se atrevían á salir fuera de los grandes centros de población.

La *mercancía* andaba escasa, como decian los plagiarios.

Cuando á una partida de bandoleros no le era fácil cobrar el rescate de algún plagiado, porque tenian que ocuparse de varios asuntos, era muy frecuente tratar con otros bandidos, entregando á la desgraciada víctima como si se tratara de un efecto cualquiera.

El nuevo dueño, si encontraba comprador ganando algo en el negocio, lo traspasaba; de manera que el infeliz que al principio estaba cuotizado en quinientos pesos, en tanto cambio y traspaso, llegaba á valer cinco ó seis mil.

Como hemos dicho, había escaces en el género, lo cual dió motivo á que alguno más inteligente que los demás, se propusiera falsificar un rico.

Por los llanos de Apan vivia un sordo mudo de buena presencia, pero en la mayor miseria.

Juan G., jefe de plagiarios, lo hizo bañar, afeitar y cortar el pelo, le compró ropa interior bastante fina, y la exterior de paño. En la bolsa de la chaqueta le puso papeles de negocios y una cartera con apuntes im portantes de entrega y remisiones de dinero. Estos objetos habian pertenecido á otro plagiado.

El mudo estaba contentísimo al contemplarse tan elegante. En la misma hacienda donde vivia no lo reconocieron al verlo—con razón—porque la piocha y el bigote bien arreglados con el cosmético y su magnífico traje, le daban la apariencia de un rico hacendado.

El propietario de semejante mercancía, lo condujo á Chalco, donde se encontraba otra partida de bandidos. Allí dando algunos motivos lo propuso en traspaso al jefe. Se arreglaron en el precio más ó menos alto, y para dar valor al género, encontrando pronta salida, el propietario del falso rico decia al marchante:—Los papeles que lleva en la bolsa, indican que es hombre de provecho; pero es muy testarudo, se finge sordo-mudo, no quiere hablar para no compro meterse; pero tú sabras *compa* como te arreglas.

—Pierde cuidado, Juan,—contestó el bandido—conmigo no hay cuentos. Ya verás cómo lo hago soltar la ponzoña.

Juan reia interiormente del chasco que estaba dando á su colega y no se habló más, recibiendo ántes de marcharse á sus madrigueras el precio de la venta, y el pobre mudo quedó á disposición del comprador.

Pasada media hora, se hizo comparecer al plagiado á presencia de su propietario. Despues de indagaciones y preguntas groseras que el mudo contestaba con gesticulaciones, nada sacaba en claro el bandido. El infeliz idiota fué sujetado al tormento á fin de obligarlo

á que firmara cartas llamando á sus deudos para que lo rescataran.

Pero ¿á quién había de dirigirse, si en este mundo era planta parásita? Lloraba y nada más, sin poderse explicar el motivo de semejante crueldad, y cuando despues de recibir azotes en sus desnudas espaldas le dirigian la palabra, el desgraciado hubiera querido reventar, porque no sabía qué le decian. La mayor ansiedad se revelaba en su semblante, eso era todo. ¿Qué pensaría en su interior este infeliz, víctima del más cruel engaño en mala hora, inventado por semejantes salvajes?

Una parte de estos bandidos que estaban á las órdenes de Salomé Placencia, llegó á Juchitepec para combinar con otras partidas un plan que debiera ponerse en ejecución. Por tal motivo fueron llamados los que estaban en Chalco, incorporándose á aquellos en determinado dia.

Catarino,—que así se llamaba el jefe de Chalco,—emprendió su marcha; pero llevando consigo á su mudo, con el fin de engañar al que estaba en Juchitepec, proponiéndoselo en venta y no perder su dinero ni su trabajo, ya que no le era posible sacar de él utilidad alguna.

En el pueblo que se ha hecho referencia, se encontró con sus compañeros de armas, y para no dar motivo que maliciaran, inquiriendo el deseo que tenía para desapoderarse del rico falsificado, con bastante indiferencia le dice á su ayudante, despues de saludar al jefe amigo. "Manuel, cuida bien á nuestro hombre, que le dén ahora de comer lo mejor que se pueda, que ya mañana veremos. Que traigan mientras sus papeles para ver que contienen, los leeremos despacio; tiempo tenemos."

El jefe de Juchitepec, dirigió una mirada al mudo que aun permanecía à caballo.

—Donde conseguiste ese bocado *Cata?*—preguntó á su amigo.

—Fué una casualidad, vale, supongo que debe ser bastante rico, porque su ropa es muy fina, y sus papeles, que à la ligera ví, son importantes. Es un negocito que dejará quince ó veinte mil pesos, lo ménos. Nada más que el condenado se hace mudo, y por eso no he podido averiguar á quien puedo dirigirme para sacar la plata. No he tenido tiempo para obligarlo à que hable. Además, si como ordena Salomé, tengo que hacer una correría inmediata y violentamente, no sé como componerme para arreglar el asunto.

—Pues si quieres *compa*, véndeme al amigo, que yo me quedo con él aquí algun tiempo de guarnición, y puedo hacer mucho de provecho.

No dió á conocer Catarino el deseo que tenía de desprenderse del mudo, antes bien manifestó, pocas intenciones de hacer la venta.

Tanto insistió su amigo,—más aun cuando examinaron la cartera, que Catarino fingió dar una prueba de cariño al compañero y se resolvió endosar al plagiado.

Por fin, despues de un largo altercado sobre el precio, convinieron en la suma.

Ricibió el vendedor su dinero y el mudo, tuvo un nuevo dueño, màs feroz y de alma más endurecida que Catarino.

Los tormentos por consiguiente fueron más crueles.

El pobre falso rico veía con horror preparar à su presencia los instrumentos del suplicio. Espantado sin poderse explicar el por qué de tanta iniquidad. Se

retorcía las manos, á sus señas imploraba perdon; pero sin poderse dar á entender. Sus verdugos reían solamente.

Unas veces atándole los dedos pulgares colocaban entre uno y otro dedo un cordel y lo izaban suspendiéndolo de una viga. Otras, colgándolo de los piés cabeza abajo, lo hacían aspirar humo de chile, inventando un nuevo tormento á medida que el plagiado se resistía á entregar el dinero.

Desesperados y aburridos los bandidos con un rico tan testarudo, le arrancaron las uñas de los dedos de las manos con intervalo de quince ó treinta minutos.

¿De dónde había de sacar dinero aquel desgraciado, si jamás lo había conocido?

El plateado nuevo dueño, recibió órden de incorporarse en Yecapixtla con una partida de Silvestre Rojas; por cuyo motivo de Juchitepec emprendió su marcha, cargando por su puesto con su mercancía. Allí se repitió la misma comedia y se trató también de una nueva compra venta.

El plagiado cambió de verdugo y nuevos tormentos le fueron igualmente aplicados, sin que conmovieran sus lágrimas y sus gritos de angustia y desesperación. Se arrodillaba, juntaba las manos en señal de súplica, y esto que debiera ablandar el corazón más empedernido, desesperaba más y mas á aquellos malvados: una bofetada ó un golpe eran la respuesta que el infeliz recibía. ¿Qué crímen, qué pecado había cometido el pobre hombre que así se le castigaba?

Si le daban de comer alguna cosa, era sin sal, muy picante y corrompida; y sin embargo aquel desgraciado comía, en fuerza del hambre que sufría. Poca ó nada de agua al dia y cuando se le ministraba, era tambien de la más mala que se encontraba.

Flaco, extenuado, sin fuerzas para caminar de Yecapixtla, lo conducían para Jantetelco pero en ese estado no pudo y cayó para no levantarse nunca. Los puntapiés que le dieron no sirvieron para darle vigor sino para mayor martirio. Por último, echándole una reata al cuello lo arrastraron, dejándolo moribundo, abandonado, sin auxilio á la intemperie, bajo el sol abrasador de aquella zona.

Al dia siguiente, un viajero lo encontró en el "*Puente del Negro*" todo desfigurado y comido por los zopilotes. ¡Cuánta pena! cuánta angustia, cuánto sufrimiento no tendría aquella víctima en sus últimos momentos de agonía. Nació mudo y sordo, sin goces, con aflicciones, comiendo el pan de la caridad; los placeres le fueron desconocidos, siempre sufriendo. Murió sin darse cuenta de su desgracia!

¡Mártir inocente; si es verdad que hay un cielo para los bienaventurados, allí debe estar el alma de ese infeliz ser que no cometió más crímen ni pecado en este mundo que el haber nacido idiota y sin dinero!

CAPITULO XX.

UN PREMIO MERECIDO.

No debemos levantar más, por ahora la cortina que cubre tanta iniquidad.

Dá pena consignar hechos altamente indignos para un pueblo que ni por su orígen, ni por sus antecedentes y benévola índole debieran haber existido. Existieron sin embargo esos nefándos acontecimientos pero en nada mengua la bien sentada reputación de nuestra Patria. Hechos quizá peores se registran en la historia de otras Naciones. La página negra de la muestra, se borra con tantas y tan gloriosas; que podemos decir con orgullo, «es un punto oscuro, insignificante, impreceptible en el cielo hermoso de México.»

Callemos por tanto y sigamos con nuestro cuentecillo.

El Rancho de Don Martin Sedeño, era por lo re-

gular el cuartel general de los plateados, Don Protasio Rubí de malos instintos, pronto congenió con los bandidos. Como los bienes que á su cuidado estaban no eran suyos, gastaba á manos llenas, prodigando toda clase de atenciones á costillas de su poderdante. Si les daba cien pesos, recogía un recibo de quinientos pesos ó mil, de modo que entre éste y aquellos hacían caminar á gran prisa y al abismo los bienes de Sedeño.

Grandes partidas de ganados caballar y vacuno salían del rancho remitidas por Don Protasio consignadas generalmente á Tochimilco y Huaquechula del Estado de Puebla, para ser realizadas á bajo precio; pero de estas ventas no daba cuenta, guardándose siempre el dinero.....

Parece increible que entre cierta clase de gentes, se encuentren algunos, y quizá sea la generalidad que cuando se declaran amigos y prometen ser fieles, saben cumplir sus deberes de caballeros, y lo hacen con más religiosidad, que algunos que se precian de ser cumplidos y leales.

Esto pasaba con Don Martin, tres bandidos de la peor ralea, por consecuencia respetados de los demás, á quienes Sedeño les había hecho desinteresadamente algunos favores, cuidaban de su casa y no permitían que álguien lo ultrajara. Por esa razon Sara había permanecido tranquila, pues aquellos amigos que entre los plateados tenía Don Martin defendían su habitación. No pasaba lo mismo con el rancho porque allí, Don Protasio los cobijaba y protejia.

Enrique entretanto, en México con su padre.

Despues de algunos dias de permanancia en la Capital, pidió ser examinado para no perder el año. Los muy buenos antecedentes del jóven, el cariño que sus

maestros le profesaban, porque le conocían dedicado al estudio y sobre todo el motivo que le obligó á separarse haciendo un repentino viaje, nada ménos que en los momentos que debiera examinarse, allanaron las dificultades de reglamento y con gran beneplácito por parte de su padre, profesores y amigos, fué aprobado por unanimidad. El éxito feliz obtenido por Enrique, las sinceras felicitaciones, los plácemes á D. Martin, testigo presencial del adelanto de su hijo, reanimaron su abatido espíritu.

Ya iba más animado á pié, al paseo de Bucareli, á la Alameda y á los portales.

El jóven no cabía en sí de gozo y en las cartas á Sara, que menudeaban dia con dia, así se lo comunicaba.

La jóven también contentísima con las noticias sobre el estado de salud del Sr. Sedeño, encargaba constantemente á Enrique con cariñosas frases, que procurara continuar la obra comenzada, En una de sus últimas misivas decía á su primo: "*Quiero tener aquí á mi viejecito. Ya tengo hambre de verlo. ¡Estará tan gordito, que tengo deseos de abrazarlo, besarlo y hacerle muchas caricias. Mándamelo y tú quédate estudiando pues así lo quiere.*—SARA.

Esta carta por un involuntario descuido quedó sobre el bufete, y Don Martin, aunque jamás leía papel alguno de Enrique, como al pasar la vista muy ligeramente, leyó su nombre y vió la firma de Sara, quizo complacerse con la lectura de cariñosas frases á no dudar tendría la carta escrita por su niña consentida. Con notable fruicción leyó D. Martin lo que se le presentaba á la vista. Seguramente eso le hizo mucho bien, pues comió perfectamente, estuvo muy contento y aun propuso á Enrique ir en la tarde al teatro,

cosa que ni siquiera había intentado hasta entónces.

En la noche despues de la cena dijo á su hijo: «Si «vieras Enrique, que me siento ya bastante fuerte y «por lo mismo con deseos de dar una vuelta por casa? «Mi hijita estará triste pues tan sola pasa la vida: «quiero ir para que me vea y no esté afligida por mi «enfermedad.»

—Pero, padre ¿por qué no espera Vd que vayamos juntos? así el recuerdo de nuestras desgracias será ménos pesado.

—Enrique—contestó D. Martin, en vano pasarán años y más años, la sangre que vierte mi herida nunca se restañará. Así es que no hablemos más, me voy; porque mi Sara me espera.

—Está, bien padre mío. Vd. le quiero, dispongamos la marcha.....

A los tres dias despues, Don Martin salia por la diligencia camino de Cuautla para llegar á Yecapixtla, donde lo esperaban los mozos con gran contento de Sara á quien se le había comunicado el regreso de Sedeño.....

Este Señor llegó de México bastante aliviado y hasta contento á su casa; pero visitó el panteon donde reposaban los restos de su querida esposa y se avivaron sus recuerdos, se abrieron las cicatrizadas heridas de su alma y cayó nuevamente en el mayor abatimiento.

Los pronósticos de Enrique se estaban realizando por desgracia.

Achacoso, enfermo, sin energía ni inteligencia para despachar y atender debidamente sus negocios, ni revisaba casi las cuentas que le mandaba Don Protasio. Este por lo mismo lo robaba impunemente.

Fray Narciso, era el cajero y corresponsal de su

hermano, situàndole sus fondos en México, pero de paso, algo quedaba á su paternidad; sin embargo esto no satisfacía à la desmedida ambición del fraile. " No es justo,—se decía interiormente, que uno solo " sea quien se aproveche: yo he puesto á Protasio don- " de haga su Agosto, es preciso por tanto dividir co- " mo buenos hermanos las utilidades que se tengan." Una última remesa de dos mil pesos que hizo Don Protasio, aumentó la avaricia del domínico, por lo que se propuso tener una sería explicación con su hermano.

Cambió el dinero por libranzas y un día despues, salió rumbo al rancho tocando primero el pueblo de Tlayacac, donde tenía un negocio, para seguir despues su camino por la Piedra cantora.

Por delante del caballo del Reverendo caminaba un *Tlayacanqui.*—Así llaman al indígena de á pié que acompaña al cura párroco cuando sale fuera de su domicilio.

Como de costumbre, el pedestre con la *sotana* de aquel al hombro, con su repuesto de tortillas en una servilleta atada á la cintura—porque tambien es uso que ese acompañante se alimente por su cuenta en la semana que le toca de servicio—jadeante con paso à trote cochinero, caminaba nuestro topile precediendo al domínico.

Frente al cerro llamado *Cuapixco*, dos individuos de á caballo marcaron *el alto* á Fray Narciso.

El Reverendo Padre que con el *santoleo* llevaba aparejada una pistola americana, al oir el *alto ahí*, echó mano á su arma, y no hemos podido averiguar si le dieron valor algunas copas de mezcal que en el pueblo próximo se había engullido ó porque en realidad quiso dar una prueba de valentía; es el caso que

á *quemarropa* disparó sobre el primero que le arremetió el caballo.

El mal pulso, la embriaguez ó el miedo, no le dieron buena dirección á la bala. El bandido al notar la intención del cura, arrendó para un lado su caballo y no fué tocado. El compañero desató su reata y le echó una lazada al bravo viajero. Más feliz el asaltante dió con su paternidad, lazándolo del pescuezo y con todo y crucifijo, santoleo y demás camándulas, lo sacó de la silla, conduciéndolo de esa manera *tan política* á presencia de su jefe *el viejo Romero*, (1) que desde la altura veía con agrado, esa travesura de los muchachos.

Cerro arriba arrastrado el fraile, sólo llegó al frente de Romero algo informe, costal de huesos, ó cosa parecida, á quien se le conoció en vida con el nombre de Fray Narciso de la Purísima Concepción y de la órden de Predicadores.

Como responsorio ó salmo de difuntos, se le tributó la risa y rechifla de los *amigos queridos* tanto de él como de Don Protasio, su hermano.

—Qué bien jala el mapano, dijo un pinto que fungía de clarin de órdenes dirigiéndose al conductor de su paternidad.

—Si *chema* (José María) como que es de la caballada de Don Martin Sedeño, contestó el aludido.

—Véamos qué trae este *valedor* en las bolsas—dijo otro seminegro. Y uniendo la acción á la palabra, bajó del caballo. Al reconocer al cadáver exclamó: ¡¡¡Lolo, (Dolores) que bien la hicistel!! ¡¡Si es el padrecito de Cuautla!!! ¡¡Como que era de los nues-

(1) A este bandido lo mandó fusilar Julian Rodriguez, jefe de la infantería de Cuautla en el Puente de Calicanto cerca de Casasano, camino para la Hacienda de Calderon.

»tros; pues aunque le costara algun dinero, nos man»daba buenas noticias. Ayer nada ménos cayó en la »trampa Don Martin por *una cama* que le pusimos »aconsejados por el cura.»

—Qué quieres Vences; (Wenceslao) si no ando listo, me almuerza, contestó el bandido.

—Qué papeles son estos?—preguntó el que registraba.

—Veremos—dijo el otro que intervino en aquel momento—llamándose Rosario y que la echaba de inteligente—¡Ah! son libranzas de la Hacienda de Santa Inés á favor de Don Protasio Rubí.

—Bueno, ¿y qué hacemos con ésto? interrogó el primero.

—Nada—dijo Rosario—llevamos las libranzas al rancho donde está Rubí, le obligamos á que nos mande traer el dinero y si nó afloja, lo campaneamos de un *cauzahuate.* ¿Les parece?

—Pero *Challo* (Rosario) ¿cómo hacemos eso si es nuestro amigo ese Don Rubin?—replicó el pinto.

—¿Y qué?—contestó Rosario—el dinero es uno y la amistad es otra cosa.

—Vamos muchachos, á caballo, ordenó el jefe.

Al instante todos se pusieron en marcha rumbo á Jalcxtoc, abandonando al Domínico que fué visitado en el dia por las aves de rapiña y en la noche por algunos coyotes.

El guía del Cura que pudo escapar, dió aviso en Cuautla de lo que pasó á su Paternidad, y al dia siguiente muy temprano, varios feligreses cargaron con el párroco, conduciéndolo al curato para hacerle la honra de sepultarlo.

Muy pronto tuvo noticia Don Protasio que su hermano había muerto. En el acto mandó ensillar el

único buen caballo que en el rancho quedaba, y que los plateados habían respetado por las condescendencias y complicidad que aquel tenía con ellos.

No era tanto el cariño, que Don Protasio tuviera á su hermano, el motivo de su viaje violento á Cuautla; sino para averiguar si había recibido el dinero que le remitió y recogido las libranzas—segun sus instrucciones—el paradero de ellas, y apoderarse de cuanto el fraile hubiese dejado.

Al llegar á Cuautla, averiguó, que se le expidieron las letras de cambio y que muy probablemente las llevaba consigo, cuando fué asesinado, quedando dichos giros en poder de los plateados.

Fray Narciso, estaba de cuerpo presente en la Iglesia, así es que Don Protasio pudo registrar todas las piezas del Curato. Abrió baúles, cómodas, roperos, con el fin de apoderarse de los objetos de valor que su hermano tuviese. Con grande actividad desocupó todas las habitaciones y en una sola depositó cuanto existía y había pertenecido á Fray Narciso, guardándose la llave.

Sin descansar, pues se trataba de un asunto grave, dispuso su marcha para la Capital de la República, sin más objeto que evitar que álguien se presentase á cobrar las libranzas. Ningun caso hizo, ni órden alguna dió, para la inhumación del cadáver de su hermano.

Segun se expresó, el motivo que tenía para separarse, era, porque el pesar embargaba sus facultades. Por lo cual dejaba á la devoción de los fieles, cumplir con una de las obras de misericordia.

Como ya el cadáver se empezaba á descomponer, se dispuso el entierro, acompañándolo al panteon dos ó tres viejas solamente, que eran protegidas por el fraile, y unos cuantos *chicos*;—pero éstos, no por cariño, sino que por los muchachos á todas partes van.

CAPITULO XXI.

LLUEVEN DESGRACIAS.

Fray Narciso, preparó muchas veces, algunos *golpes*, que los plateados ponían en ejecución.

El último, y al cual hicieron éstos referencia al ser registrado el fraile en Cuapixco, fué el siguiente: no conforme con lo que Don Protasio se había robado ya de su principal, acordaron entre él y su hermano suprimir á Don Martin de la lista de los vivos. Al efecto habló con algunos plateados Don Protasio, haciéndoles comprender que Sedeño tenía en su casa gran cantidad de dinero, instigándolos para que lo plagiaran. Era natural que no teniendo Don Martin con qué pagar su rescate, pues no era más que una falsedad el asegurar que tenia dinero, los plagiarios lo matarian, quedando así satisfechos sus deseos sin que tuvieran ambos hermanos responsabilidad alguna ni trabajo de ningun género.

Acordaron hacer salir á Sedeño fuera del pueblo donde era estimado; y para conseguirlo, convinieron

en hacerle llegar una carta como escrita por Enrique, solicitando su presencia.

Comprendían perfectamente que al recibirla Don Martin ocurriría presuroso al llamado de su hijo.

Don Protasio proporcionó á su hermano unas cartas de Enrique para que le sirvieran de modelo.

Fray Narciso, buen pendolista imitó perfectamente la letra del jóven, escribiendo una carta en que llamaba à su padre, anunciándole que se encontraba enfermo y no tenía quién lo atendiera y cuidara.

Como era de esperarse, la carta surtió sus efectos; por lo que Sara, que tuvo conocimiento de la misiva, instó vivamente á Don Martin para que al dia siguiente marchara á México à cuidar de Enrique.

Se comunicó á Don Protasio la resolución que se había tomado, quien á su vez la dió á conocer á los plagiarios, para que llevaran adelante su propósito.

Despues de cuatro leguas, rumbo á México y cerca del puente de Ortiz fué asaltado y plagiado Don Martin, sin que hubiera puesto resistencia alguna.

Como era costumbre en esos casos los dos criados que llevaba fueron tambien secuestrados, para impe pedir que de pronto se supiera el rumbo que llevaban los bandidos.

El Señor Sedeño, al caer en manos de éstos, conociendo los sufrimientos y martirios à que sujetaban á los plagiados, se encomendó á Dios, porque carecía de dinero para pagar su rescate y además no tenía persona á propósito más que á la jóven para que gestionara su libertad; por consiguiente, su muerte sería inevitable con los tormentos que le debían aplicar para que diera lo que no tenía.

Despues del plagio, para desorientarlo, fué traído y llevado con los ojos vendados por barrancas y ve-

ricuetos hasta los cerros de San Miguel Ixtilco instalándolo en una cueva que existe entre *Cerro Prieto y La Piedra desbarrancada.*

Dos dias y dos noches se pasaron sin esperanzas de salvación; mas al tercer dia temprano se le acercó uno de sus guardianes y le dijo: "Don Martin pue-
" de Vd. quitarse la venda: el jefe nos manda llamar
" y ordena que sea Vd. puesto en libertad. Salga pa-
" ra afuera y aquí lo dejamos para que coja el camino
" que quiera y vaya como pueda."

Y sin esperar respuesta, ni dar explicación alguna, dió media vuelta, montó á caballo, pues ya habían llegado á la boca de la Cueva, donde dejó á Sedeño á quien conducia de la mano.

Don Martin, se quitó con dificultad la bolsa ó capirote de cuero que los bandidos le habían puesto en la cabeza. Al principio no pudo ver y por un momento quedó aturdido; más aún, por lo raro de su situación porque no comprendía qué significaba aquel procedimiento tan inusitado, ni á quién ó cómo debía su libertad, pero al fin encontrándose solo y conocedor del terreno se orientó dirigiéndose á Tenextepango.

Expliquemos á qué circunstancia debió ser puesto en libertad.

De aquellos tres plateados que se propusieron proteger á Don Martin, uno de ellos se separó de la partida de Silvestre Rojas para incorporarse á la de Salomé Placencia en Yautepec. Su valor, inteligencia y dotes mil, necesarias entre aquella gente para ser considerados como *buenos*, muy pronto le dieron un lugar distinguido y el aprecio y confianza de su jefe.

Al ser plagiado Don Martin, uno de los que habian quedado por el rumbo de Jonacatepec, aunque

pudiera haber hecho algo en favor del plagiado no era lo bastante, porque no tenía gran influencia; por lo mismo, luego que supo lo del plagio, á prisa se dirigió á Tololapan donde sabía se encontraba aquel de los amigos de Sedeño, con el fin de darle aviso de lo ocurrido y acordar con él, lo que fuese necesario hacer en su beneficio.

Gabriel *el ranchero*, que así se llamaba el bandido, se decia ó tal vez lo era en realidad ahijado de Don Martin, sin que éste recordara tal circunstancia; pero este motivo con los favores infinitos que había recibido de su padrino, lo tenían altamente obligado.

Luego que supo la desgracia de Sedeño convino con su camarada en que era preciso salvarlo aunque para conseguirlo, fuera indispensable hacer un zafarrancho con sus compañeros; pero ántes quiso poner otros medios que él consideró eficaces.

Habló con Placencia, solicitando que interpusiera su influencia y que escribiera á Silvestre Rojas para que mandara poner en libertad á Don Martin. *O voy y lo quito*—dijo el ranchero á Placencia—*aunque para conseguirlo tenga yo que andar á machetazos.*

Gabriel era tenido en grande estima por su jefe. Era de todas sus confianzas y más de una vez lo había salvado de caer en manos de sus enemigos, haciendo rasgos de infinito valor y audacia; así es que al solicitar la recomendación de su jefe para Rojas, fué atendido inmediatamente, pues lo conocía y sabía que era muy capaz de hacer una diablura, cosa que no era conveniente al plan de campaña y buenas relaciones que debieran existir entre ámbos jefes. Escribió Salomé á su amigo y compañero diciéndole entre otras frases, muy común entre ellos: «*pues yo me intereso por él como si fuese mi padre, y Gabriel el*

hombre de mis confianzas, á quien tú conoces, también lo quiere y desea la libertad de Don Martin Sedeño. Supongo que ni yo, ni Gabriel, quedaremos desairados.

Tu amigo.—SALOMÉ.

Personalmente llevó Gabriel la recomendación.

Silvestre Rojas al recibir la carta de su compañero, no hizo más que un gesto; pero lo mandaba Salomé y apoyaba la pretensión Gabriel, que no hubo más que acceder á los deseos de ámbos; tanto más que este en pié, esperaba la respuesta y tan resuelta era su actitud, que Silvestre, cosa rara, tuvo miedo y recelo de que su cofrade hiciera una de las suyas.....

.....

Rojas, dió sus órdenes para que Don Martin fuese puesto en libertad.

Este llegó con dificultad y á pié á Tenextepango, pero siendo tan apreciado y conocido, en el acto fué recibido en la primera casa que pidió alojamiento. Grandes instancias se le hicieron para que permaneciera dos ó tres dias; pero insistió en querer llegar cuanto ántes á su casa para presentarse sano y salvo ante la inconsolable Sara y se le permitió continuar su camino proporcionándole caballo y mozo.

Sara, que en este mismo dia supo el plagio de Don Martin, puso en juego todos los elementos de que podía disponer, pero fueron casi inútiles pues como se ha visto, Don Martin ya no estaba en poder de los plateados.

Al llegar Sedeño al rancho, solo una vieja sirvienta que había quedado, salió á recibirlo. La primera pregunta que hizo al bajarse del caballo, fué ¿Y D. Protasio?

—Se marchó para Cuautla á ver á Fray Narciso,—

que segun se dice—lo han matado, contestó la interrogada.

—¡Pobre, Don Protasio!

—¡Infeliz sacerdote!—exclamó Don Martin.

Pidió algo que comer, y la vieja le confeccionó lo que pudo, para que satisfaciera el hambre, por las privaciones tenidas en tan pocos dias. ¡Ni un cubierto! ¡ni un pedazo de pan siquiera! Todo su almacen de víveres lo habían agotado entre Don Protasio y los bandidos.

Despues de comer despachó al mozo que lo había acompañado. Al darle las gracias por sus servicios, no podia ni hablar, tenía vergüenza por no serle posible darle ni la más pequeña propina, cuando jamás había dejado de hacerlo.

Pasó á su despacho y lo encontró cerrado, porque Don Protasio se había llevado la llave. ¡Sea por Dios! fué lo único que dijo.

Mandó llamar al caporal del rancho para saber cómo se encontraban sus negocios.

El Caporal, viejo tambien, vestido con un traje de gamuza que denunciaba luego los años de uso, se presentó á su amo, con los ojos bajos, enfermo, encorvado por los sufrimientos y la edad.

—Mi amo!—dijo al ver á Don Martin—me ha mandado llamar *su mercé:* la *verdá* no quería venir: ¿qué quiere Vd? tenía vergüenza y pena de verlo, porque ya no hay ganado, Señor amo: todo se lo han llevado esas gentes. Yo tampoco tengo hijos: al mayor lo mataron por defender á su hermana á quien arrastraron dándole muerte de esa manera: mi hijo Juan se fué con Don Martin Chagollan para vengar á sus hermanos: solo me queda Liborio mi nietito y este machete para matar plateados si Dios me dá

fuerzas y salú. Bastante conmovido se llevó á los ojos el dorso de la mano para enjugarse una lágrima.

—Mi buen Crisanto—contestó Don Martin abrazándolo—no tengas pena; corremos parejas, hijo; ¡que todo sea por Dios! pero ¿no tendré ni un mal caballo en que seguir mi marcha para Jonacatepec?

—Nada, mi amo, había uno bueno que ignoro por qué no se lo han robado; pero ese se lo llevó Don Protasio para Cuautla.

—¿Y cómo me voy ahora, Crisanto?

—Si su mercé quiere—contestó éste—tengo un burrito que es la única bestia que me han dejado; es muy manso, ligerito y tiene buen paso.

—Pero es cierto que nada queda aquí? que todo lo han acabado? que soy pobre?

—Pues como se lo he dicho Señor, si quedan algunas reses, serán de las mostrencas.

—Sea en amor de Dios—dijo el Sr. Sedeño—traeme el burro que siempre es algo, siquiera para no ir á pié.

Caballero en asno, cual otro Jesus Nazareno hacía su entrada triunfal despues de las cinco de la tarde en Jonacatepec. En aquel momento unos muchachos ensayaban *un paso* de la pasión de Cristo que debiera ponerse en escena durante la próxima Semana Santa; de manera que Don Martin completó el cuadro. Nadie lo acompañaba, solo un perrillo flaco que con él se vino del rancho.

En Jonacatepec fué objeto de grandes atenciones y cuidados, se le proporcionó todo lo necesario y no se le permitió continuar la marcha para su casa, por estar muy cansado; sólo si se mandó avisar á Jantetelco para calmar la inquietud de la familia.

CAPITULO XXII.

GOLPE DE MUERTE.

Sara algunos dias ántes de este último acontecimiento, había escrito á Enrique suplicándole viniese á disponer la marcha de toda la familia para México, pues la situación era muy difícil con los plateados, y además la enfermedad de su padre tomaba creces dia á dia.

El jóven recibió la carta, y como lo indicaba su prima, arregló su viaje, llegando á Cuautla el dia siguiente al en que Don Martin fué puesto en libertad. Allí supo el plagio de su padre, pero tambien se le hizo saber que había sido puesto en libertad. La persona que le daba tal noticia, le aseguró que lo había visto la tarde anterior en el »Portal de Gonzalez» en Jonacatepec y aun le oyó referir que lo dejaron libre sin haber dado rescate alguno y sin saber cómo ni por qué motivo. En Cuautla supo tambien lo sucedido á Fray Narciso y que Don Protasio había salido violentamente para México.

Mucho extrañó la resolución de Rubí, y diversas fueron las conjeturas que hizo, conformándose con esperar que los dias explicaran mejor los acontecimientos.

Se tranquilizó bastante al saber que su padre estaba en libertad; sin embargo, consiguió caballos para emprender la marcha al siguiente día á la madrugada.

En Jonacatepec, encontró dodavía á Don Martin, porque sus amigos no lo dejaron marchar hasta no tener seguridad de que no sufriría plagio y que estuviera más tiempo, descansando de las fatigas que había tenido.

Grande fué la alegría de ámbos al verse y despues de las espansiones de costumbre se pusieron á platicar largamente sobre todo lo sucedido. Comentaron, aun que siempre con reservas, la conducta de Don Protasio y por último, Don Martin puso al tanto á su hijo, del estado de sus negocios y de la perspectiva desgraciada que se les presentaba.

—No hay que afligirse, padre mío—dijo Enrique—jóven soy y fuerte para trabajar, lo que importa es que Vd. no se enferme: veremos despues la manera de pasar la vida; por ahora tranquilícese Vd., descanse para que se recupere y podamos marchar á la Capital.

Siguieron hablando sobre diversos asuntos; pero teniendo cuidado de mandar un aviso á Sara, que Enrique iría luego á Jantetelco.

A las seis de la tarde, el jóven dispuso separarse de Jonacatepec. Al pasar por la Hacienda de Santa Clara, se le incorporó el administrador que era su amigo, platicando ambos cosa de una hora, sobre el tema que era general entre todos en aquella época.

Ya en camino y solo, dejó sueltas las riendas de su caballo y se entregó á sérias y tristes reflecciones. Lucha terrible sostenía en aquel momento su noble corazon y aunque la energía de su carácter levantaba su espíritu, decaía su ánimo abatido por tanta desgracia y contrariedad. De una parte la pobreza á que lo había reducido la mala fé de Don Protasio, de la otra la enfermedad de su padre y por último las iniquidades que los plateados estaban cometiendo y la penosísima situación en que se encontraban todos los que vivían en aquellos pueblos; no teniendo solución que dar á todo cuanto le abrumaba.

Como una milla ántes de llegar á Jantetelco lo sacó de su abstracción la voz de su fiel mozo Macario que le dijo: *Señor amo, mire Vd.; hay una quemazon en el pueblo.* Sofrenó su caballo, se fijó y conocedor del terreno, calculó, que si no era su casa la que ardía era muy cerca de ella el siniestro.

No esperó más, picó espuelas á su caballo y poco tiempo despues, se encontraba frente á su casa.

¡Horror! un lado ardía algo aún, pues un grupo de vecinos se había esforzado cuanto era posible, para sofocar las llamas. Los gritos que daban pidiendo agua, tierra, escaleras, aumentaban la confusión y el desórden.

Llegó Enrique, bajó violentamente del caballo, abriéndose paso entre la multitud.

—Sara, hermana mía, ¿dónde está Sara, Señores? —preguntó con voz que dominó los gritos de los demás.

¡¡Enrique!!—exclamaron varias personas.....

Unos disparos se oyeron en los suburvios de la población.

La campana mayor se tocaba anunciando quemazón y arrebato.

—¡Martin Sanchez!—dijeron algunos al oír los disparos.—¡Chagollan! ¡Dios mio que triunfe Chagollan! repitieron varios de los concurrentes.

Pero á Enrique ¿qué le importaba Chagollan, ni los disparos, ni las voces que lo llamaban? Gritó, ordenó, mandó con energía, con desesperación. Una luz —dijo—haber un farol: y arrebatando una linterna del primero que tenía cerca, se internó con precipitación en la casa; pero todo fué instantáneo, sin tregua, sin que nadie pudiese reflecionar, ni darse cuenta de lo que pasaba; todo era confusión. Cuatro ó cinco personas con haces de ocote siguieron a Enrique para buscar á Sara.

El jóven al entrar á la casa, se dirigió á la derecha, por la parte que ardía y los otros de sus acompañantes tomaron distintas direcciones.

Por aquí, Enrique, por aquí, llamó á uno de ellos.

Esas palabras orientaron al jóven y se avalanzó por donde se le indicaba.

Penetró al corredor situado del lado opuesto al que se estaba incendiando y al llegar à la puerta de una recámara, se escuchó un quejido débil, de agonía.....

.....

Allí estaba Sara, en el suelo sobre un gran charco de sangre, moribunda, con los brazos abiertos, acribillada à machetazos.

— Sara, mi ángel, vida mía—dijo Enrique con angustia lloroso, aflijido, cayendo de rodillas para levantar á la niña—mírame bien mío, soy yo: óyeme Sarita ¿qué tienes hermanita?

La jóven abrió los ojos, quizo hablar y no pudo; sólo una sonrisa se dibujó en sus labios al ver á su

primo y muy quedo dijo: «Enrique;» é instantes despues pronunció ¡Ay, Jesús!

Enrique, le tomó la mano, le quería dar vida, infundirle aliento. ¿Quién te hirió angelito? ¿porqué te pegaron, niña linda?

La jóven hizo un esfuerzo supremo y contestó con voz apénas perceptible:—«El Gato» que me quería llevar.

—¡Ay Jesus!!..... .....

Una convulsión nerviosa se notó en ella y no se movió más. El frio de la muerte se extendió por todo su cuerpo.....

Enrique se retorcía las manos, sin saber el partido que debiera tomar. Llamó á su prima, con cariño primero, luego con desesperación: alzó la cabeza con la mano izquierda, acariciándola con la derecha, hasta que seguro ya de que Sara no era más que un cadáver, de que su amada no vivía, siendo solamente un cuerpo inanimado, con mucho esmero la dejó en el suelo é incorporándose en tono solemne dijo: «SARA MIA, ALMA DE MI ALMA, HERMANA DE MI CORAZON, JURO ANTE TU CADÁVER, Y POR LAS CENIZAS DE MI MADRE, QUE SERÁS VENGADA.»

Hacía más solemne aquel acto, la presencia de algunas personas que con haces de ocote y pequeños faroles alumbraban la escena.....

Unas descargas y los toques de clarin, se oyeron de léjos. Enrique de pié cerca de Sara —preguntó á los circunstantes—que mudos y atónitos esperaban la conclusión de aquel sangriento episodio—¿qué disparos son esos?

—Es Chagollan que se bate con los plateados—contestaron.

—Pues á ellos—dijo y dirigiéndose á los que esta-

ban con él, agregó: recomiendo á Vds. acompañen un momento á Sara, vuelvo pronto; pero si muero, seré el compañero de ella en la tumba ya que no pude serlo en la vida. Luego les dijo en tono cariñoso á unas señoras que habían penetrado al saber la desgracia de la jóven:

—Ruego á Vds. mis buenas amigas, cuiden de Sarita como si se tratara de sus hermanas.....

.....

Otros disparos interrumpieron la súplica que Enrique hacía, el cual cambiando de tono, ordenó con enérgica voz de mando: "Macario mi caballo," y salió desesperado y loco. Con aire resuelto se puso á caballo.—Ven Macario—agregó.

—Y yo tambien—dijo otro mozo que acababa de llegar de Jonacatepec y que había ido para acompañar á Enrique por mandato de Sara.

Se ciñó el jóven su canana repleta de tiros, examinó su arma para ver si los muelles jugaban bien y ya satisfecho del todo, repitió: ¡A ellos, muchachos!... Como rayo pasó las calles del pueblo, tomando la dirección por donde se oian los tiros.

"El Gato," era uno de tantos plateados, pero sí conocido de muchos.

Hubiera deseado Enrique, que fuera de día para buscarlo entre todos, así es que solo dijo en tono colérico: ¡Ay de tí, Gato, si te encuentro!

CAPITULO XXIII.

INGRATITUD.—DESVENTURAS.

Varias veces en las conversaciones que los plateados sostenían con Don Protasio, este les daba á entender, que su principal tenía dinero guardado en gran cantidad en su casa.

La noticia, como venida del dependiente de confianza, no podía ponerse en duda, de manera que cuando se propuso el plagio, se aceptó con agrado prometiéndose todos, una píngüe utilidad; pero nadie contaba con que algunos acontecimientos desbaratarían sus planes.

Silvestre Rojas, no creía que se le interpusiera la influencia de Gabriel, ni la mano de Salomé; pero al ser condescendiente, con bastante pena, porque se le iba el dinero de las manos, reflecciónó lo suficiente y decidió por último que el compromiso contraído con sus compañeros, lo había cumplido, sin ofrecer más; por lo mismo estaba en su perfecto derecho para perseguir, ya que no á la persona, sí al dinero de Sedeño.

Despues que éste, fué puesto en libertad, dispuso Silvestre el asalto á la casa; y saliendo de San Miguel Ixtlilco, donde se encontraba, llegó al oscurecer á Jantetelco: ordenó que se situara la correspondiente avanzada y que seis ó siete, penetraran á la casa de Don Martin en busca del dinero.

Dos de los bandidos, fueron al segundo patio, dos al lado derecho del corredor y los otros al lado opuesto.

Los primeros, al registrar la zacatera, como llevaban ocote encendido para alumbrarse, se desprendió una chispa, que no fué notada, sino hasta el momento en que el zacate ardía y que no pudieron apagar, porque era en gran cantidad y es elemento terrible por la facilidad con que se comunica el fuego.

Uno de los que penetraron por el ala izquierda de la casa, dió con Sara, que se había refugiado en su recámara.

A Doña Gertrudis y criadas les sorprendió el asalto en el comedor y allí se encerraron. El bandido que se encontró con la jóven, sintió una infinita alegría al verla y ya no se ocupó de buscar dinero. Primero con halagos y despues con palabras amenazantes pretendía convencer á Sara que lo siguiese; pero la jóven inflexible, con justicia, se retiraba más y más á medida que el plateado se le acercaba. Por último, la tomó de la mano, para obligarla á que lo siguiese; pero Sara era fuerte y pudo resistir, hasta que cayó al suelo, porque el bandido pretendió cargar con ella: este la arrastró, queriendo sacarla de esa manera en los momentos en que se oyó decir: «*La casa se quema*» y se percibió al mismo tiempo, el toque de la campana que anunciaba incendio y los disparos entre la avanzada de los plateados y sus perseguidores.

El clarin tocaba *enemigo* y reunion al centro. Los jefes decían: "*Vamos, muchachos, pronto, ahí está Chagollan: á las armas* y carreras de caballos imprecaciones groseras de dichós jefes que reunían su gente.

El raptor de Sara, desesperado, frenético, porque se le escapaba su presa, le dió de puntapiés, obligándola á que se levantase; pero no consiguiéndolo, ante tanta resistencia y tenacidad, ya no pudo más; los momentos eran preciosos, los instantes se sucedían unos á otros, sin conseguir su objeto; irritado y frenético, se le sublevaron sus sanguinarios instintos, porque los disparos eran más continuados y el clarín no callaba un instante, sacó el machete, atravesando á Sara y luego de filo le dió cinco ó seis golpes.

Satisfecha ya su ferocidad, salió violentamente de la casa en los momentos en que Silvestre Rojas con el grueso de fuerza marchaba al lugar del combate.

Hasta aquel instante la avanzada de Rojas y la fuerza de Chagollan, se habían conformado con tirotearse con más ó menos furor, pero ninguno avanzaba.

Martín Sánchez en la mañana de ese día, llegó á San Márcos. En la tarde supo que Silvestre Rojas había arribado á Tetelilla y que se disponía á seguir su marcha para Jantetelco. A las seis de la tarde se propuso Chagollan dar un golpe á los plateados, y saliendo de San Márcos emboscó su fuerza en el potrero llamado *Cerro gordo.* Con ocho ó diez de los más atrevidos se acercó á tirotear la avanzada del enemigo. Este no tenía más órdenes que impedir el paso, por lo que se mantuvo á la defensiva; pero al llegar Silvestre, mandó cargar. Chagollan se retiró á escape disparando uno que otro tiro para indicar el camino que seguía.

Los plateados, envalentonados con la fuga de sus contrarios, emprendieron la persecución, pero sin órden en la fuerza y á escape sobre el enemigo. Este, preparado ya, salió de la emboscada y cayó á tiempo sobre aquellos. Ante tan inesperado ataque, los bandidos volvieron grupas para tomar cuarteles en Jantetelco; pero en el puente—único punto por donde puede pasarse la barranca—ya estaba Enrique con sus dos mozos y cuatro ó cinco más, que íntimos amigos de él, se le habían incorporado.

Resistieron con brío el empuje, ya no con los mosquetes, porque no les dió tiempo usar de sus armas de fuego por la carga brusca de los que querían pasar y que de cerca eran perseguidos por las fuerzas de Chagollan, sino con machete en mano, haciendo destrozos en los plateados.

Estos, acorralados, no se daban cuenta del ataque inesperado por retaguardia.

Esto los acabó de desmoralizar, y por más esfuerzos que hacía Silvestre para organizarlos, le fué imposible, emprendiendo todos la fuga rumbo á la Hacienda de Tenango.

Entretanto, Enrique, con el don de mando que màs tarde le distinguiera, tan pronto reunía á sus seis compañeros como peleaba solo; pero siempre terrible, valiente, audaz, hasta la temeridad.

Los bandidos se parapetaron en los *tecorrales*—cercas de piedras—y únicamente Enrique con los suyos los desalojaban inmediatamente.

A las tres de la mañana, poco más ó menos, los plateados, dispersos, sin formar un grueso número, fueron abandonados.

Enrique, sin un cartucho en la canana, cansado del brazo derecho por tanto revés y mandoble, ensan-

grentado como un carnicero y ronco por las voces de mando que había dado, reunió á su pequeña guerrilla y regresó á Jantetelco.

Martín Sánchez tomó posesiones en el *Cerro del Mirador*, para pasar revista á la tropa, siendo favorable el resultado, pues sus pérdidas fueron muy insignificantes.

El enemigo perdió muchos hombres, con la distintiva señal del machete suriano, que sin equivocarse, se podía decir que llevaban el sello de Enrique y sus compañeros, y al día siguiente, que se levantó el campo, entre los cadáveres se encontró el del *gato*, asesino de Sara, con un horrible machetazo en la cara.

Apenas amanecía, Enrique bajó del caballo frente á su casa, para hacer compañía á su adorada Sara.

En el centro de la sala se había levantado un sencillo catafalco donde se colocó un ataúd que contenía el inanimado cuerpo de la jóven.

Cuatro grandes cirios ardían uno en cada esquina del catafalco.

El ataúd tenía iniciales que no correspondían al nombre de Sara.....

Las señoras á cuyo cuidado dejó Enrique el cadáver de su prima, sabían que en Amayuca vivía una señora que tenía el raro capricho de conservar una caja mortuoria para que se depositaran en ella sus restos. Esta respetable dama vive aún en Jonacatepec, y tiene todavía el cuidado de conservar siempre á prevención una caja.

Por supuesto que no pocas veces el cajón para ella fabricado, enferma y raquitica, sirve para algún pariente próximo, que—con más vigor que un franciscano—paga contra toda su voluntad, el ridículo cuanto injusto tributo á la naturaleza.

Hemos tenido la honra de platicar con dicha señora, y cuando regala su ataúd, llama al carpintero y con mucha gracia y sonriendo, le dice: «*Maestro, otro cajoncito; el que vd. me hizo, siempre no fué para mí.*»

A esa caritativa señora ocurrieron las de Jantetelco en solicitud de caja mortuoria, cuya señora la remitió con bastante buena voluntad.

Llegó Enrique y se instaló junto al cadáver. No pudo derramar una lágrima. Sufría en silencio horriblemente, no atreviéndose ninguno de los circunstantes á dirigirle la palabra.

Sólo uno de los amigos que lo habían acompañado la noche anterior, se atrevió á decir á Enrique:

—Estas vengado. El *Gato* murió anoche; lo acaban de traer muerto.

Enrique apenas se apercibió de la noticia, pues siguió guardando silencio.....

D. Martin Sedeño recibió la fatal noticia á las 7 de la mañana, y acompañado de algunas personas llegó á su casa, cuando Enrique se encontraba ya al lado de Sara.

Con paso vacilante, apoyado en el brazo de un amigo, se dirigió á la sala, pero al ver el fúnebre aparato, no pudo resistir, dió un grito y cayó al suelo.

Hasta ese momento Enrique despertó de su letargo como si hubiera sido tocado por un botón eléctrico; se levantó y al fijarse en el grupo que formaban al rededor de su padre, de un salto se puso á su lado.

Tampoco habló una palabra, lo vió, lo examinó y después de un momento dijo: «*Por favor, condúzcanlo á su habitación, pero luego,*» y salió violentamente.

No llegaban con D. Martín á su cama cuando él ya estaba prestando su ayuda á los que lo conducían.

Enrique había ido en busca de su estuche, de don-

de sacó una lanceta, para aplicarle una sangría, que creyó necesaria. Muy provechosa fué la medicina; pero el enfermo tenía una respiracion agitada y no abría los ojos.

Enrique, sin despegar la vista de Don Martin, estudiaba la enfermedad.

Le era imposible separarse del paciente.

Su corazon, hecho pedazos, estaba à punto de es tallar.

Toda su vida hubiera dado por ver á su padre sano y salvo.

Aproximó una silla cerca de la cama, reclinó la cabeza en la almohada y entónces sí, lloró como un niño.

Uno de tantos imprudentes, que nunca faltan en esos casos, vino á comunicarle que la fosa para Sara estaba lista y que esperaban sus órdenes.

Esa noticia lo conmovió, tuvo un extremecimiento nervioso, alzó la vista, dirigió una vaga mirada al importuno y sin darse cuenta de lo que pasaba, con aire extraviado, como idiota, contestó: "*hagan lo que quieran; no puedo dejar á mi padre.*"

Todo el día lo pasó Sedeño sin dar señales de alivio.

En la noche abrió los ojos y dijo. "Enrique:" El jóven se acercó presuroso y le pregunta: ¿Cómo se siente V. papacito?

—Si nada tengo, hijo, me duele algo la cabeza y tengo sueño: eso es todo.

—Pues descanse Vd. duerma un poco, aquí estoy cerca de Vd.

El señor Sedeño cerró nuevamente los ojos y Enrique se instaló en un sillón junto a la cama, para combatir oportunamente cualquier síntoma desfavorable que se notara. Hizo que se solicitase al práctico de

Jonacatepec para que lo ayudara, y ambos estudiaran la enfermedad para ministrar los recursos oportunos.

Don Martin aletargado sin la idea mas vaga de los acontecimientos, pasó así cuatro días; mas el quinto conoció yaá su hermana, saludó á su compadre el señor Cura y llamó á su hijo, "ven acá Enrique, que nos dejen solos."

El jóven suplicó à los presentes que tuviesen la bondad de acceder á los deseos de Don Martin.

Ya solos, se acercó Enrique á su padre: "Ya veo que está V. mejorcito."

—Efectivamente, hijo, y por lo mismo ya estoy capáz de saber todo, te ruego me refieras cuànto nos ha sucedido; pero sin omitir nada, ni el mas pequeño detalle.

—Pero padre, no pensemos por ahora en eso, todavía esta Vd. muy débil, después lo sabrà todo.

No Enrique, hoy deseo saberlo para agotar de una vez el sufrimiento. Tengo valor y resignación. ¿Pues qué ya no me conoces? Te ruego, hijo, me lo digas todo. Vamos, ya te escucho, y se incorporó en la cama para oir la relación.

Enrique contra su voluntad, temeroso de que al avivar los recuerdos, sufriera un nuevo ataque, cumplió de una manera discreta con lo que se le ordenaba. Le refirió cuanto había pasado y el auxilio eficaz que prestó à las fuerzas de Sánchez. Quisiera —agregó— vengar la muerte de Sara y nuestras desgracias; pero los pueblos están tímidos, serà preciso reanimarlos, hacer que pierdan el miedo, galvanizarlos. Creo que lo consiguiré, mas esto será luego que Vd. se encuentre sano.

—Y yo te ayudo, hijo, pues aunque viejo, me queda todavía sangre en las venas.

Indignación, nada mas revelaba el semblante de D. Martin y solo uno que otro suspiro que se le escapaba, hacía comprender lo que sufrìa, por lo demás, estaba impasible y sereno. ¿Y cudndo, mi señor Doctor,—agregó—me permitirá vestirme para dar un paseito?

—Ya mañana creo que podrá Vd. levantarse, si es que no está Vd. muy débil.

—Pero crees acaso que soy de alfeñique? Y bién que podré, Enrique.

Este, no obstante el tono de chanza de que usaba, su padre, no estaba muy satisfecho. Presumía que el alivio—como pasa con muchos enfermos—sería ficticio para caer después en mayor abatimiento. Por eso al chiste de D. Martin, sonrió nada mas y le dijo: ya lo veremos mañana.

Con dificultad dió D Martin algunos pasos à la mañana siguiente, y ese día, víspera del en que Sara cumpliese nueve días, ya pudo ir al comedor y recibió en su despacho algunas visitas. Comió mejor que otras veces, y ya levantada la mesa se dirigió á su recámara apoyado en el brazo de su hijo. Se acostó á descansar algo, y aunque Enrique le platicaba, poco á poco quedó dormido y éste guardó silencio sentándose en el sillón para velarle el sueño.

A pocos momentos oyó que D. Martin pronunciaba su nombre muy quedo.

El jóven se acercó suavemente, y atento, pendiente del menor movimiento, siguió escuchando lo que su padre decía. ¡Ay de mi Enrique!...¡no será médico!...¡no tengo ya dinero.. ¡Soy pobre...!perdóname Juana!.... no tengo la culpa...!Sarita ven, cásate con Enrique...! Un prolongado suspiro y una lágrima asomó á sus ojos.

Enrique sacó violetamente su mascada y le limpió con mucho tino el rostro, lo besó, lo acarició, le dió un tiernisímo abrazo.

A tanta manifestación de cariño despertó su padre, abrió los ojos y dándole una palmadita en el carrillo, le dijo: ¡ah Enriquito! ¿eres tú? he dormido mucho, ¿no es cierto? Voy á levantarme: Espera. ¿Te parece que vayamos á la iglesia á saber lo que hay dispuesto para mañana? Aunque he dejado todo al cuidado del señor Cura, siempre es bueno ver que nada falte.

Luego iremos al panteón un rato. ¿Lo quieres?

—Iremos donde Vd. quiera, señor; pero temo que se fatigue Vd. mucho. ¿Se siente Vd. bien? Ya Don Martin estaba en pié, tomó un bastón que habia cerca y su hijo anticipándose á sus deseos, le presentó el sombrero, dándole el brazo.

Durante el paseo, puso Don Martin á su hijo al tanto de lo que pasaba, y le hizo revelaciones importantes sobre el estado aflictivo de sus negocios.

—Querido padre—dijo Enrique—ya otra vez manifesté á Vd. que no se preocupe. Solo espero ver á Vd. un poco más restablecido para tomar una determinación definitiva.

Regresaron muy avanzada la tarde, después que dejaron arreglados los funerales de Sara, y de haber visitado el panteón.

Enrique en la noche no pudo conciliar el sueño. ¿Donde está Sara—decía—que no me presta su auxilio para salvar á mi padre? ¿Cómo convencerlo para que marche conmigo á México; pero aunque lo convenza, con qué dinero lo llevo y de qué manera estando tan enfermo?

Por fin casi al amanecer le ocurrió un medio difí-

cil; pero no imposible de realizar." Voy al rancho con algunos amigos—dijo para sí—que no faltan por fortuna y que tan buenos son para el campo, recojo las pocas reses que quedan: costarà trabajo porque están alzadas en el monte; pero en fin, se hará lo que se pueda" A esa hora se puso á escribir varias cartas para sus amigos, suplicándoles que si le hacían favor de acompañarlo, lo esperaran á las cinco de la mañana del otro día en el rancho de Atotonilco.

Apenas amaneció llamó á Macario, dándole las cartas para que las llevase á su destino.

Solo quedaba una dificultad. ¿Cómo dejaba á su padre, y con qué pretexto se separaba de su lado para no darle á comprender lo que trataba hacer.....

Los funerales de Sara estuvieron lucidos, porque cada quien de los del pueblo entregó su óvolo al señor Cura y nadie faltó á tributar el homenaje de cariño, cumpliendo con sus deberes religiosos y sociales.

Don Martin, aislado durante la ceremonia, como escondido á la vista de los demás, estuvo derramando copiosas lágrimas.

Enrique en pié, sereno cerca del féretro, no daba á comprender el estado de su alma, sino por los suspiros que continuados se desprendían de su corazón.

Concluída la misa, toda la comitiva, se dirigió al panteón, á depositar flores en las tumbas de Sara y de Doña Juana.

Sedeño y su hijo permanecieron algun tiempo más en el cementerio; pensando siempre el jóven en elmedio de que se valdría para llevar adelante su proyecto. Todo el día le preocupó la misma idea; por fin encontró la manera para que Don Martin nada sospechara.

CAPITULO XXIV.

RESOLUCION HEROICA.

Despues de la cena, con gran dificultad, pues nunca habia mentido, dijo á su padre: "Señor, me mandan llamar de Zacualpan, para asistir á un enfermo, que segun se dice, está bastante grave. "Consulto á Vd. si será conveniente ir, no porque tenga yo confianza en mis conocimientos, sino porque desean mi presencia: así al menos tendrán algun consuelo: sobre todo, son personas que siempre nos han favorecido con su amistad y no creo que debo desairarlos: ¿qué opina Vd.?

—Apruebo de todo corazon tu viaje á Zacualpan—contestó Don Martin—y quedo rogando á Dios, te ilumine y seas feliz en la curacion.

Muy de madrugada, despues que Enrique examinó el estado de salud de su padre, marchó para el rancho de Atotonilco á incorporarse con sus amigos, haciendo especial recomendación que cuidasen al enfermo con esmero.

Llegó al lugar de la cita y á poco sus amigos, se encontraban todos reunidos. Les puso de manifiesto la angustiosa situacion en que se encontraba, habiendo dejado á su padre enfermo, sin poderlo atender en los dias que tuviera que permanecer en el rancho. Todos los concurrentes unánimemente acordaron que ellos se encargarian de recoger el ganado para que se ocupara de atender al Sr. Sedeño.

Por ningun motivo queria Enrique aceptar la oferta hasta que á reiteradas instancias de sus amigos, convino en ir con ellos para resolver en vista de las circunstancias.

En el rancho, solo permaneció un dia: sus amigos dispusieron turnarse en los trabajos del campo.

Otros rancheros, al tener noticia de lo que se trataba, se prestaron de muy buena voluntad á cumplir los deseos del jóven.

Enrique volvió á su casa, bastante avanzada la noche, inmediatamente se informó de la salud de su padre é informado de que nada notable habia ocurrido, se dirigió á su habitación, encargando que se le comunicara cualquier contratiempo; y que no avisaran á D. Martin que habia regresado.

Al otro dia, no salió de su habitación, para simular mejor, que permanecia con su enfermo; pero informándose constantemente de la salud de su padre.

Al segundo dia no pudo resistir el deseo de ver á éste y fingiendo que llegaba de su expedición, se dirigió á la recámara del enfermo.

Fué muy agradable para D. Martin la presencia de Enrique, le interrogó sobre la enfermedad de su cliente, el resultado de su visita y otras nimiedades, á lo cual tuvo que contestar, forjando un cuento con

gran pena de su alma, por que su hidalguia y nobleza resistian la mentira.

En el rancho habia encontrado á Juan, hijo del caporal, que acompañaba á Chagollan, y que se le habia separado por unos dias, para visitar á Crisanto su padre. A ambos les encargó que sus amigos fuesen tratados con todas las atenciones debidas y que procuraran recoger el mayor número de reses poniéndolas en venta lo más pronto posible.

Crisanto y su hijo, cumplieron con religiosidad el encargo que se le habia hecho, llegando Juan despues de ocho dias á Jantetelco trayendo una cantidad, producto de la venta del ganado.

Ademas el viejo caporal cobró algunas sumas que —segun tenia noticia,—adeudaban á D. Martin.

Varias de las personas á quienes se les cobró—aunque habian pagado ya á D. Protasio—no hicieron observacion alguna al hacerles el cobro, porque supieron la penuria en que se encontraba Sedeño, á quien de esa manera le prestaban un servicio importante y oportuno.

Muy poco, relativamente, era lo que Juan entregó, mas en aquellas circunstancias bastaba para salvar la situacion.

Inmediatamente que Enrique recibió la cantidad, se dirigió á la habitación de su padre.

—Señor—le dijo—la persona á quien mediciné, se encuentra yá en estado completo de alivio. Afortunadamente atiné en la curación y fuera de peligro, ha tenido la bondad de mandarme decir que pase yo á Santa Clara por unas libranzas. Ignoro qué cantidad representen esas letras; pero sea lo que fuere, pienso que las gastemos en un viaje á México, para que mudando de temperamento, se mejore la salud de Vd. que

es cuanto en este mundo deseo. Estoy seguro que allá las distracciones y el cambio de temperamento contribuiràn muchísimo á la mejoria de Vd. ¿qué le parece mi resolucion?

—Hijo mio —contestó el anciano —mis males no son del cuerpo; sino del alma. Otro clima, otros aires y no los de México, me pondrán bueno para siempre. Deploro con todo mi corazon, no poder como antes, tener lo suficiente para que vayas á México á continuar tus estudios; pero ¡ya lo ves! somos pobres y al marchar á la Capital, solo conseguiremos agravar nuestra situacion. Alguna vez me dijiste que puedes labrarte un porvenir; desarrollando en la prensa las ideas del siglo: me has dicho que el pueblo Mexicano, necesita que se le anime, para que sostenga con fé y con brio la lucha que ha emprendido en defensa de la democracia: que necesita luz, para no caer en la red, tendida por los enemigos del progreso, por esos hombres que trabajan en la sombra y se deslizan como reptiles, cubiertos con el manto de la hipocresia, empujando á sus adeptos á su ruina, á quienes han puesto la venda del fanatismo. Marcha á México, agrúpate á los grandes hombres que han encendido la antorcha que ha de dar luz de un rincon à otro de la República iluminando nuestro cielo con sus destellos; pero vé solo, Enrique, que un pobre viejo como yo, de nada te servirà sino de estorbo, déjame vivir aquí con mis recuerdos, que no serán de mucha duracion, te lo aseguro.

—Padre mío—replicó Enrique—dejarlo yo! ¡abandonar á mi padre! Eso nunca. Si me ama Vd. aun, vamos, que su presencia me dará ánimo, sus consejos robustecerán mis ideas, trabajaré con fé y sin descanso, que estando Vd. conmigo, nada temo. ¿Qué ha-

haría yo solo, sin norte, ni guía y sabiendo que mi padre no tenia cerca de sí, persona á quien comunicar sus penas? Más que todo, padre querido, ¿es Vd. tan egoista que deje á su Enrique metido en ese *maremagnum*, en ese laberinto donde el más listo se pierde?

Quiero ser grande, contribuir á que mi patria prospere, desenmascarar à los hipócritas que comercian con la sangre de nuestros hermanos en cambio de escapularios y cruces; pero de nada me servirá la gloria, si Vd. no participa de mis triunfos.

La actitud del jóven era tan gallarda, sus palabras tan llenas de fuego, en su mirada se notaba tanta sed de gloria, y brillante porvenir, que Don Martin doblegado ante el razonamiento de Enrique, tuvo que sucumbir y animado con el ejemplo de su hijo, se levantó vigoroso.

—Iremos hijo, donde quieras, dispuesto estoy, me reanimas, me das fuerzas, contigo voy á la felicidad ó moriremos de hambre si es preciso, contigo voy á la inmortalidad ó á la nada.

—Gracias, padre mío. En tal caso, descanse Vd. que yo voy á Santa Clara á recoger lo que se me ofrece.

Juan no quiso abandonar la casa y áunque tenía compromiso de acompañar á Martin Sanchez Chagollan, primero eran sus protectores, y por eso se resolvió á estar cerca de ellos. Su valor era proverbial entre sus compañeros.

Audaz, como pocos, no exageraba cuando dijo para si, «*me basto y sobro contra esa canalla*,» y sin más ni más, arregló sus armas para defender hasta morir, la casa de sus amos.

Se dispuso la marcha de Don Martin y Enrique

para México y los bravos y adictos mozos Macario y Juan, les hicieron compañía hasta llegar á la Capital aunque con algunas dificultades.

Una vez instalados aquellos en la Capital, regresaron los mozos á Jantetelco, quienes despues de varios proyectos que formularon, convinieron en hacer cuanto estuviera de su parte para recoger en el rancho el mayor número de ganado para remitir dinero á Don Martin.

—¡Raro contraste,entre Don Protasio, y estos sencillos, honrados, cuanto agradecidos rancheros!

haría yo solo, sin norte, ni guía y sabiendo que mi padre no tenia cerca de sí, persona á quien comunicar sus penas? Más que todo, padre querido, ¿es Vd. tan egoista que deje á su Enrique metido en ese *maremagnum*, en ese laberinto donde el más listo se pierde?

Quiero ser grande, contribuir á que mi patria prospere, desenmascarar à los hipócritas que comercian con la sangre de nuestros hermanos en cambio de escapularios y cruces; pero de nada me servirá la gloria, si Vd. no participa de mis triunfos.

La actitud del jóven era tan gallarda, sus palabras tan llenas de fuego, en su mirada se notaba tanta sed de gloria, y brillante porvenir, que Don Martin doblegado ante el razonamiento de Enrique, tuvo que sucumbir y animado con el ejemplo de su hijo, se levantó vigoroso.

—Iremos hijo, donde quieras, dispuesto estoy, me reanimas, me das fuerzas, contigo voy á la felicidad ó moriremos de hambre si es preciso, contigo voy á la inmortalidad ó á la nada.

—Gracias, padre mío. En tal caso, descanse Vd. que yo voy á Santa Clara á recoger lo que se me ofrece.

Juan no quiso abandonar la casa y aunque tenía compromiso de acompañar á Martin Sanchez Chagollan, primero eran sus protectores, y por eso se resolvió á estar cerca de ellos. Su valor era proverbial entre sus compañeros.

Audaz, como pocos, no exageraba cuando dijo para sí, «*me basto y sobro contra esa canalla*,» y sin más ni más, arregló sus armas para defender hasta morir, la casa de sus amos.

Se dispuso la marcha de Don Martin y Enrique

para México y los bravos y adictos mozos Macario y Juan, les hicieron compañía hasta llegar á la Capital aunque con algunas dificultades.

Una vez instalados aquellos en la Capital, regresaron los mozos á Jantetelco, quienes despues de varios proyectos que formularon, convinieron en hacer cuanto estuviera de su parte para recoger en el rancho el mayor número de ganado para remitir dinero á Don Martin.

—¡Raro contraste,entre Don Protasio, y estos sencillos, honrados, cuanto agradecidos rancheros!

CAPITULO XXV.

EN MÉXICO.

"Héme aquí—dijo Enrique, una vez instalado en la Capital. ¡Valor, el mundo es mío! Estando mi padre conmigo, nada temo." "Ahora á trabajar." No hè sido periodista, ni mucho ménos, más he oído referir las contrariedades, sufrimientos y penurias de los que se dedican á tan noble pero espinosa carrera; más ¿qué importa? Es preciso vivir de algun modo.....

.....

El público recibió con aplauso lo que redactaba.

Inflexible en sus escritos, sin pertenecer á la oposición, justo y recto; encomiando siempre lo bueno, sin que por ese motivo pudiera decirse que la subvención inspiraba sus escritos.

Así pasaba Enrique la vida; pero no tan sobrado de fondos para que pudiera ser verdaderamente feliz.

Don Martin, aunque su salud mejoraba no salia â

paseo; sino cuando Enrique lo acompañaba y si alguna vez lo hacía solo, escogía siempre las calles poco transitadas. Temía encontrarse á cada paso con algun amigo, para que no se apercibieran de la escasez de sus fondos. Expléndido y bastante franco ántes, le daba pena y vergüenza, no poder obsequiar á sus conocidos.

¡Como si la pobreza sea motivo de rubor! ¡pero así es el mundo, y adelante.....

Despues de año y medio, Enrique apuró su inteligencia, en cuyo tiempo vivia con pobreza, pero trabajando con gusto y sin descanso, porque veía á D. Martin que no estaba enfermo, lo cual era su única ambición y que nada faltara al autor de sus dias; sin embargo, aunque los esfuerzos de Enrique eran grandes, no pudo conseguir que su padre recobrase completamente la salud. Su enfermedad, como él lo había dicho, no tenía remedio.

La ciencia no puede curar el alma.

El frío intenso que se dejó sentir en el mes de Enero, agravó el mal, porque nacido y creado en clima cálido, no le sentaba el frío. No se aventuraba por ese motivo á salir de su habitación, donde solo, no tenía más distracción que sus recuerdos; su pensamiento siempre fijo en los dias venturosos de mejores tiempos, agravó su situación, porque para él tan delicado y caballeroso le daba pena vivir á espensas de su hijo.

Acostumbrado al trabajo y á respirar el aire libre del campo, estaba como en una bartolina, sin aire, sin libertad y sin dinero.

Enrique, en las horas que sus ocupaciones se lo

CAPITULO XXV.

EN MÉXICO.

»Héme aquí—dijo Enrique, una vez instalado en la Capital. ¡Valor, el mundo es mío! Estando mi padre conmigo, nada temo.» »Ahora á trabajar.» No he sido periodista, ni mucho ménos, más he oído referir las contrariedades, sufrimientos y penurias de los que se dedican á tan noble pero espinosa carrera; más ¿qué importa? Es preciso vivir de algun modo.....

.....

El público recibió con aplauso lo que redactaba.

Inflexible en sus escritos, sin pertenecer á la oposición, justo y recto; encomiando siempre lo bueno, sin que por ese motivo pudiera decirse que la subvención inspiraba sus escritos.

Así pasaba Enrique la vida; pero no tan sobrado de fondos para que pudiera ser verdaderamente feliz.

Don Martin, aunque su salud mejoraba no salia á

paseo; sino cuando Enrique lo acompañaba y si alguna vez lo hacía solo, escogía siempre las calles poco transitadas. Temía encontrarse á cada paso con algun amigo, para que no se apercibieran de la escasez de sus fondos. Expléndido y bastante franco ántes, le daba pena y vergüenza, no poder obsequiar á sus conocidos.

¡Como si la pobreza sea motivo de rubor! ¡pero así es el mundo, y adelante.....

Despues de año y medio, Enrique apuró su inteligencia, en cuyo tiempo vivia con pobreza, pero trabajando con gusto y sin descanso, porque veía á D. Martin que no estaba enfermo, lo cual era su única ambición y que nada faltara al autor de sus dias; sin embargo, aunque los esfuerzos de Enrique eran grandes, no pudo conseguir que su padre recobrase completamente la salud. Su enfermedad, como él lo había dicho, no tenía remedio.

La ciencia no puede curar el alma.

El frío intenso que se dejó sentir en el mes de Enero, agravó el mal, porque nacido y creado en clima cálido, no le sentaba el frío. No se aventuraba por ese motivo á salir de su habitación, donde solo, no tenía más distracción que sus recuerdos; su pensamiento siempre fijo en los dias venturosos de mejores tiempos, agravó su situación, porque para él tan delicado y caballeroso le daba pena vivir á espensas de su hijo.

Acostumbrado al trabajo y á respirar el aire libre del campo, estaba como en una bartolina, sin aire, sin libertad y sin dinero.

Enrique, en las horas que sus ocupaciones se lo

permitían, estaba siempre en la habitación que su padre tenía, para consolarlo, agotando sus frases de cariño y ternura.

Despues que escribía algun editorial ó revista, se acercaba á su padre, para leer lo que había escrito, esperando que diese su parecer. Vehemente y fuerte en varios párrafos, el Señor Sedeño templaba el ardor juvenil.

—¿Qué escribes, Enrique?—preguntó una vez D. Martin al ver que la pluma de su hijo corría sin interrupción, deslizando de un lado para otro las cuartillas de papel.

—Defiendo padre mío al pueblo infeliz á quien la maldita leva, le obliga á ser soldado por fuerza, cuando debiera serlo voluntariamente. A un pueblo libre se le convence, no se le lleva al matadero para que sea carne de cañon.....

—Enrique—interrumpió el Sr. Sedeño —el gobierno tiene sagrados deberes que cumplir. Al congreso es á quien debe dar cuenta de sus operaciones y á él solo toca juzgar sus actos. Con lo que estás escribiendo pones trabas al Gobierno y solapadamente estas ayudando á sus enemigos. Además, quiero que tengas presente que estás ofendiendo al Primer Magistrado de la Nación que pertenece á nuestra raza.

Enrique quedó un momento pensativo diciendo luego: está bien, Señor, el Gobierno jamás tendrá queja alguna de mí. Las circunstancias porque atraviesa el país, me obligan á callar: ayudemos con el silencio, á la salvación de la República.

Don Martin, tuvo un gran participio en los triunfos que Enrique obtenía en el periodismo, pues aceptaba con gusto las observaciones rectas y justas que se le hacían, rectificando sus conceptos.

La enfermedad de Don Martin, se hacía más grave á medida que el tiempo avanzaba; todas las medicinas fueron infructuosas y cuando Febrero tocaba á su fin, vimos á Enrique junto al cadáver de su padre, llorando la pena de verse solo en el mundo.....

—¿Qué le quedaba ya?.....

Nada, solo el dolor del buen hijo por la ausencia de un padre querido.....

.....

Macario y Juan, supieron la gravedad de D. Martin y se apresuraron á reunir lo más que pudieron, para llevar á México, alguna cantidad con que Enrique sufragara sus gastos.

Muy á tiempo llegaron, porque tal vez Enrique sin dinero, apénas hubiera tenido para su padre, un pobre sepulcro.

Muchos de sus amigos y compañeros de periodismo, no lo abandonaron; con él lloraron su orfandad. Era forzoso que así fuera, porque es imposible que almas grandes, no se comprendan y por eso con el hermano de corazon, depositaron sus lágrimas en la tumba de un ciudadano honrado, padre de un campeon decidido de la prensa liberal.

Enrique, huérfano y solo, sin amparo, sin afectos de familia, tomó una resolución heróica digna de un buen mexicano, defender á la Patria con la espada, ya que lo había hecho con la pluma.

Arregló sus papeles, saldó sus compromisos, se despidió de sus amigos y despues que depositó un beso en la lápida que cubría la tumba de su padre, emprendió su marcha, llegando á Jantetelco quince dias despues del fallecimiento de Don Martin, acompañado de Juan y de Macario.

permitían, estaba siempre en la habitación que su padre tenía, para consolarlo, agotando sus frases de cariño y ternura.

Despues que escribía algun editorial ó revista, se acercaba á su padre, para leer lo que había escrito, esperando que diese su parecer. Vehemente y fuerte en varios párrafos, el Señor Sedeño templaba el ardor juvenil.

—¿Qué escribes, Enrique?—preguntó una vez D. Martin al ver que la pluma de su hijo corría sin interrupción, deslizando de un lado para otro las cuartillas de papel.

—Defiendo padre mío al pueblo infeliz á quien la maldita leva, le obliga á ser soldado por fuerza, cuando debiera serlo voluntariamente. A un pueblo libre se le convence, no se le lleva al matadero para que sea carne de cañon.....

—Enrique—interrumpió el Sr. Sedeño —el gobierno tiene sagrados deberes que cumplir. Al congreso es á quien debe dar cuenta de sus operaciones y á él solo toca juzgar sus actos. Con lo que estás escribiendo pones trabas al Gobierno y solapadamente estas ayudando á sus enemigos. Además, quiero que tengas presente que estás ofendiendo al Primer Magistrado de la Nación que pertenece á nuestra raza.

Enrique quedó un momento pensativo diciendo luego: está bien, Señor, el Gobierno jamás tendrá queja alguna de mí. Las circunstancias porque atraviesa el país, me obligan á callar: ayudemos con el silencio, á la salvación de la República.

Don Martin, tuvo un gran participio en los triunfos que Enrique obtenía en el periodismo, pues aceptaba con gusto las observaciones rectas y justas que se le hacían, rectificando sus conceptos.

La enfermedad de Don Martin, se hacía más grave á medida que el tiempo avanzaba; todas las medicinas fueron infructuosas y cuando Febrero tocaba á su fin, vimos á Enrique junto al cadáver de su padre, llorando la pena de verse solo en el mundo.....

—¿Qué le quedaba ya?.....

Nada, solo el dolor del buen hijo por la ausencia de un padre querido.....

.....

Macario y Juan, supieron la gravedad de D. Martin y se apresuraron á reunir lo más que pudieron, para llevar á México, alguna cantidad con que Enrique sufragara sus gastos.

Muy á tiempo llegaron, porque tal vez Enrique sin dinero, apénas hubiera tenido para su padre, un pobre sepulcro.

Muchos de sus amigos y compañeros de periodismo, no lo abandonaron; con él lloraron su orfandad. Era forzoso que así fuera, porque es imposible que almas grandes, no se comprendan y por eso con el hermano de corazon, depositaron sus lágrimas en la tumba de un ciudadano honrado, padre de un campeon decidido de la prensa liberal.

Enrique, huérfano y solo, sin amparo, sin afectos de familia, tomó una resolución heróica digna de un buen mexicano, defender á la Patria con la espada, ya que lo había hecho con la pluma.

Arregló sus papeles, saldó sus compromisos, se despidió de sus amigos y despues que depositó un beso en la lápida que cubría la tumba de su padre, emprendió su marcha, llegando á Jantetelco quince dias despues del fallecimiento de Don Martin, acompañado de Juan y de Macario.

No se dirigió á su casa, sino dando un pequeño rodeo, tomó el rumbo del Campo-santo.

—Juan—dijo al mozo—ten la bondad de ir á casa y decirle á mi tía, que en el panteon la espero, para despedirme de ella, porque solo vengo á decir *Adios* á mi familia.

El mozo fué á cumplir con lo ordenado.

Momentos despues, Enrique arrodillado ante los sepulcros de Doña Juana y Sara, que estaban juntos, sombrero en mano derramando lágrimas tiernas, cumplia como creyente sus deberes religiosos.

A poco se levantó, depositando unas flores del campo en los sepulcros que encerraban los restos de los seres á quienes había amado tanto.

Una última mirada al llegar á la puerta del panteon, fué el *Adios* más expresivo que dirigió á aquel lugar bendito donde quedaban los pedazos de su corazon.

Doña Gertrudis, esperaba ya, sin interrumpir á su sobrino.

Al verse ambos, se abrazaron con grandísimo cariño y ternura, sin poder contener las lágrimas. La Señora pudo decir solamente: *toma* y le entregó un objeto: era una medalla que Sara habia llevado siempre al cuello desde niña.

Enrique la vió y su tía completando el pensamiento, le dijo: «*de Sara.*»

El jóven no podía articular palabra; pero en señal de gratitud abrazó con efusión á su tía, besándole las manos.

Por fin, hizo un esfuerzo para desprenderse de sus brazos y llamó: Juan, Macario ácaballo.

—¿A dónde vas, hijo querido?—preguntó la Señora.

Teniendo Enrique aun las manos de Doña Gertrudis entre las suyas, contestó señalando al Oriente.

Allá.

A Puebla.

A defender á mi patria.—Adios.

La Señora, se cubrió la cara con su mascada para enjugar su llanto.

De un salto, Enrique se puso á caballo y picando espuelas, tomó la dirección de Atlixco para incorporarse al Ejército de la República.

En Puebla, se dió de alta con Macario y Juan en la Brigada de Oaxaca. Quiso estar al lado de esos bravos soldados que en el Molino del Rey con el invicto Antonio de Leon ó bien en el Garrapatero, Ixcapa, Pachuca, Jalatlaco, etc., han dado pruebas que saben pelear y tienen orgullo de haber visto siempre las espaldas á los sicarios del retroceso.

Allí recibió su bautismo de Sangre, cubriéndose de gloria en la memorable jornada que tanto honra la historia de mi patria.

„5 DE MAYO DE 1862.„

FIN DE LA PRIMERA EPOCA.

No se dirigió á su casa, sino dando un pequeño rodeo, tomó el rumbo del Campo-santo.

—Juan—dijo al mozo—ten la bondad de ir á casa y decirle á mi tía, que en el panteon la espero, para despedirme de ella, porque solo vengo á decir *Adios* á mi familia.

El mozo fué á cumplir con lo ordenado.

Momentos despues, Enrique arrodillado ante los sepulcros de Doña Juana y Sara, que estaban juntos, sombrero en mano derramando lágrimas tiernas, cumplia como creyente sus deberes religiosos.

A poco se levantó, depositando unas flores del campo en los sepulcros que encerraban los restos de los seres á quienes había amado tanto.

Una última mirada al llegar á la puerta del panteon, fué el *Adios* más expresivo que dirigió á aquel lugar bendito donde quedaban los pedazos de su corazon.

Doña Gertrudis, esperaba ya, sin interrumpir á su sobrino.

Al verse ambos, se abrazaron con grandísimo cariño y ternura, sin poder contener las lágrimas. La Señora pudo decir solamente: *toma* y le entregó un objeto: era una medalla que Sara habia llevado siempre al cuello desde niña.

Enrique la vió y su tía completando el pensamiento, le dijo: «*de Sara.*»

El jóven no podía articular palabra; pero en señal de gratitud abrazó con efusión á su tía, besándole las manos.

Por fin, hizo un esfuerzo para desprenderse de sus brazos y llamó: Juan, Macario ácaballo.

—¿A dónde vas, hijo querido?—preguntó la Señora.

Teniendo Enrique aun las manos de Doña Gertrudis entre las suyas, contestó señalando al Oriente.

Allá.

A Puebla.

A defender á mi patria.—Adios.

La Señora, se cubrió la cara con su mascada para enjugar su llanto.

De un salto, Enrique se puso á caballo y picando espuelas, tomó la dirección de Atlixco para incorporarse al Ejército de la República.

En Puebla, se dió de alta con Macario y Juan en la Brigada de Oaxaca. Quiso estar al lado de esos bravos soldados que en el Molino del Rey con el invicto Antonio de Leon ó bien en el Garrapatero, Ixcapa, Pachuca, Jalatlaco, etc., han dado pruebas que saben pelear y tienen orgullo de haber visto siempre las espaldas á los sicarios del retroceso.

Allí recibió su bautismo de Sangre, cubriéndose de gloria en la memorable jornada que tanto honra la historia de mi patria.

"5 DE MAYO DE 1862."

FIN DE LA PRIMERA EPOCA.

INDICE.

			PAGINAS.
Capítulo	I.	Fray Protasio y Don Martin....	5
"	II.	Amores de ángel.....	12
"	III.	Un viaje inesperado	25
"	IV.	Cuernavaca.....	30
"	V.	Continua ión...	54
"	VI.	Sospechas	63
"	VII	Un buen cura.....	69
"	VIII.	Dia onomást co en provincia....	73
"	IX.	Un dia de campo.....	77
"	X.	Un paseo á Sta. Clara — Explica ciones.....	84
"	XI.	Un fraile como hay muchos.—Lección provechosa.....	90
"	XII.	Heridas del alma.....	100
"	XIII.	Golpe rudo.....	109
"	XIV.	Luto en el alma.....	114
"	XV.	1860.....	121
"	XVI.	Mártir de su deber.....	128
"	XVII.	Pueblos heróicos – Mart n Sanchez Chagollan	138
"	XVIII	Fallo inapelable.....	157
"	XIX.	Salvajismo.....	167
"	XX.	Un premio merecido.....	173
"	XXI.	Llueven desgracias.....	177
"	XXII.	Golpe de muerte.....	185
"	XXIII	Ingratitud.—Desventuras.....	194
"	XXIV	Resolución heróica....	205
"	XXV.	En Méx co.....	211

FE DE ERRATAS.

Página	5	líneas	2	dice: Fray Protosio, debe decir Fray Narciso.
,,	33	,,	23	Sa—se.
,,	29	,,	1	esfueazos—esfuerzos.
,,	58	,,	34	sabrás—sabía.
,,	68	,,	31	dealg – de alg.
,,	72	,,	13	elqun—á quien.
,,	72	,,	14	avisar—salvar.
,,	74	,,	22	deseándole—deseando.
,,	80	,,	1	unde—un des
,,	67	,,	23	le—el.
,,	98	,,	26	jamás, cuando. . . .—jamás. . . . cuando
,,	165	,,	29	Orígen vecindad—Orígen y vecindad.
,,	168	,,	34	obligalo—obligarlo
,,	175	,,	29	frases á no—frases que á no.
,,	183	,,	22	hacia h zo
,,	183	,,	32	si—sí
,,	188	,,	15	alzo—le alzó
,,	193	,,	8	sus—alguna de vuestras
,,	193	,,	19	jugaban—funcionaban
,,	193	,,	20	paso—atraveso
,,	194	,,	13	creía—creyó
,,	197	,,	12	usar—para usar
,,	197	,,	27	aparapetamos—aparapetaban
,,	199	,,	18	noticia—nueva

Author Perrobillos (pseud.)
Title Los plateados de tierra caliente.
379487
LS
P4592p

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
LOWE-MARTIN CO. LIMITED